

Año I

Núm. 2

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN



UMARIO: ALBERTO HERRERA

ARRAU: *Notas sobre Montaigne* □ ENRIQUE MOLINA:

Impresiones sureñas □ PEDRO PRADO: *Lemuria* □

CARLOS KELLER: *Apuntes sobre Arquitectura Colonial*

□ LUIS D. CRUZ OCAMPO: *Hacia la solidaridad Americana*

□ MARIANO LATORRE: *Vaca Indiana* □ □ □

□ Hombres, Ideas y Libros:

Observaciones acerca del problema educacional □ ARTURO

ALESSANDRI: *Actualidades económicas* □ ROBER-

TO ESPINOZA: *¿Por qué baja el cambio interna-*
cional de Chile? □ AGUSTÍN ROSS: *La mo-*

neda y el cambio □ Libros nuevos □ ALONE:

Un grande escritor desconocido □ Inaugura-
ción de la Escuela de Medicina.

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Mayo, 1924

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN



SUMARIO: ALBERTO HERRERA

ARRAU: *Notas sobre Montaigne* □ ENRIQUE MOLINA:

Impresiones sureñas □ PEDRO PRADO: *Lemuria* □

CARLOS KELLER: *Apuntes sobre Arquitectura Colonial*

□ LUIS D. CRUZ OCAMPO: *Hacia la solidaridad Americana*

□ MARIANO LATORRE: *Vaca Indiana* □ □ □

□ Hombres, Ideas y Libros:

Observaciones acerca del problema educacional □ ARTURO

ALESSANDRI: *Actualidades económicas* □ ROBER-

TO ESPINOZA: *¿Por qué baja el cambio interna-*

cional de Chile? □ AGUSTÍN ROSS: *La mo-*

neda y el cambio □ Libros nuevos □ ALONE:

Un grande escritor desconocido □ *Inaugura-*

ción de la Escuela de Medicina.

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Mayo, 1924

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

MAYO DE 1924

NÚM. 2

Alberto Herrera Arrau

Notas sobre Montaigne



A Francia del siglo XVI ofrece a los estudiosos un notable conjunto de escritores de raro talento, cuyas obras, apreciadas hoy en todo su valor, constituyen un tesoro precioso para la cultura humana.

Al lado de poetas exquisitos como Pedro RONSARD y Francisco MALHERBE, florecieron prosistas tan eminentes como Santiago AMYOT, cuya traducción de Plutarco constituye un monumento de erudición y de lenguaje, y Juan CALVINO, no menos célebre por su «Institución de la Religión Cristiana».

RABELAIS, el fraile aventurero, el de la sonora carcajada, el más genial de los satíricos de Europa, es también de esta época.

También lo son Clemente MAROT, el poeta de las baladas y traductor de los Salmos, y Pedro LEROI, canónigo de Rouen, autor de la sátira Menipea, que tan honda repercusión política tuvo en los tiempos de Enrique IV.

Pero la personalidad literaria de más vigoroso relieve que produjo el siglo XVI en Francia, el más original de sus escritores, el más profundo de sus moralistas, el espíritu más elevado y sutil, el que reúne mayores títulos para la celebridad, es acaso MIGUEL DE MONTAIGNE.

Proporcionar algunos datos acerca de la vida y obras de este insigne pensador, mostraros su prodigiosa flexibilidad mental, su carácter excéntrico, su austero perfil de estudioso incansable, sus ternuras, su honradez insuperada, sus gustos aristocráticos y la influencia benéfica que ejerció, principalmente después de sus días, constituye el objeto de este trabajo.

* * *

La crítica moderna y las investigaciones biográficas sólo han encontrado antecedentes muy fragmentarios de los antepasados de Montaigne. El primero que conocemos es Ramón Eyquem, su bisabuelo, el cual, después de enriquecerse en el comercio de vinos, adquirió las tierras nobles llamadas de Montaigne.

RAMÓN, abuelo del filósofo, fué también comerciante; pero casó sus hijas con magistrados, y de sus tres hijos hizo un jurisconsulto, un eclesiástico y un consejero de Parlamento.

De este modo, la familia que fué evidentemente de origen plebeyo se elevó poco a poco a la nobleza de toga.

PEDRO Eyquem, el padre, vivió en Burdeos como un verdadero señor, lleno de consideraciones y magníficamente instalado en su castillo de Montaigne. Tomó parte con la nobleza en las guerras de Italia, y al morir dejó a sus hijos dueños de una gran fortuna.

MIGUEL EYQUEM vino, pues, así, a disfrutar de todas las ventajas de esta situación creada por los afanes de sus predecesores. Fué un gentilhomme, y al darse cuenta de la necesidad de borrar hasta las huellas de su origen humilde, suprimió de una plumada el apellido Eyquem y se firmó en lo sucesivo Miguel de Montaigne, el nombre de sus tierras.

Desde entonces pone mucho empeño en hablarnos de su nobleza; pero alude lo menos posible a sus antepasados, lo que le valió una calumnia de Escaligero, quien aseguró ser hijo de un vendedor de arenques. Tal afirmación, no obstante, es falsa, como lo comprueban numerosos documentos de la época.

«Nací, dice Montaigne, entre las 11 y las 12 del último día de Febrero de 1533. El buen padre que Dios me dió, para el cual no tengo más que gratitud, ciertamente muy firme, me envió en cuanto nací a que me criaran en un pobre pueblo que era suyo, y me mantuvo en él durante toda la lactancia y aún más allá, adiestrándome en la más baja y común manera de vivir».

De vuelta del pueblo, su padre le dió una educación original, ideada sobre las últimas nociones pedagógicas recogidas en Italia, país de donde venía toda luz entonces.

La base fundamental de esta educación era el principio de la dulzura, según el cual al niño debía acostumbrarse a proceder en todo por su gusto, movido por el resorte de su propia voluntad, sin castigos ni coacciones. Debían indicársele sus deberes, fomentársele sus naturales tendencias, haciéndole lo más grata posible la tarea del aprendizaje.

La teoría era hermosa, sin duda; pero, como en materia tan compleja no caben ideas absolutas, este exclusivismo fué un obstáculo para el desarrollo normal de las cualidades de energía y de carácter que se echan de menos en Montaigne. El mismo nos dice con frecuencia que no resiste la disciplina y que sus actos no obedecen jamás al estímulo de la obligación, sino al simple halago de su capricho o de su gusto personal.

Muchos fueron los impugnadores de este sistema de la dulzura. Locke y Rousseau lo aplaudieron con entusiasmo.

Convencido estaba asimismo Pedro Eyquem de que el aprendizaje de los idiomas era el camino más seguro para poner a los niños en contacto con los maestros de Roma y de Grecia y comunicarles así su gran elevación de alma.

Con esta persuasión sacó al pequeño Miguel de los brazos de la nodriza para encomendarlo a un alemán sabio que apenas hablaba el francés, pero que conocía a fondo la lengua de Cicerón.

El alemán adoptó un método riguroso. Prohibió terminantemente que a su discípulo se le hablara otro idioma que el latín. Fué ésta una consigna severísima. Ni sus padres, ni sus criados, ni nadie podía pronunciar en presencia del niño palabras francesas, ni inglesas, ni italianas. Todo el mundo debía hablar sólo latín, y así fué como la familia entera se latinizó hasta tal punto que «el latín—dice en sus Memorias—desbordó hasta los pueblos cercanos, donde se conservan aún y han entrado en uso numerosos nombres latinos de muebles e instrumentos».

Miguel Montaigne, gracias al tesón germánico de su maestro llegó a ser un latinista formidable, y esto explica el profundo conocimiento que revela de los clásicos. Era tal su versación, que cita el caso de sabios de su época, como el poeta escocés Jorge Buchanam, que espontáneamente reconocían su inferioridad con respecto a él.

El griego, en cambio, no lo aprendió sino a medias.

Al cumplir los diez años, su padre cediendo a influencias extrañas, lo llevó al Colegio de Guyena, el más acreditado de Francia.

Era tan mala la instrucción que entonces se daba a los niños, que Montaigne se lamenta de haber perdido su tiempo, y a los trece años, cuando terminó su curso, dice que no había aprendido nada útil y, lo que es peor, que el latín, todo su orgullo, se lo habían bastardeado lastimosamente, hasta el extremo de perder su dominio por falta de práctica adecuada.

Sin embargo, lo recuperó; y en los Ensayos II y III se expresa así:

«La lengua latina es como natural para mí; la entiendo mejor que el francés... Tanto es así, que en extremas y súbitas emociones que he pasado dos o tres veces en la vida, una de ellas al ver a mi padre sano caerse desmayado encima de mí, siempre he lanzado desde el fondo de las entrañas las primeras palabras en latín: que la naturaleza brotaba y se expresaba a la fuerza, por tan prolongada costumbre».

Tal conocimiento era indispensable en el siglo XVI, porque toda la ciencia estaba entonces encerrada en los libros antiguos, y el latín, más que el griego, era la llave para alcanzar esos tesoros. Además, era entonces la lengua universal, la voz de la religión y del arte. Con el auxilio de ella pudo conocer las obras de Vives, de Bodin, de Cornelio Agripa, de Diógenes Laercio y de tantos otros.

La influencia del latín fué tan grande en nuestro filósofo, que me atrevo a asegurar que sin él sus facultades intelectuales no hubieran podido desarrollarse en

forma tan vasta, ni su pensamiento habría adquirido esa maravillosa robustez que vemos en sus páginas.

El gran Montaigne que hoy admiramos, desprovisto de su cultura clásica, que es la trama y como la esencia de su obra, no habría pasado, de seguro, los límites de la mediocridad.

Al retirarse del colegio de Guyena, inició Montaigne sus estudios de Derecho, probablemente en la ciudad de Tolosa, aunque nada se sabe de cierto. Una vez terminados, y antes de cumplir los 21 años, lo vemos ingresar en la magistratura. Fué primeramente consejero del Tribunal auxiliar de Perigord y después, consejero del Parlamento de Burdeos, en el que tuvo asiento hasta 1570.

Sin embargo, el papel que Montaigne desempeñó en la magistratura no parece haber sido muy lucido. A decir verdad, nos faltan documentos para apreciar su labor judicial; pero a nadie extrañará que un hombre de su elevación intelectual, de tan amplios horizontes y tan adelantado a su siglo, no se haya sentido a sus anchas administrando una justicia llena de anomalías y de irritantes prejuicios. Baste saber que en aquellos tiempos se aplicaba la tortura como medio habitual de investigación y se quemaba a los brujos y se flajelaba a los hechizados.

La dulzura ingénita del carácter de Montaigne y su espíritu abierto a todas las reformas que ya se vislumbraban con los albores del Renacimiento, no podían menos que inspirarle repugnancia por ese género de atrocidades que la misma ley sancionaba.

Con la mayor frecuencia lo vemos separarse de sus funciones y pedir licencias para marchar a París, a Bar-le-Duc o a Rouen, donde pasaba largas temporadas.

No obstante, el ambiente judicial tuvo en nuestro escritor una influencia benéfica, porque las relaciones que hizo con algunos cultísimos magistrados bordeleses, entre los cuales había personas de alto valor, afinaron su espíritu, estimulando su apetencia de saber. Además, la doncella con que casó en 1565, Francisca de Chassaigne, era hija de un consejero y nieta de un presidente del mismo Tribunal.

Pero sobre todo la sociedad de las gentes de letras le sirvió para conocer al gran amigo de su alma, a Esteban de la BOETIE, cuyo piadoso recuerdo le dictó páginas tan admirables.

Por fin, el año 1570 Montaigne abandona la carrera judicial vendiendo su cargo de consejero, cosa corriente en aquellos tiempos. En esta determinación, además de las causas indicadas, influyeron muchas otras; pero la principal parece ser su decidido propósito de retirarse a una vida de estudio y de recogimiento, a la cual lo empujaban fatalmente sus inclinaciones.

La siguiente inscripción puesta en la pared de su biblioteca el 28 de Febrero de 1571, lo comprueba de un modo cierto. Dice como sigue: «El año de Cristo de 1571, a la edad de 38 años, la víspera de las calendas de Marzo, aniversario de su nacimiento, Miguel de Montaigne, cansado ya desde hace algún tiempo de la esclavitud del Tribunal, del Parlamento y de los cargos pú-

blicos, y sintiéndose aún con aptitud, retiróse a descansar en el seno de las doctas vírgenes, en calma y seguridad; así ha de pasar los días que de existencia le queden. Con la esperanza de que el destino le consienta conservar esta habitación, estos dulces retiros paternos, los ha consagrado a su libertad, a su tranquilidad y a sus ociosos.

Así, sentado en el interior de su querida torre que hacía de biblioteca, en medio de sus mil volúmenes que constituyen el paraíso de su pensamiento, entregado de lleno al amor de las doctas vírgenes, es como las generaciones se complacen en representarse a Montaigne. Allí saboreaba las dulzuras de los pensadores de Atenas y de Roma, leía su Plutarco favorito, su amado Séneca, su Ovidio, preparando poco a poco, día a día, la obra inmortal de sus Ensayos.

El sabio Justo LIPSIO lo llamó el Tales moderno, porque su vida entera la consagró a la tarea de conocerse a sí mismo.

Y se conoció, tanto en lo físico, como en lo moral. Veamos lo que acerca de lo primero dejó escrito:

«Mi estatura está un poco por bajo de la mediana. Este defecto no es sólo fealdad, sino también incomodidad, sobre todo para aquéllos que tienen mandos y cargos, porque la majestad que comunica una hermosa presencia, se echa de menos... Los hombres bajos, dice Aristóteles, son lindos pero no hermosos, y en la estatura se conoce la grandeza de alma, como la belleza en un cuerpo grande y elevado... Al pobre Filopemen le ocurrió que como llegara el primero de su tropa a un albergue donde se le esperaba, la dueña de la casa, que no lo conocía y le vió de tan ruín aspecto, le mandó que ayudara a sus mujeres a sacar agua o a atizar el fuego para el servicio de Filopemen. Llegados los caballeros de su escolta, como le sorprendieran entregado a tal tarea (porque no dejó de obedecer el mandato que se le hizo), le preguntaron qué hacía. Estoy pagando, les contestó la pena de mi fealdad.

Donde hay pequeñez, ni la amplitud de la frente, ni la suavidad de los ojos, ni la forma regular de la nariz ni la pequeñez de las orejas ni la blancura de los dientes, ni la proporción legítima de los miembros pueden hacer hermoso a un hombre. Tengo yo, por lo demás, agrega, la cintura fuerte y apretada, el semblante no grueso ni lleno, la complexión entre jovial y melancólica, a medias sanguínea y cálida... Mi padre era extremadamente animoso, no encontró hombre de su condición que con él se igualara en los ejercicios del cuerpo, así como yo apenas he encontrado quien no me sobrepuje... En el baile, en la pelota, en la lucha, no he podido adquirir más que una levisima y vulgar suficiencia; en nadar, esgrimir, voltear y saltar, ninguna. Las manos las tengo tan torpes, que ni aún sé escribir para mí: de modo que lo que garrapateo, prefiero volverlo a hacer a tomarme el trabajo de descifrarlo... Y no leo mejor que lo que escribo, porque me hago pesado al que me escucha. Soy extremadamente ocioso y extremadamente libre. Tengo un alma toda de sí, acostumbrada a conducirse a su guisa. Nunca he tenido jefes ni señor obligado... Esto me ha hecho muelle e inútil para el servicio ajeno y bueno sólo para mí... En el capítulo de mis gastos pongo lo que me cuesta alimentar mi indolencia.

En los acontecimientos me conduzco varonilmente; en la dirección, infantilmente... El pensamiento de la caída me causa más fiebre que el golpe....»

Como puede notarse, la ruda franqueza que Montaigne emplea en pintar estos rasgos son de una sinceridad pueril. Pregona sus defectos y no se envanece de sus cualidades, excepto de una: de su buen juicio, que es para él un poderoso reflector que le alumbra el camino. Sin embargo, dice a propósito de esto que «nunca hubo mujerzuela ni perillán que no pensara tener todo el seso que le hacía falta.» «Reconocemos fácilmente a los demás las ventajas del valor, de la fuerza corporal, de la experiencia: pero la ventaja del juicio a nadie se la cedemos.»

En cambio se complace en mostrar mucha firmeza en la mala fortuna, ausencia completa de ambición y avaricia, horror instintivo por toda suerte de crueldades, y más todavía, sinceridad, lealtad exenta de disimulo y de lisonja.

En cuanto a sus características mentales, él mismo confiesa con igual sencillez que su inteligencia es lenta y que no avanza sino guiándola; su comprensión tardía, cobarde su inventiva, y por encima de todo, una increíble falta de memoria que lo atormenta y desazona.

No tenía más vicios, dice, que la dejadez y la pereza. No estaba el peligro en que hiciese algo malo, sino en que no hiciese nada. Nadie pronosticaba que llegaría a ser malvado, sino simplemente inútil; preveíase la holgazanería, pero no la malicia.

A propósito de su falta de memoria, tiene una página de especial interés: «Instrumento es la memoria de maravillosa importancia, y sin el cual el juicio apenas puede hacer su rol como debe. A mí me falta por completo. Lo que me vengan a proponer ha de ser por partes, porque contestar a una proposición en que haya que considerar diversas cosas, no está en mi poder. Y cuando tengo que hablar largamente y seguido, reducido me veo a esta miserable necesidad de aprender de coro palabra por palabra lo que he de decir; de otro modo no tendría ni disposición ni seguridad, temeroso de que la memoria me jugase una mala pasada. Pero no me es menos difícil este medio: para aprender tres versos necesito tres horas. Y cuanto más desconfío de la memoria, tanto más se turba; mejor me sirve por casualidad; he de solicitarla con abandono, porque si la estrecho se arredra, y en cuanto empieza a vacilar, cuanto más la sondeo, tanto más se atasca y embaraza: me sirve a sus horas, no a las mías.

Tan excelente soy para olvidar, que hasta mis escritos y composiciones olvido. Quien quisiera saber de dónde son los versos y ejemplos que tengo aquí amontonados, me pondría en un aprieto para decírselo.»

Sin embargo, cualquiera que reflexione detenidamente acerca de su obra, puede notar que estos defectos que él se atribuye, especialmente en lo que se refiere a la memoria, son exageraciones a que lo arrastran por, una parte, su excesiva modestia, y por otra, su avidez insaciable de conocimientos. La rendida admiración que le causan las obras que lee lo induce a compararse con sus autores, y al reconocerse inferior a ellos, se lamenta de su pequeñez. Éste es un fenómeno muy natural y muy explicable en todas aquellas personas que sufren de la pasión admirativa. Cualquiera

que se coloque al frente de Tácito o de Aristóteles y estudie sus producciones en lo que ellas tienen de trascendentales, se sentirá de seguro anonadado, aunque se trate de un Taine o de un Carlyle.

Los autores antiguos con su inmensa erudición y su serena majestad, nos producen un efecto abrumador, una sensación de infinito como los astros y los océanos. Mientras más grande es la admiración que experimentamos, mayor es el desprecio que sentimos por nosotros mismos. De ahí que Montaigne se haya rebajado y calumniado a sí mismo, sin compasión, creyendo ser en ello justo y sincero.

Mas, aun en el supuesto de que su «concepción embrollada», «su irresolución» y su «lamentable amnesia» fueran algo real, que hartamente contradichas están con su obra llena de glosas y de citas doctísimas, tales defectos no harían sino agregar a sus elucubraciones un mérito mayor, si cabe; el de su originalidad.

Los hombres dotados de gran memoria de ordinario no hacen sino repetir involuntariamente lo que leyeron u oyeron. En cambio, los que no la tienen, necesitan por fuerza dar forma propia a las ideas aprendidas y poner en sus pensamientos el sello de su personal idiosincracia. Por eso ha dicho alguien que la memoria es el talento de los tontos.

La memoria fué en la obra de Montaigne un factor nulo; por eso no vemos en ella nada de postizo ni artificial.

Sus profundas observaciones acerca de la vida y del carácter de los hombres son suyos y nada más que suyos.

No pudo exornar sus páginas con atavíos ajenos, porque no conservaba el texto de sus lecturas, sino únicamente la esencia de los pensamientos.

Sus ideas son nítidas porque son el fruto de sus reflexiones personales, sin mezcla alguna del farragoso verbalismo que suele dejar la lectura indigesta y desordenada en cerebros de escasa solidez.

De ahí el estilo de Montaigne, macizo y axiomático, al par que pintoresco y expresivo. Cuando describe una cosa, tiene el dón de hacerla palpable, de materializarla a nuestros ojos.

Pone en sus disertaciones filosóficas y morales una profundidad que trasparenta todo el vigor de su espíritu meditativo, y sus descripciones aparecen revestidas de tal amenidad y donaire, que encantan como una crónica mundana de Scholl o de Gómez Carrillo.

Hay ingenio, hay vivacidad, hay regocijada ironía en sus frases y al mismo tiempo, madurísimo examen y honda percepción en sus conceptos.

No nació para actuar en la lucha cruda de la vida diaria, sino en el ambiente suave de las bibliotecas. Ya lo dijo por ahí: «Dadme todo el aparato de una cocina y me veréis muerto de hambre».

Era un hombre de alma recogida, subjetiva, íntima. Su gran ocupación eran sus lecturas; pero la lectura sería y provechosa.

Nunca leyó los Lanzarotes, los Amadices ni otros relatos caballerescos tan famosos en su tiempo.

La torre de su castillo que hizo de librería presencié aquellos largos ocios consagrados al estudio.

Allí rumiaba a sus autores lentamente, con una voluptuosidad devota, lejos del odioso mundo y abroquelado contra sus azares.

Su torre era para él una fortaleza, un oasis de ilusión en medio de las miserias de la guerra civil y de las horribles pestes que asolaban la comarca.

En las noches de invierno, cuando la nieve cubría los caminos y el viento silbaba en las almenas, el ilustre solitario repasaba, deleitándose, a sus poetas antiguos que, según su expresión, le parecen «más firmes y más plenos» que los modernos. Lee a Virgilio en las *Geórgicas*, a Luciano, a Cátulo, a Marcial, a Horacio y al «buen Terencio, gracia y melindre de la lengua latina».

Entre los moralistas y filósofos, lee de preferencia al gran Plutarco, su ídolo, traducido ya al francés por el obispo Amyot; a Séneca en sus epístolas; a Cicerón, cuya manera de escribir le parece «fastidiosa sobre manera»; a Platón, a quien encuentra pesado y rastroso en sus diálogos; y a Plinio, a quien estima «avisado y sustancial».

Los historiadores, dice, «son los que más me aprovechan, porque son fáciles y placenteros».

Estudia a Diógenes Laercio en la «Vida de los grandes filósofos», lamentando que no hayan nacido una docena como él; a César por «su singular perfección y excelencia»; a Salustio, a quien mira con «algo más de reverencia y de respeto que se suele mirar a las obras de los humanos, por su milagrosa grandeza y por la fuerza e inimitable pulidez de su lengua, que sobrepuja, no sólo a la de todos los historiadores, como dice Cicerón, sino por ventura a Cicerón mismo».

En traducciones francesas conoció a Diodoro de Sicilia, a Heródoto y a Arriano.

De sus coetáneos, leyó a Rabelais; a Boccaccio por su prosa tersa y elegante; a Juan Segundo un poeta de la Haya que escribió un libro sobre los besos, y al «deftestable Ariosto»; al florentino Guicciardini en su *Historia de Italia*; a Froissart, etc.

De los españoles habla con cierto desprecio por vanos y ampulosos, aunque lo probable es que no los haya conocido, ya que ignoraba el castellano, y en aquel tiempo apenas se traducían.

Sólo se han encontrado dos libros españoles con su firma, siendo uno de ellos unas *Historias del Nuevo Mundo*, de un tal López de Gomara, autor obscuro y poco verídico.

De los mil volúmenes que guardaba en su torre, se han perdido más de setecientos, tal vez a causa de un incendio que años después destruyó parte del castillo. De los doscientos cincuenta que hoy existen, sesenta tratan de moral y de política, cincuenta de poesía y unos ochenta, más o menos, de historia.

Muchos de estos volúmenes fueron ilustrados por él con anotaciones marginales que traducen su entusiasmo o su desagrado.

Como se ve, las aficiones de Montaigne eran decididamente espirituales; era un idealista empedernido, un místico que sentía por la vida práctica un mal disimulado desdén, en especial por su época, de la cual dijo una vez: «el que en estos días no es más que parricida y sacrilego, es un hombre de bien y de honor». Y en otra parte dice: «tan hechos están nuestros contemporáneos a la agitación y ostentación, que la

bondad, la moderación, la constancia y otras cualidades quietas y obscuras, no se dejan sentir».

Él poseía estas cualidades obscuras, y por eso su vida pública fué opaca y deslucida.

Cuando en el año 1581, estando en Italia, se le designó para ocupar el honroso cargo de Alcalde de Burdeos,—servido antes y después que él por altos personajes, como los señores de Biron y de Matignon, mariscales de Francia,—su primer impulso fué rechazarlo; pero instado por el rey y por sus amigos, concluyó por ceder.

Los servicios de la alcaldía eran entonces gratuitos, como lo son hoy, y esta circunstancia quizá le sirvió de estímulo.

No obstante su escasa aptitud para el manejo de negocios públicos, hizo cuanto estuvo de su parte por granjearse la consideración de su pueblo, desgraciadamente sin conseguirlo del todo.

En los corrillos, los murmuradores le atribuían desapego por sus funciones y escaso interés por los problemas de edilidad.

Él se defiende en el capítulo que dedica a esta materia, sosteniendo una curiosa teoría fundada en una máxima de Petronio: «Mundus universus exercet histroniam». Dice que la mayor parte de nuestros quehaceres son farsa, y que no hay que confundir la camisa con la piel, porque esto conduce a errores perjudiciales.

Se desempeñó como alcalde en la mejor forma que le fué posible, como quien representa una comedia en presencia de un público más o menos exigente, pero sin olvidarse de que detrás de la careta municipal estaba él con sus caudales de ilusión, él, Miguel de Montaigne, nacido para otra cosa.

De ahí que su consagración a las labores administrativas fuera puramente subsidiaria.

Sus libros estaban por encima de todo, ellos absorbían las facultades más nobles de su ser. Es probable que haya sido buen esposo y buen padre; pero en sus escritos apenas se refiere a ello.

Sabemos que tuvo una hija; pero no la menciona sino muy pocas veces.

Es evidente que no era un hombre de hogar en el sentido que hoy damos a esta expresión.

Con todo, las funciones de su alcaldía las cumplió honradamente, lo mejor que pudo, y en más de una ocasión dirigió al rey de Francia reconvenções muy enérgicas de tono para hacerle ver las miserias del pueblo y la injusticia de los impuestos fiscales exagerados.

Durante la gran peste de 1585 algunos lo tacharon de cobarde porque no corrió a los campamentos a curar por su mano a los enfermos; pero aparte de que semejantes actividades no eran de su incumbencia, ni hay por qué exigirle tal heroísmo, lo cierto es que en ese tiempo su salud estaba ya quebrantada por la afección renal que tanto lo hizo sufrir y que concluyó por llevarlo a la tumba.

No se vaya a creer que por su escasa adaptabilidad a la vida social, fuera nuestro filósofo un ser huraño y misántropo, negado por el sistema al trato de sus semejantes.

Lejos de eso, gustaba de relacionarse con personas de su alcurnia y hasta fué adicto a los honores palaciegos. En el año 1571 recibió del rey el cordón de San Miguel, y el Papa lo honró en 1589 con el título de ciudadano romano. Margarita de Francia lo llamó a su Consejo particular y Carlos Nono lo hizo gentilhomme de su Cámara.

En una ocasión el heredero de la Corona, Enrique de Navarra, que viajaba con gran séquito, se hospedó en su castillo, donde fué colmado de agasajos. Esta visita principesca fué para él un insigne honor y parece haber halagado su vanidad porque la recuerda con frecuencia y la describe con detalles. Tuvo por Enrique una viva simpatía y tal vez una estrecha relación, porque en sus memorias encontramos el curioso caso de que el secretario del pretendiente, Duplessis-Mornay, escribe a Montaigne para justificar a su señor de cierta imprudencia cometida por él en una empresa política. Esto nos da la medida de su importancia y del alto concepto que en las esferas oficiales se tenía de su privanza.

* * *

La innata curiosidad que hacía cosquillas en el espíritu de Montaigne lo llevó en muchas ocasiones a vagar por distintos lugares de Europa, especialmente Alemania e Italia. Para ello contaba con dos grandes elementos. Era rico y carecía de graves ocupaciones que le pusieran plomos en las alas, sobre todo después que dejó su famosa alcaldía, en el año 1585.

Viajaba siempre acompañado de personas de calidad, como su hermano menor, el Sr. de Mattecoulon y Carlos d'Estissac, ambos mozos todavía y alegres estudiantes.

Atravesaban los Alpes a caballo, deteniéndose en todos los lugares en que había algo interesante que observar. Así fué como estuvo en Roma cuatro meses y medio, pasando por Verona, Padua, Siena, y muchos otros pueblos de Italia. Recorrió también gran parte de la Suiza y de Alemania, las ciudades de Mulhouse, Basilea, Ausburgo, Baden y numerosas más. En todas se presentaba con mucho aparato, cosa necesaria en aquellos tiempos para ser bien recibido por gentes altaneras y feudales.

Todo lo que en estos cruceros veía, oía, o sentía, lo iba consignando en un Diario de Viaje, que sin duda escribió para sí, ajeno a todo propósito de publicidad. Pero, por fortuna para sus admiradores, una mano indiscreta lo sacó a luz en 1774, ciento ochenta años después de su muerte.

Este diario, hecho como él dice, «à tous les jours», es un documento del más alto interés, lleno de relatos novedosos y de pormenores eminentemente sugestivos. Cuenta en él las cosas más íntimas, aquéllas que apenas sospecha un ayuda de Cámara: Nos dice de los baños que se da en Plombières, de los dolores que le ocasiona su mal de piedra, de las cucharadas de trementina que se administra, del efecto que le hacen y de otras minucias que a veces resultan cómicas de puro ingenuas.

Una cosa tendrá que notar quien lea este diario, y es la poca admiración que siente su autor por las bellezas naturales.

Pasa al pie de las imponentes cordilleras alpinas y no parece impresionarse en lo más mínimo. Aquellas perspectivas helvéticas, aquellos lagos dormidos en sus lechos de esmeralda, aquellas montañas altivas destacadas sobre el azul purísimo de Italia, no le producen el arrobamiento que ocasionaron a otros viajeros ilustres, como Rousseau y Chateaubriand.

Tampoco parecen conmoverlo gran cosa las obras inmortales de los grandes maestros de la pintura y de la escultura, que en tanta profusión encuentra a su paso. Apenas si menciona una vez a Miguel Angel; y los demás nombres que la fama consagró no acuden a su pluma.

Por lo demás, esto no era extraño en sus compatriotas de esa época, y el mismo Rabelais, al viajar por Italia, no se muestra más entusiasta que él.

En cambio, lo cautivan las ruinas, nó porque tenga nada de arqueólogo, sino por los recuerdos que le traen del pasado.

Junto a una piedra tumular en el Palatino, o en la cumbre del Janículo, al otro lado del Tiber, sueña con los manes de sus héroes queridos, aspira todo el perfume de aquella epopeya incomparable que él hace revivir del polvo milenario, rindiendo a los pies de Minerva todas las efusiones de su alma pagana.

Alaba también y describe los jardines públicos y los grandes palacios que tanta ventaja llevaban a los de Francia.

Pero, por encima de todo, lo que él estudia y observa es el hombre: éste es el objetivo real de sus andanzas. Lo estudia con pasión de naturalista y con fervor de psicólogo. Escarba en sus costumbres, admira sus obras, lamenta sus flaquezas y desentraña cuanto hay de provechoso en sus actos más vulgares.

Por eso él, que describió en donosas frases el suave carmín de las muchachas de Lindau, desdeña dedicar cuatro líneas a las magníficas laderas del San Gotardo.

Para que podáis juzgar por vosotros mismos de la encantadora sencillez y amenidad del Diario de Viaje, voy a citar a la letra una de sus páginas. En ella relata Montaigne con naturalidad, no exenta de humorismo, la escena de la expulsión de los demonios que presencié en Roma.

«El 16 de Febrero al volver de la Estación, encontré en una capilla a un sacerdote revestido en la tarea de curar a un spiritado (poseído). Era éste un pobre hombre melancólico y como transido. Manteníanle de rodillas delante del altar con no sé qué paño al cuello por donde le sujetaban. Leía el sacerdote delante de él muchas oraciones y exorcismos, mandando al diablo que saliera de aquel cuerpo, y las iba leyendo en su breviario; después de lo cual volvía a hablar al paciente, ya dirigiéndose a él, ya al diablo en persona, injuriándolo entonces, golpeándole con fuertes puñetazos y escupiéndole el rostro.

El paciente respondía a sus preguntas con ciertas contestaciones necias, ya por sí, diciendo como sentía los movimientos de su mal, ya por el diablo, cuanto temía a Dios y cuánto podían contra él aquellos exorcismos.

Después de esto, que hubo de durar mucho tiempo, el sacerdote como trá-

mite final, retiróse al altar, tomó la custodia con la mano izquierda, donde estaba el corpus dómini, y, teniendo en la otra mano una vela encendida, con el pábilo hacia abajo, de manera que se fundiera y consumiera, sin dejar de rezar oraciones, terminábalas con amenazas y expresiones de rigor contra el diablo, en la voz más alta y magistral que podía.

Como la primera candela se le consumiese entre los dedos, echó mano a otra, y luego a una tercera y a una cuarta, hecho lo cual volvió a dejar la custodia y se acercó de nuevo al paciente, hablándole ya como a un hombre, y le mandó desatar y restituirle a los suyos para que se lo llevaran a casa.

Después se dirigió a nosotros y nos dijo que aquel diablo era de los de peor condición, tenaz y bravío, y que costaría mucho desalojarle, y a diez o doce caballeros que allí estábamos nos refirió varios casos de esta ciencia demológica y de la experiencia extraordinaria que él adquiriera en ella a través de sus largos años de práctica ayudado del estudio de los libros santos. Nos dijo que poco antes había descargado a una mujer de un diablo gordo y turbulento que le angustiaba las entrañas y que al salir sacó de la boca de ella unos clavos, unos alfileres y un largo mechón de pelo suyo. Y cuando le dijeron que no se había calmado del todo, dijo que era otro espíritu más leve y menos virulento que había entrado por casualidad aquella mañana; pero que no había cuidado, porque los de ese género (él conoce sus características y nomenclaturas) eran fáciles de conjurar.

Yo sólo aquello ví. Mi hombre no hacía más que rechinar los dientes y torcer la boca cuando le presentaban el corpus dómini, y mascullaba de vez en cuando estas palabras: *SI FATA VOLENT*, porque era notario y sabía latín.

* * *

Pero la obra magna de Montaigne la constituyen sus Ensayos. Constan éstos de tres libros, escritos en un espacio de veinte años, sin método ni plan alguno. Es una especie de Miscelánea en la que trata de todo, de Filosofía, de Moral, de Historia, de Política y de cuanto acudía a la mente de su autor en un instante dado. Parece que cuando comenzó a escribirlos, allá por el año 1572, no lo hizo con ningún propósito definido, como no fuera el de ensayar sus facultades naturales y de estampar sus pensamientos como en un archivo, talvez en vista de su misma falta de memoria.

Vacilante estuvo al principio acerca de la forma que debía dar a su trabajo. Leyó detenidamente los epistolarios didácticos del español Antonio de Guevara, los Apotegmas de Erasmo y los Hechos memorables de Juan Bautista Fulgosio. Pero, si todo esto se aproximaba a sus proyectos, no eran precisamente su modelo ideal.

Eligió entonces el género Ensayos, que fué creación suya. El ensayo es una especie de artículo o composición corta en la cual se desarrolla una idea, frecuentemente inspirada por una máxima o un ejemplo sacado de los libros an-

tigos. Este género ofrecía a Montaigne la inestimable ventaja de no requerir un esfuerzo mental demasiado prolongado, de que él parece incapaz.

Además, le daba ocasión para aprovechar su gran elasticidad y para lucir el abundoso y desordenado repertorio obtenido en sus insaciables lecturas. Con todo este material informe, fué construyendo pequeñas monografías del más puro clasicismo, llenas de ingenio y de saber y adornadas con su estilo vibrante y enérgico. Es una obra por entero subjetiva, escrita con una buena fe y un candor tan admirables, que el Cardenal Du Perron llamaba a los Ensayos: «El breviario de los hombres honrados».

Los dos primeros libros se publicaron en Burdeos el año 1580. Al principio fueron acogidos con frialdad por el público; pero después, hacia 1588, cuando vió la luz el tercer volumen, la atención de los estudiosos se proyectó sobre ellos, y obtuvieron un éxito definitivo.

Las ediciones más notables que se han hecho de los Ensayos son: la de 1595, hecha por su discípula, la señorita de Gournay, la de Coste en Londres de 1724, la de Johanneau en París de 1818, la de Amaury-Duval, y la de Belclerc, con notas escogidas de 1827.

En España se ha hecho una traducción muy completa por Constantino Román y Salamero, publicada en París por la Editorial Garnier.

Sin contar el mérito intrínseco de la obra de Montaigne, hay en ella dos cosas que sorprenden desde luego, y son: el hecho de haber sido el libro de los Ensayos el objeto único de la vida entera de un gran escritor, y la pasmosa originalidad que lo caracteriza. Esto último es tanto más admirable, cuanto que en todo el siglo XVI, ni en los anteriores, hay nada que se le asemeje. Hizo Montaigne en este libro la labor que estaba destinada al siglo XVII. Pero, no fué en este siglo sino en el siguiente, cuando se le estudió y comprendió en toda su profundidad. Grandes filósofos como Bacon y Locke fueron sus imitadores, y en cuanto al género que él creó, obtuvo su gran celebridad principalmente al otro lado de la Mancha. En la vieja Inglaterra se considera aún hoy día a Montaigne como uno de los clásicos más eminentes y se lee tanto o más que en la misma Francia.

Cabe también observar el hecho curioso de que las ideas que desenvuelve y las reflexiones que anota están exentas de ese dogmatismo peculiar que se encuentra en casi todos los escritores de la época. Montaigne no es un magister que trate de imponer sus doctrinas; no abusa de su alta cátedra para ganar prosélitos; no enseña nada a nadie: se limita a exponer, dejando que los demás saquen las consecuencias e infieran las reglas que mejor les acomoden. En los Ensayos II y III se expresa así respecto de este punto: «Dispensen, señores, yo tengo una particularidad, la de no creer en el valor de mis ideas, ni tratar de reducir a los demás a aceptarlas; no hago más que exponerlas para que se sepa cuales son. Las expongo, no por buenas, sino por mías. El que vaya en busca de ciencia, búsquela donde se encuentre. Yo no hago alarde de eso. Lo que escribo son mis fantasías, por medio de las cuales no intento dar a conocer las

cosas, ni exponer lo verdadero, ni señalar lo falso, sino únicamente darme a conocer tal cual soy».

Y esto se decía en pleno siglo XVI, siglo de persecuciones y de exagerado apego a la tradición.

Tan raro caso de tolerancia escéptica quizá pueda explicarse por la circunstancia de que el padre de Montaigne fué católico y su madre luterana. De sus hermanos, el señor de Beauregard y Juana l'Estonnac pertenecieron a la religión de la madre y los demás a la del padre, sin que, por ello se alterara en lo más mínimo la paz de la familia ni dejara de reinar la más perfecta concordia entre todos.

Los Ensayos no sólo tienen el prestigio de encerrar un curso completo de ciencias morales, sino que constituyen, además, una obra de arte, una obra maestra de arte libre y personal, y a esto, más que a lo primero, seguramente, deben el gran favor que encontraron en el público.

Una de las piezas más famosas que ellos contienen y que mayor influencia ejerciera, es la Apología de Raimundo de Sabunde, un filósofo judío nacido en Barcelona, que escribió un tratado teológico para demostrar la verdad de la Religión cristiana sin recurrir a otras pruebas que las que ofrece la razón.

Este notable estudio está inserto en la página 401 del primer volumen de la edición de Leclerc. Los estudiosos encontrarán ahí un caudal inmenso de erudición, puesto al servicio de un potente razonamiento y de una aguda dialéctica.

* * *

Montaigne sentimental.—Si es ejemplarizador el conocimiento de la vida de Montaigne, si es altamente provechoso el estudio de su obra literaria, si es útil la muestra de sus virtudes y grato el recuerdo de sus genialidades, creo que ello, con ser ya mucho, no es, sin embargo, todo lo que él nos brinda como una contribución a nuestro perfeccionamiento.

Hay algo en la vida de este insigne moralista, que bastaría por sí solo para elevarlo de golpe a la más elevada cumbre de la dignidad humana, algo que revela con elocuencia incontrastable toda la exquisitez de su espíritu, todo el refinamiento ético de su personalidad.

Era tan grande su alma, tan inmenso su sentir, constituyó él un ejemplar tan excepcionalmente dotado por la naturaleza, que logró conocer y comprender aquello que nadie comprende ni conoce: la verdadera amistad.

Yo no sé si me dejo arrastrar por la profunda simpatía que este sentimiento me inspira; pero si me preguntarais cual es a mi juicio el mérito mayor de este hombre eminentísimo, yo no vacilaré en afirmar aquí que su cualidad jefe, su verdadera característica, la que lo coloca por encima de todas las celebridades de su siglo y aún de los posteriores, es este concepto de la amistad que él ha penetrado como nadie quizá en el mundo.

La amistad era para él algo fundamental, como si dijéramos algo metafísico

que lo absorbe por entero. Se entrega a ella con una especie de religiosidad, saboreando sus dulzuras y compartiéndolas con su compañero del corazón, que era como la otra mitad de su propio ser, con su hermano de elección, ESTEBAN DE LA BOETIE.

Este sentimiento, que nació entre ellos sin que se sepa cómo ni por qué, estaba revestido de tan extraña nobleza, de tan sublime inmaterialidad, que hoy día, en medio del egoísmo protocolar y de la banalidad de las costumbres, la lectura de las páginas que a él se refieren, resultan totalmente ininteligibles, como si estuvieran escritas en hebreo.

Y es natural que así suceda, porque la amistad, tal como hoy la entendemos, es una especie de acercamiento interino, de origen frecuentemente deleznable y de fragilísima estructura.

La amistad al uso no pasa de ser una cofradía de intereses que dura mientras subsiste el fin utilitario que la creó.

Otras veces es un capricho, una ostentación o un preámbulo amoroso entre personas de sexo diferente.

Si ésta es la realidad, no es de extrañar que Montaigne resulte oscuro y paradójico cuando escribe lo siguiente: «Lo que solemos llamar amigos y amistades, no son sino relaciones y familiaridades trabadas merced a cierta ocasión o comodidad, por medio de la cual nuestras almas se comunican. En la amistad de que hablo (la de la Boetie) se mezclan y confunden una con otra, en alianza tan universal, que borran y no vuelven a encontrar la costura que las unió... Si se me estrecha para que diga por qué le amaba, siento que no se pueda expresar más que respondiendo: «porque era él; porque era yo». Y luego agrega: «Porque la perfecta amistad de que hablo es indivisible: cada cual se da tan por entero a su amigo, que nada le queda para darlo a otro; por el contrario, lamenta no ser doble, triple o cuádruple, no tener varias almas y varias voluntades para confundirlas todas en lo mismo. Las amistades comunes pueden dividirse: puede agradar en éste la hermosura, en el otro la facilidad de costumbres, en el otro la liberalidad, en aquél la cultura, en ése la fraternidad y así sucesivamente; pero la amistad que posee el alma y la rige en toda soberanía, imposible es que sea doble. Si dos al mismo tiempo demandan socorro, ¿a quién acudiríais?. Si requiriesen oficios contrarios, ¿qué orden hallaríais? Si uno encomendase a vuestro silencio cosa que al otro fuese útil saber, ¿cómo os las arreglaríais? La amistad única y principal anula todas las demás obligaciones. El secreto que he jurado no descubrir a otro, puedo sin perjuicio comunicárselo al que no es otro sino yo. Gran milagro es duplicarse, y no conocen su altura los que de triplicarse hablan».

En seguida refiere el siguiente caso: que a él le parece ejemplar como prueba de amistad profunda, si bien no perfecta porque en él se trata de dos amigos en lugar de uno:

«Eudámidas de Corinto tenía dos amigos: Carixeno y Aretreo. Como fuese a morir y era pobre, y ricos sus dos amigos, hizo así su testamento: Legó a

Areteo la manutención de mi madre y el cuidado de su vejez; a Carixeno la obligación de casar a mi hija y darle la mayor dote que pudiere, y en el caso de que uno de ellos faltase, sustituyo en su parte al sobreviviente. Burláronse del testamento los que lo vieron primero; mas cuando se avisó a los herederos, aceptáronlo con singular alegría, y como uno de los dos sucesores, Carixeno, muriera cinco días después, abierta la sucesión a favor de Areteo, pasó escrupulosamente alimentos a la madre y de cinco talentos que poseía, dió dos y medio a su hija única y dos y medio para la boda de la hija de Eudámidas, casándolas en un mismo día a las dos».

La Boetie y Montaigne se profesaron el más tierno afecto, jamás enturbiado por una reserva o una suspicacia.

Entre ellos no hubo tuyo ni mío. Comunes eran sus pensamientos, idénticas sus aficiones, similares sus gustos. Ambos eran escritores; pero no conocieron la envidia ni la rivalidad.

La Boetie escribió numerosas obras poéticas y un celebrado discurso sobre «La Servidumbre Voluntaria» que Montaigne piadosamente hizo publicar después.

Vivían el uno para el otro en la más estrecha cordialidad, ajenos a toda duda y como en perpetua confidencia.

Sin la más leve sombra de rebeldía al conocerse después de buscarse cual dos predestinados, se unieron como en un sacramento hasta la muerte.

Su amistad fué una especie de comunión mística, como la existió entre San Pablo y Tecla, entre Renán y Berthelot, entre San Francisco de Sales y Madame de Chantal.

Hay en esto algo de sobrehumano, algo de sagrado que está por encima de la comprensión de las almas vulgares.

En aquella abnegación sin límites, como en un delirio de altruismo, el amigo ideal solía decir: «No sólo me gusta más hacerle bien que si él me lo hiciera a mí, sino que prefiero que sea él el beneficiado; y entonces es cuando mayor beneficio obtengo yo».

Emile Faguet recuerda estas palabras en un precioso opúsculo sobre la amistad.

Por desgracia para Montaigne, esta suavísima delectación sentimental no fué tan duradera como él hubiera querido. Era demasiado completa su felicidad para que no fuera efímera.

A los cuatro años de haberlo conocido, contando La Boetie sólo treinta y un años, una grave enfermedad lo llevó a la tumba en breves días. Montaigne refiere estas crueles escenas de la última enfermedad de su amigo con un acento tan dolorido y al mismo tiempo tan viril, que produce una impresión de desconuelo.

Aquella separación debió ser un horrible desgarramiento, como la intervención brutal del destino en la tragedia griega.

Para que pueda juzgarse del efecto que este inmenso duelo produjo en el ánimo de Montaigne, citaré una nota íntima puesta en su diario de viaje, sin ninguna preocupación literaria, con fecha 11 de Mayo de 1581 y que dice tex-

tualmente: «Esta mañana, al escribir al Sr. Ossat, caí en un tan doloroso recuerdo del Sr. de la Boetie, y tanto tiempo pasé sin recobrarme, que aquello me causó un gran mal».

Nótese que esta exaltación del pesar que llegaba en su intensidad hasta hacerle perder los sentidos, ocurría 18 años después de la muerte del amigo.

Yo no sé que haya en el mundo un ejemplo de más santa y conmovedora fidelidad.

Obsérvese, además, para los que duden de su sinceridad, que Montaigne no era propiamente un literato en el sentido que hoy damos a esta palabra, no era un cincelador de frases, un miniaturista como Flaubert o Maupassant. Era mucho más que eso, era un pensador, un antropólogo que no concedía al lenguaje más importancia que la que merece. Todo cuanto hay en él, pues, todo lo que dice y piensa, por fuerza debe ser verídico y real, sin mezcla alguna de fantasía o artificio.

Fuera de esta amistad por Esteban de la Boetie, tuvo otras en sus últimos años, por cierto sin los caracteres singularísimos de la primera. Entre éstas puede citarse la del poeta bordelès Pedro de Brach, la de Justo Lipsio, con quien mantuvo una activa correspondencia epistolar, la del moralista Charron, autor del tratado sobre la prudencia, y, más intensa que todas éstas, la de María de Gournay, encantadora joven de 22 años a la cual él llamaba la «*fille d'alliance*» y que fué su más fervorosa discípula. La señorita de Gournay le profesó un tierno cariño filial y más tarde, a la muerte del maestro, editó sus obras en unión de Pedro de Brach.

* * *

Por el año 1590, Montaigne encontrábase ya viejo y con su salud seriamente quebrantada por su antigua afección a los riñones que tanto le atormentó. Su vista se obscurecía cada vez más y se embotaba su oído. Falto ya de entusiasmo por la vida, se recluyó en su torre, donde su secretario le leía a sus antiguos conocidos Platón y Aristóteles.

Por otra parte, la vida pública de su país no tenía nada de alentador. Habían asesinado al duque de Guisa y los de la Liga ocupaban a París con un ímpetu audaz. Pronto cayó también Enrique III bajo el puñal de un fanático.

Sólo los éxitos de Enrique de Navarra, su amigo, conquistando palmo a palmo el reino, le ofrecieron alguna compensación en esta vorágine de sangrientos sucesos.

Recluído en su castillo, lejos del bullicio mundanal, se replegaba cada día más en su pensamiento, ejercitándose en esperar la muerte con serenidad de estoico. Cuando ya la tuvo muy próxima, mandó a buscar a los gentiles hombres sus vecinos de la comarca para despedirse de ellos. Tres días antes de morir se le paralizó la lengua y ya no pudo comunicarse con los suyos sino por escrito o por señas. Triste fué este nuevo martirio; pero él supo sobrellevarlo con la entereza de un varón justo. El momento mismo de su muerte lo describe Pas-

quier en estas líneas: «Mandó que le dijeran misa en su habitación y al llegar el sacerdote a la elevación de la sagrada forma, el pobre caballero se lanzó, como fuera de sí sobre su cama, juntando las manos, y en este acto postrero entregó su alma a Dios. Tenía cincuenta y nueve años y medio, (Septiembre 13 de 1592).

* * *

Éste es el hombre, arquetipo de nobleza, de austeridad y generoso idealismo; representa una de las fases más avanzadas de la evolución universal. El ejemplo de su vida y de sus costumbres puede servir hoy y servirá en todos los tiempos de modelo a los que de veras se interesan por el perfeccionamiento ético de la humanidad. Fué grande en su vida y fué grande en su muerte.

Con justicia se le podría aplicar la frase de Shakespeare: «Ante él, pudo detenerse la naturaleza y exclamar con orgullo: He ahí un hombre».

ALBERTO HERRERA ARRAU.

Enrique Molina

Impresiones sureñas

15-28-Febrero 1924.



IBAMOS a salir de Concepción en viaje al sur en el primer tren que parte casi de noche. Un claror plumizo, difuso, estampado sobre toda la ciudad, anunciaba la proximidad del alba. No había nada de esa claridad transparente y diamantina, realizada por el lucero de la mañana, con que se suele despedir la noche en otros lugares. Concepción es una dama recatada que espera al día envuelta en su capa de brumas.

Los focos de la luz eléctrica empezaban a apagarse. Nadie en las calles, fuera de uno o dos empleados obligados a madrugar.

No pocos pasajeros esperamos el tren que viene de Talcahuano. Luego asaltamos el wagon que se halla sumido en finieblas.

* * *

Imagináos que salierais por primera vez de Concepción y que ya el soplo de la luz hubiera dado diafanidad al aire. Entonces iriais con el alma fresca y plástica de un niño admirando los hermosos chalets que a la izquierda de la línea férrea se levantan en nidos de verdura y al pie de empinados cerros revestidos de un tupido manto de pinos verdinegros. Iriais mirando a la derecha el ancho y perezoso Biobío, a cuya orilla serpentea la línea y por donde corre el tren dando colazos. El río, como el mar, el valle y todos los paisajes dilatados, parecen invitar el alma a la ensoñación, que es un estado de arrobo en que no se piensa en nada.

El Biobío goza de la merecida fama de río inútil. No sirve para

el regadío de los campos vecinos y ha perdido su valor de medio de comunicación que antaño tuviera. Es un río decorativo. Así se lo hacía saber al poeta mejicano Enrique González Martínez, en ocasión que lo atravesábamos para ir a Lofa. ¿Y le parece poco que sea decorativo? me dijo el poeta. Efectivamente no puede ser poco para un artista.

Antes de una hora de camino surgió tras los montes del oriente el sol gozoso y triunfador. Parecía un dios joven, vigoroso y juguetón que viniera por primera vez a la tierra y quisiera despertarla, abrazarla, dominarla, penetrarla. Rasgó las nubes, hizo volar en giros las nieblas que se enredaban en los árboles como vestiduras de muchacha pudorosa desgarradas por un compañero demasiado violento. Se derramó y reflejó sobre el río convirtiéndolo en torrente de oro incandescente. Las aguas tomaron vida y se movían como agitadas por un cosquilleo deleitoso. En las hojas de los árboles se hizo esmeralda y piedra preciosa en las gotas de rocío. Se arrojó irresistible por las ventanillas del tren, y obligó a los viajeros a fruncir los ojos, bajar las persianas y refugiarse en la sombra.

Después de estos ágiles rasgos propios del despertar de un ser fuerte y alegre, siguió el astro tranquilamente su normal carrera de suprema divinidad bienhechora de los hombres.

* * *

En Renaico, a donde llegamos después de atravesar el Biobío y pasar por varias estaciones, cambiamos de tren para dirigirnos a Angol situada en un ramal paralelo al occidente de la línea principal. Angol es una pequeña capital de provincia de calles polvorientas orladas de grandes y umbrosos árboles. Está situada en un terreno accidentado lo que le permite disfrutar de pintorescos panoramas.

Disponíamos de muy poco tiempo, recorrimos ligeramente las calles, y visitamos el hospital que, según he sabido, es lo mejor que tiene el pueblo. Cuenta en efecto con muy buenas instalaciones y se halla admirablemente bien tenido. Entramos de improviso y a una hora de mucho trabajo a la cocina y a la despensa. Brillaban de orden y aseo. En la despensa hay cajones con tapas para los frejoles, arvejas, arroz y demás artículos de consumo. Cada uno lleva el nombre de algún vecino generoso que se encarga de llenarlo. Cuando se en-

cuentran vacíos, lo que ocurre muy raras veces, las tapas permanecen levantadas y los cajones parecen bocas que claman hambrientas. Todo o casi todo en el hospital ha sido hecho con donaciones de los particulares de la localidad y de los propietarios de los campos aledaños. Es un hermoso caso. El hospital es no sólo bueno para Angol sino que podrían envidiarlo muchas ciudades de la República (1).

De Angol nos fuimos al Vergel, rico fundo a donde se llega por una espléndida carretera en menos de media hora en auto.

Habíamos sido invitados a pasar algunas horas en compañía de unos jóvenes de la Asociación Cristiana de Jóvenes que hacían vida de campaña en un bosque del fundo. Una veintena de muchachos estaban instalados desde hacía quince días bajo pinos y eucaliptos gigantes en tiendas y rústicas chozas fabricadas por ellos mismos. El aire es siempre delicioso. Los jóvenes se levantan con el canto de los pájaros; y van a bañarse al Malleco que se arrastra en blanda corriente a corta distancia del bosque. Llevan una vida sana de ejercicios físicos, de buenas lecturas y de práctica de la ayuda mutua. De noche hacen por turno guardia de vigilancia en el bosque. No faltan tampoco las bromas ingenuas tan en el carácter de norteamericanos y alemanes. Casi de noche nos sirvieron en mesas de rústicos tablones una sencilla y sobria comida: una sopa espartana, un buen asado con bastantes papas y un rico cake de fresas. Excusado es decir que no se tomaba más que agua.

Estamos seguros de que estas asociaciones producirán entre los jóvenes chilenos y en nuestra sociedad en general los mismos benéficos resultados que sus similares norteamericanas. (Y. M. C. A.) han hecho sentir desde hace tiempo en los Estados Unidos.

El Vergel, que perteneció hasta hace pocos años a un chileno inteligente y emprendedor, pasó a ser, después del fallecimiento de éste, propiedad de una sociedad metodista norteamericana. Es un suelo digno de su nombre. Los frutos más variados y exquisitos y las más preciosas flores se dan en él. Si la leyenda del paraíso terrenal hubiera llegado a nacionalizarse entre nuestros aborígenes, seguramente lo habrían ubicado en el Vergel, tomándonos la licencia de suponerlo

(1) Nos sirvió de gentil guía en nuestra visita el distinguido doctor Oscar San Martín, sub-administrador del establecimiento, a quien se debe en gran parte el excelente pie en que se encuentra.

en los tiempos primitivos tal como se encuentra ahora. Y vaya que habrían tenido variedad de manzanas donde elegir. No podríamos decir cuantas; pero de las peras, sí, sabemos que hay más de ciento ochenta variedades.

El fundo se halla muy bien atendido y cultivado. A su cabeza se encuentra un director o administrador general. Cada sección, los árboles frutales, las flores, el huerto, las siembras, están a cargo de un técnico especialista graduado en alguna Universidad norteamericana. Así corre con el huerto nada menos que un Maestro en Ciencias de la Universidad de Wisconsin, el señor Ballock. De esta científica división del trabajo no pueden resultar sino ventajas enormes.

Los cultivadores del Vergel han importado del Uruguay una mosquita que ataca al pulgón que apesta a los manzanos. Así han logrado obtener manzanos libres de todo bicho. Las manzanas se venden en grandes cantidades cuidadosamente embaladas y encajonadas.

Los moradores del Vergel son estrictamente antialcohólicos y, según me han asegurado, se deja ver ya en la morigeración de las costumbres de los campesinos cercanos una saludable influencia de este buen ejemplo.

* * *

¿No habéis sentido alguna vez el raro encanto que envuelve a los enfermos conyalescientes de una grave enfermedad? Es un encanto dulce-mente triste; fluye del ambiente que nimba al enfermo un dejo de indiferencia para todo lo superfluo; se quiere solo la vida; se está ante una existencia entre dos mundos. El encanto es aun mayor cuando el conyalesciente es un niño, un joven o una mujer en la flor de la edad.

De mi sé decir que discípulos que se han encontrado en estos casos me han inspirado algunas de mis más hondas ternuras.

Cuando iba a terminar la visita al hospital de Angol, de que he hablado, la madre que nos acompañaba me dijo que una joven enferma del pensionado deseaba verme. Me había conocido al pasar. A mi me costó reconocerla en un principio. Tan desfigurada estaba. Era una muy aventajada estudiante de la Universidad de Concepción, que había sufrido una seria operación quirúrgica. Con qué mezcla de dolor y placer me acerqué a ella y le estreché la mano cariñosamente: dolor por el estado en que la hallaba, placer porque ya había pasado el gravísimo peligro que la amenazaba.

Nuestro corazón suele encerrar tesoros de ternura que no sienta manifestar en la vida ordinaria y menos ante una mujer joven porque es difícil que esto no se interprete mal; pero cuando se trata de una joven enferma puede uno dejar que la ternura se esponje en su pecho sin inconvenientes y aún con dulzura. Es una de las formas que toma el bien en la tierra.

Hablamos un rato, la contemplé algunos minutos en silencio y, confortándola sobre su segura convalecencia, me despedí.

A la mañana siguiente, al volver del fundo y antes de alejarme de Angol, pasé de nuevo al hospital. La joven seguía mejor. Flores que traje del Vergel vinieron a perfumar ese día la pieza de la enferma.

* * *

Poco más de tres horas en tren y estamos en Temuco.

En el camino, al salir de Collipulli, hemos podido admirar el altísimo viaducto del Malleco, la obra pública más famosa de la administración del Presidente Balmaceda. Qué pintoresco se columbra el verde y estrecho valle en la hondura. Una bella casita situada en un altozano en la orilla del río y el vecino puente carretero, de líneas esbeltas, se alejan en lo profundo como cosas de miniatura y desde la elevación en que estamos y por donde va el tren temblando, parecen casi una decoración teatral.

La lluvia de los días anteriores ha lavado la atmósfera y permite gozar del estupendo panorama andino en todo su esplendor. ¡Oh! la majestad de las cordilleras azules y de sus cimas coronadas de nieve: el Llaima, el Lonquimay, el Villarrica.

* * *

Temuco ya no es un campamento de casas de madera y de gente más o menos maleante, como era hasta hace algunos años. Es una ciudad con muchas hermosas construcciones de material sólido y de anchas calles bien pavimentadas y limpias. Tiene un comercio activo y próspero, estimulado por el desarrollo de la agricultura y de muchos pequeños pueblos en una vasta zona circunvecina.

Temuco no lleva cincuenta años de vida y cuenta con más de treinta y cinco mil habitantes.

En los comienzos de este siglo fuimos de Temuco a Nueva Imperial.

Entonces no había ni tren ni autos. El viaje se hacía en coches viejos y no poco desvencijados que tardaban cerca de tres horas. Ahora hay tren y una espléndida carretera. Gracias a la gentileza de un simpático amigo, inteligente y emprendedor industrial de Nueva Imperial, hicimos esta vez el viaje en auto en cuarenta minutos. El camino va paralelo al río Imperial y entre campos ricamente frigueros que se extienden a uno y otro lado del río en lomas bajas, amarillentas, redondeadas, interminables.

* * *

Lo que se llama la Suiza Chilena forma una vasta región comprendida en la zona andina y en el valle central de las tres provincias más australes. Encierra una veintena de grandes lagos e innumerables pequeños diseminados entre las montañas nevadas y en el valle. Mucho más dilatada que la europea es al mismo tiempo más silvestre e inculta que ella.

Andando sólo en ferrocarril no es dado conocer sino una parte limitada de nuestra Suiza; pero qué de bellezas se pueden admirar.

De Osorno al sur hicimos el viaje en compañía de un alto funcionario que andaba en jira de turismo con su simpática familia y una distinguida dama santiaguina.

Nos invitó a su confortable wagón especial.

La dama era muy comprensiva e inteligente. No pertenecía a la especie del santiaguino clásico que se moviliza sólo entre Santiago y Viña del Mar y que va a París creyendo conocer ya bien a su patria porque para él únicamente Santiago es Chile.

Sin embargo, esta señora venía en realidad descubriendo a su país. Cada detalle constituía una sorpresa para ella. Era en menor escala el caso de los europeos y norte-americanos cuando se sorprenden de vernos vestidos como ellos y muestran la creencia de que los habitantes de estos países sud-americanos andan todavía cubiertos de plumas.

Referí yo que me había ocurrido algo semejante la primera vez que llegara hasta Puerto Montt hacía cinco o seis años.

«Éramos un grupo de profesores y estudiantes que andábamos en excursión a principios de invierno. Habíamos venido, como ahora, de descubrimiento en descubrimiento en cuanto a la cultura y bellezas del sur. Pocas cosas más pintorescas que la llegada a Puerto Montt, que ustedes van a ver. El tren descende a la ciudad como por un camino de caracol. Desde la altura se la columbra una primera vez recostada en un lado del

hemiciclo de la bahía y desplegando al sol sus casitas de varios pisos y de techos rojos. Luego el tren se pierde en una quebrada revestida de helechos; vuelve a salir a un sitio despejado de donde contempla una vez más al pequeño pueblo que en su placidez marina se presenta como una promesa de bella vida *calma*. Vuelta a hundirse en una garganta de helechos, vuelta a salir y se llega».

«De Puerto Montt fuimos a Cochamó en el seno de Reloncaví. El vaporcito iba a partir muy de mañana. Nos levantamos de noche. Cuando llegamos al muelle todo estaba oscuro y llovía. Los viajeros, bajos los paraguas y envueltos en impermeables, nos reconocíamos por la voz y mirándonos muy de cerca a la cara. El vapor empezó a moverse en la penumbra. Me pareció nuestra situación una aventura fantástica al fin del mundo, al polo. A poco andar, el capitán del buque me presentó a un señor de quien me dijo era de Cochamó y había solicitado permiso para ir allá en el vapor porque las comunicaciones habían estado muchos días interrumpidas. Primera sorpresa: en Cochamó, en un rincón tan apartado, vivía gente civilizada. El señor era delgado e iba correctamente vestido. Aun recuerdo su alto cuello blanco que sobresalía bastante del sobretodo. Por él supe que Cochamó contaba con una población de algunos centenares de personas. El día se había despejado. Salió el sol. Ibamos por un canal de regular anchura abierto entre cerros y colinas redondeadas, cubiertas de vegetación. Las aguas estaban más tranquilas que un lago. A lo largo de ambas orillas, se levantaban de trecho en trecho casitas de madera. A mayores distancias, capillitas también de madera. Llegamos a Cochamó. Era un caserío insignificante diseminado en las alturas de la orilla. En un lugar sobresaliente se destacaban tres figuras que contemplaban el fondeo del vapor. Una de ellas correspondía a la del legendario cura de aldea, ancho, basto, y de grueso paraguas bajo el brazo. Triste, triste vida, pensé, mirando las tres figuras. —Vamos a tierra, me dijo el capitán.—¿Pero qué vamos a ver allá? Como insistiera, bajamos. En el pueblo pregunté si había escuela. Me presentaron al preceptor y tuve una nueva sorpresa. La escuela de ese confinado villorrio contaba con una asistencia media de doscientos niños de ambos sexos. ¿Cómo era esto posible? Los niños acudían diariamente de todos los campos vecinos y del otro lado del canal en sus botes. Ahí no había nunca tempestades y la lluvia no importaba. Es fama de que en esta provincia hay menos analfabetos que en cualquiera otra del

país y se asegura que los chilotos adultos,—muy tinterillos,—aprenden a leer en los códigos.»

«Al ir a reembarcarnos contemplé desde la alta ribera las escarpadas orillas, las aguas dormidas de brillo oscuro y apacible y la graciosa silueta del vaporcito con su chimenea pintada de negro y rojo, que empezaba a humear. Estábamos en un fiordo. Antes habíamos admirado la Suiza Chilena. Ahora nos hallábamos en medio de una verdadera Noruega Chilena.»

— «Comprobé entonces, concluí diciendo, como los viajes, aun cuando uno menos lo espera, siempre enseñan algo y nos aconsejan cuidarnos de las excesivas pretensiones de nuestro saber.»

Hacía poco más de una hora que habíamos salido de Osorno. El tren ha avanzado orillando ríos de suave corriente; ha avanzado por medio de los árboles gigantescos de la selva primitiva. Esta conserva su grandeza a pesar de que en dilatados trechos no tiene otra cosa que ofrecer a la vista que el aspecto fúnebre de árboles derribados y de troncos quemados, carbonizados y ennegrecidos por el fuego de los roces. La selva es un cementerio en preparación para nueva vida.

Estábamos en el promedio de la tarde. Había una diafanidad perfecta en la atmósfera. De repente, al trasponer una colina, se nos brindó un soberbio cuadro. El lago Llanquihue se extendía delante de nosotros como un inmenso óvalo de cristal azul turquesa. tranquilo, brillante, desenvolviendo y aumentando la luz de esa tarde radiante de palpitaciones claras. Como lago del valle sus riberas son en general bajas; pero al otro lado se erguían, cual completación magnífica del paisaje, arrancando casi desde la orilla misma, las cumbres del Osorno y del Calbuco. El efecto de colores, azul en las faldas y blanco en los coronamientos es notable en ambos; mas principalmente el Osorno es portentoso. Forma un cono de regularidad acabada. Tras una exclamación admirativa general caímos todos como en veneración silenciosa ante la belleza. Me sentí con el alma de un primitivo, me sentí pagano y panteísta, adorador de las fuerzas, misterios y encantos de la naturaleza. ¿Qué maravilla es esa? ¿Qué joyero ciclópeo y divino ha cincelado esa obra prodigiosa de esmalte azul y blancura repujada dentro de líneas de la más suprema sencillez? ¿O es una deidad femenina cuya nevada cabeza sonríe desde el cielo a los hombres y coquetea a la vez reflejando su beldad en el espejo del lago? ¿O es un símbolo de lo arcano que como un juez austero de peluca empolvada induce al hombre

a postrarse ante lo indescifrable? Oh maravilla! Mis divagaciones no podían agotar el contenido de la belleza y esta, inextinguible, nos mantenía hipnotizados.

Poco después llegamos a Puerto Varas, situado en la ribera sur del lago, donde nos quedamos.

Puerto Varas atrae a los veraneantes por los encantos de sus panoramas, su tranquilidad idílica y su vida sencilla. Ahí está el lago como una sugestión inmensa y perenne de placidez.

La noche que llegamos, la luna llena abría en medio del círculo de las aguas un tajo de luz levemente rizada y la pálida laxitud de las cosas bañaba en dulzura el alma.

De Puerto Varas parten excursiones a diversos puntos interesantes del lago, a Peulla, situada en las orillas del lago Todos Santos, y a la frontera argentina.

Por lo demás, en el lugar no hay mucho que ver. Se extiende muy diseminado a lo largo de la playa y por las colinas vecinas. Sus calles cortas e irregulares son llenas de altos y bajos.

Una vez que andábamos vagando preguntamos a una mujer qué era lo más digno de conocerse en el pueblo.

—El Calvario, pues, señor.

Y fuimos al Calvario. En una colina boscosa que se levanta al lado del hospital se ha hecho un camino elíptico ligeramente ascendente. En todo él se encuentran de trecho en trecho pequeños nichos con cuadros que representan la pasión de Jesús. El primer nicho es, sin embargo, bastante grande para que quepa en él una estatua del Mesías de porte natural. Ahí está Jesús sentado y con las manos atadas. Termina la serie en la parte más alta con un grupo también de tamaño natural que representa la crucifixión.

Por supuesto que todas estas obras son pobres cosas desde un punto de vista artístico. Pero, qué importa! Este pueblo parece poseído de una devoción bastante ingenua para detenerse en tales minucias. Dicho sea a manera de corroboración psicológica de lo anterior: de los diarios de Santiago no se vende aquí «La Nación», ni siquiera «El Mercurio»; sólo «El Diario Ilustrado».

En Febrero empiezan a ser ya muy frecuentes las lluvias en estas latitudes, lluvias ¡ay! que duran todo el resto del año. Apresuramos nuestra ida a Valdivia.

* * *

Valdivia es la reina de la región.

Osorno, la ciudad mediterránea, rodeada de ricos fundos y de campos de escogida ganadería, la metrópoli de los millonarios sureños como se la llama, compite con Valdivia en prosperidad y progresos.

Ambas constituyen un testimonio de lo que han logrado el esfuerzo y las iniciativas de los colonizadores alemanes y de sus descendientes; y de cómo lo han logrado a pesar del incierto y miserable tipo de moneda que nos aplasta y a pesar de las trabas de la politiquería y del régimen parlamentario que hemos venido sufriendo.

Ambas ostentan mansiones y casas comerciales e industriales sólidas y bellas. Significan estas, con anterioridad a toda reforma administrativa, una verdadera obra de descentralización, la adopción de un concepto nuevo de la vida en Chile, la voluntad de arraigar en la tierra, de donde se ha extraído la riqueza y donde se ha acumulado por medio del tráfico y de la técnica.

Sin embargo, los descendientes de alemanes en el sur se siguen diciendo alemanes aunque hayan nacido en Chile y sus padres también sean chilenos, y a veces aún sus abuelos. A la propietaria del hotel de Niebla, de aspecto extranjero, pero que hablaba muy bien español, le pregunté si era chilena. Vaciló un poco y me dijo: Nacida en Chile, pero de padres alemanes. No aceptaba lisa y llanamente el ser chilena.

Por lo demás, estos pueblos, en lo que se refiere a manifestaciones de cultura superior, son más o menos como los restantes pueblos de Chile, es decir de cultura incipiente. Así Valdivia y Osorno, a pesar de su relativa opulencia, no disponen de más bibliotecas públicas que las de sus respectivos liceos.

Hay ciudades que nacen con suerte cuando se sabe elegir para fundarlas un lugar privilegiado. Entre ellas se cuenta Valdivia. Se levanta en un recodo del bello río de su nombre y en un lugar en que por la afluencia de varios ríos de la región empieza la corriente a ser un amplio estuario sembrado de islas. El río es navegable hasta mucho más arriba de la ciudad. El pueblo se ha desarrollado hermosamente por ambos lados del codo del río. Bien construídas casas de colores claros y de dos, tres y hasta cuatro pisos, fábricas en una y

otra orilla y las altísimas chimeneas con su constante penacho de humo le dan todo el aire de una gran ciudad.

—Si parece que estuviéramos en Hamburgo, decía una señora una tarde que llegábamos en vaporcito.

Son muy conocidas las fábricas de calzado de Rudloff, de azúcar, clavos, velas y confites de Hoffmann, de cerveza de Anwandter, los astilleros de Baehrens. Hay además curtiembres y fábricas de cartón y papel.

Visitamos la fábrica de Rudloff un Lunes por la mañana. Todos los obreros estaban en su puesto y las cincuenta máquinas en movimiento. No se había celebrado San Lunes. En la oficina de entrada de la fábrica nos llamó la atención un cuadro enviado desde Munich por el fundador de la empresa a sus hijos, los actuales dueños. El cuadro no contiene más que una estrofa de Goethe. Es una sabia lección que el padre, ya retirado de los negocios, creyó oportuno recordar; y que nosotros consideramos digna de ser asimilada por todos los afortunados de la tierra. En español dice más o menos así:

Lo que has heredado de tus padres

Trabájalo a tu vez

Para que seas su verdadero dueño.

Valdivia, como ningún otro pueblo de Chile, tiene escritas en la piedra y en monumentos de cal y canto las ejecutorias de su noble abolengo español. Ahí están en las calles de Picarte y de los Canelos las dos torres circulares de cal y ladrillo, macizas fortalezas de la época colonial, hoy bellos restos inofensivos que se mantienen bajo la fronda, un poco carcomidos y un poco cubiertos de yerbas. Ahí está el imponderable fuerte de Corral y los de Niebla y San Carlos, cuyas piedras resumen el recuerdo de las primeras hazañas de nuestra marina nacional, heroicamente capitaneada por Lord Cochrane.

A un extenso y cómodo malecón de cemento armado atracan a toda hora pequeños vapores y botes automóviles que vienen de las fábricas del otro lado; o de Corral, de Niebla, de Amargos, lugares de veraneo en la desembocadura, o de puntos del interior.

Los vaporcitos que comunican varias veces al día los balnearios nombrados con Valdivia hacen el viaje en poco menos de una hora. Andan siempre en los días de verano atestados de pasajeros.

La tarde que fuimos a Niebla era radiante. Pasados los primeros entusiasmos de admiración por el paisaje, en uno de los grupos se empezó a hablar de la cuestión palpitante, de la política y de las elecciones.

—¡Qué caos!, decía un señor. No se sabe a donde se va. En unas partes vemos candidatos liberales avanzados apoyados por conservadores, en otras radicales contra radicales y, lo que es más curioso, los flamantes comunistas van a sufragar aquí, por un candidato aristócrata. Pobres gentes, cuanta desorientación!

—Estas confusiones y falta de finalidades doctrinarias son la consecuencia de las ambiciones personales y de los odios, repuso otro; pero, por fortuna, no pasan de constituir aberraciones de detalles. La orientación general del país, orientación clara e irresistible, es francamente liberal.

Bajaron con nosotros en Niebla un señor y un clérigo. Marchaban delante, y como el señor era muy amable y parecía bastante conocedor de estos parajes, los seguimos. El señor venía piloteando al clérigo que era italiano. Chico y gordito éste, al tener que andar por los altos y bajos de las sendas silvestres, al tener que saltar por piedras y por baches, no daba muestra de ninguna elasticidad en sus miembros. Tenía algo de una jamona que no hubiera hecho en su vida gimnasia. Con su cara regordeta y sonrosada, sus ojitos pequeños y su sotana ceñida sobre sus gorduras parecía también un cerdito adobado.

El erudito guía nos mostró con útiles detalles el fuerte, las dos playas y un amplio terreno abierto y despejado que debe ser un proyecto de plaza y donde se levanta un monumento.

—Ven acá, le decía al clérigo en broma, usted que es romano debe saber admirar el arte. Y nos indicaba la estatua de yeso que representa un indio con una maza en la mano. Puede ser Lautaro, Caupolicán o cualquier otro. El artista quiso hacer al indio fiero, pero el pliegue de la boca le deparó una sorpresa y le resultó sonriente, con lo cual quedó consumado un perfecto mamarracho.

Mas a Niebla no se viene a buscar las obras del arte humano, salvo en la forma de uno que otro sencillo y pintoresco chalet. Se viene a vivir en comunión con la naturaleza.

Niebla y Amargos, como Puerto Varas, son puntos ideales para un veraneo apacible, laxo. Nada en ellos de preocupaciones mundanas, de bailes ni de fiestas. Mucha tranquilidad, sol, buen aire, campos de césped,

bosques, lugares de excursiones, playas de mar y de río donde bañarse, y rumor de olas para dormirse blandamente: tal es lo que ofrecen estos pintorescos sitios, sobre todo Niebla. Agregad la lectura de un libro fácil y ameno, y os parecerá que los nervios se distienden en un sano bostezo, en un irónico olvido de todas las vanidades y cosas desagradables de la vida.

* * *

Para terminar fuimos un día al lago Riñihue, situado en la zona cordillerana y más o menos a cuatro horas en tren de Valdivia.

El camino es parte de una de nuestras vías internacionales que pasa en seguida por los lagos Perihuaico y Lacar.

Al avanzar en el tren en la última mitad de la jornada, por entre campos a medio cultivar o no cultivados, donde la selva ostenta aun su gallardía primitiva, pensaba en los adelantos y en el porvenir de las provincias y de los pueblos que había visitado. Mucho han hecho; pero cuánto horizonte abierto aún para la agricultura, la industria y el comercio, que deben ser fomentados por medio de acertadas medidas administrativas y de una adecuada educación. Una sabia descentralización se impone. Las obras de cultura superior y los hoteles mejor organizados y mejor instalados estimularán el turismo en una proporción no imaginada. Corrijamos también los defectos de nuestros ferrocarriles. Nos ha tocado viajar en estos días en un wagón de primera que más parecía carro de equipaje o de carga. La balumba de maletas, cajas y canastos no permitía moverse a los pasajeros. Hay que ponerle un límite al equipaje de mano de cada cual. Urge asimismo que se disponga de un coche comedor para los trayectos largos.

Estos pueblos del sur son ya bellos y simpáticos. No faltan en ellos, es verdad, arrabales abandonados y pobres; pero ¿dónde no acompaña al hombre la miseria como una sombra dolorosa, como una sombra para meditaciones? Mas en ninguna parte hemos encontrado la pobreza mugrienta, beoda y viciosa que repugna en algunos barrios de Talcahuano.

Llegamos a mediodía a Riñihue. El lago, como de cordillera, tiene una forma alargada y se halla encerrado en una cuenca sinuosa, cuyos bordes los constituyen altos cerros revestidos de bosques. El

paisaje era admirable. Sobre la superficie azul de las aguas se destacaban en el fondo, entre dos macizos redondeados y verdes, las cumbreras nevadas del Chosuencho o Mocho. Eran éstos una incrustación de plata entre dos campos de esmeralda, eran un altar sobre una fuente divina. Experimenté de nuevo la veneración que había sentido por primera vez en las orillas del lago Llanquihue.

Después de almuerzo hicimos por el lago un corto recorrido en el buen vaporcito que mantiene el tráfico entre los diversos puntos poblados de la ribera.

Nos acercamos al lugar donde nace el río Valdivia. Las aguas son de una transparencia perfecta. Se ven en el fondo los guijarros. En una suave ensenada la fronda de la orilla se abre, forma un arco y el lago se desagua calladamente. Que modesto principio para tan grandes resultados. Se siente ahí algo del misterio que acompaña al comienzo de toda vida. Parecería que los árboles mismos se inclinaran reverentes para contemplar también el misterio y darle dulce sombra a este ser que va quien sabe a donde. Silencio, silencio. El río es un cachorro de gigante que se aparta callandito, quizás para no despertar las ninfas del lago que quisieran sujetarlo, que se aparta de su madre para correr mundos y fecundar la tierra.

No cabe negar que nuestros rebeldes araucanos tenían muy poca imaginación. ¿Cómo no haber aprovechado los espléndidos elementos de nuestra tierra para entretejer mitos en que se personificaran divinizados el río tumultuoso, el lago apacible, la nieve maternal, el volcán colérico, el bosque en que sopla lo arcano?

Regresamos ricos, con la riqueza de los esfluvios de la floresta y del lago y con el calor y la luz del sol. Dos parejas de recién casados, que excursionaban con nosotros, volvían, ilusionadas abejas humanas, convirtiendo ya en mieles estos dones de la naturaleza.

ENRIQUE MOLINA.

Pedro Prado

Lemuria

El reguero del sol, mástil de posesión,
despliega mi bandera de luz crepuscular;
al hundirlo en las aguas elevo mi canción,
y alumbro la Lemuria dormida bajo el mar!

Te regalo la tierra donde la vid naciera;
aun embriaguez ofrece trocada en gran lagar;
abejas son los barcos que el hombre siempre viera
imil abejas caídas en el licor del mar!

77° Long. O., 33° Lat. S., a bordo del «Essequibo»; Enero 1.º de 1924.

NOCHE EN ALTA MAR



QUEDE el sencillo trino en las aves menores;
los pájaros del mar van mudos y abismados,
rozan tantos misterios y cósmicos terrores
que en las gargantas llevan los cantares clavados.

Sólo en soberbias noches al infinito abiertas,
sobre el mar olvidado, por encima del viento,
desatan su mudez abriéndole las puertas
a la angustia que clama con ignorado acento.

Palpitantes las olas fosforecen y asaltan
mi barco que deriva en esta noche inmensa;
¡cómo brilla la cólera en la espuma más alta
si, ave del mar, mi espíritu, liberándose piensa!

Surgiendo de la espesa, y baja, y fría bruma,
rasgo el austro salino y esta agua violenta,
y la ola de la noche remonto hasta la espuma
de los astros postreros que en su cúspide ostenta.

Corola de una flor, que es todo nuestro mundo,
esta noche va abierta a tu noche, Dios mío!
aljófara desprendido del misterio profundo,
los astros son en ella gotas de tu rocío.

Tan lejanas las costas y tan hondo el sentido
del barco y de la sombra, de las olas y el viento,
que jamás antes de hoy había yo vivido,
¡camina a eternidad la plenitud que siento!

Si cada estrella altiva es un sol ignorado,
y como hojas de otoño los días de ellas manan,
me percibo viviendo esta noche, extraviado,
el gran día perenne que no tiene mañana!

Los fulgores de estrellas en que ahora me baño,
de tiempos que pasaron son los ecos perdidos;
partieran hace siglos, partieran hace un año,
en la hora presente todos llegan unidos.

El telar de la noche seda de estrellas trenza,
hilos de luz que arroja cada siglo pasado;
a la felpa que nace no existe quien la venza,
azul y plata, el tiempo queda a su pliegue atado.

Eres suma de siglos, ¡oh! nocturno claror,
nuestro gran sol apenas si es espacio el que baña;
tú, ido el tiempo, revelas que sigue en el amor
de la noche dormida como un hijo en la entraña!

EVOCACIÓN

Del tiempo y el olvido, bajo antorchas ardientes,
penetro solitario en edades inciertas,
con luz ya desligada de sus remotas fuentes,
a la vislumbre viva de las estrellas muertas!

Hierven olas deshechas, y entre velos de brumas,
aparece en el fondo, surgiendo de la nada,
la más inmensa tierra coronada de espumas
¡estaba bajo el mar por siglos sepultada!

En los flancos sombríos de desnudas montañas,
la humedad permanece y las estrellas rielan,
pero vuelven sus soles, sus ardientes mañanas
y en los solemnes bosques extrañas aves vuelan.

Y, cabe el mar antiguo con fantásticos barcos,
surge el clamor de puertos por misteriosos cielos,
y otra vez los hombres extendiendo los arcos
de horizontes cambiantes, lanzan los mil anhelos!

EN-U-MEN

Florece aquel hombre en medio de las gentes,
anclado como un barco que se arraiga en el mar;
deshechas en raíces las piernas impacientes,
en gran quietud trocada el ansia de vagar.

Abiertos para siempre en un ofrecimiento
los dos nervudos brazos—viejas iras crispan—
se abrían en cien ramas para arrancar al viento
las divinas canciones que nunca se escucharán.

Prolongando en el aire sus temblores de antenas
de cada nervio humano algún gajo partía,
en hojas palpitantes ensanchaba sus venas,
y en coágulos de rosas a su sangre vertía.

El perfume de toda la gran tristeza humana
en el aire vaciaban sus mil rosas henchidas,
¡y cada alma al sentirlo se sabía su hermana!
¡le cortaban las flores por curar sus heridas!

En torno de su tronco, los hombres vagabundos
elevatoron sus casas por lograr la quietud;
así creció sin tregua, en ese antiguo mundo,
una ciudad solemne de sedante virtud.

Un bosque se formara refugio de las aves
entre el pueblo extasiado y el arrullo del mar;
las semillas que el viento arrastraba cual naves,
anclaban para siempre, por oírle cantar!

Mil pajarillos mudos acudían veloces,
como nunca lo hicieran para buscar el grano;
todo un mundo se hundió y aun nos queda en sus voces
el eco que aprendieran de aquel acento humano!

Como hierbas que emergen al borde de las fuentes,
los amores en torno de su sombra brotaban;
los besos cual burbujas ascendían silentes
del fondo de las almas, y en labios estallaban.

Cuando joven y abierto con espina naciente,
de besarle la boca no temían las mozas,
un viento de locura le agitaba sufriente,
y quedaban, doncellas, deshojadas en rosas...!

Anciano, sus mil ramas con espinas agudas,
cien coronas de nidos en la barba fluvial,
mujeres distraídas desgarraba, y desnudas
huían clamorosas lamentando su mal.

El agua de los cielos, que sin rumbo cayera,
en hilos de sus lágrimas a trenzarse aprendió.
El rocío es la copia de su pena primera;
y llueve hoy como antaño ese hombre lloró!

¡Desde entonces, otoños fueron angustia viva!
Seguía con tristeza el huir de sus hojas;
ya desnudo bajaba la frente pensativa...
¡en los aires quedaron sus profundas congojas!

En-U-Men, el que toda La Lemuria cantara
en el dichoso tiempo antes del bien y el mal,
coronado de espinas, que el mismo alimentara,
murió crucificado en su propio rosal!

ROCAS ETERNAS

Donde nubes se enredan y concretan perennes,
donde en quietud de hielo el agua loca duerme,

en mitad del silencio que en las alturas crece,
en rocas solitarias donde los siglos mueren,

augustos hombres sabios de aquella edad perdida,
trocaron en granito sus efímeros días!

Extrañas procesiones subían a las cumbres,
palpaban tibias rocas, y las últimas luces

envolvían a todos en cárdenos reflejos,
como fragua propicia para fundir deseos!

Todo poseedor de aquella ciencia oculta
perforaba granito con su alma desnuda!

Entraban con su éxtasis, su amor, o su esperanza,
y en pétreas actitudes las dejaban cuajadas!

Era el amor sin término, el ansia inextinguible,
la esperanza inmortal que vive y vive!

Amantes que llegaron en ardor poseyéndose
¡deshechos como en lava quedaron para siempre!

Doncellas y donceles sólo en deseo entraron,
¡y en deseo, hechos rocas aun se besan sus labios!

Cuando el rayo caía sobre la cumbre enhiesta,
cuando el hielo estallaba en las profundas grietas,

y los brazos de piedra rodaban hechos trizas
de tumbo en tumbo a las solemnes simas,

ningún gesto humano esos besos turbaba
¡amantes sin sus brazos, sin ellos se abrazaban!

L A S S I R E N A S

La angustia del océano, su amargura sin nombre,
como en brechas abiertas, los ojos penetraba,
caídas e inmóviles en espera del hombre,
blancas naves inútiles, las mujeres lloraban.

Del pequeño egoísmo los impulsos dolientes,
mujeres en locura rompieron en danzar,
cuando sombras de nubes, en ocasos ardientes,
fingían ser los barcos que devolvía el mar.

La danza era frenética como un embrión de vuelo;
el alma era un ovillo que váse a desatar;
sangrantes aullidos perforaban el cielo;
¡era un asombro vivo la exclamación del mar!

Hilo humano vertían y algas en reemplazo,
raudas se enlazaban con escamas de arenas;
¡oh tremendo estupor, si constreñido el paso,
caían palpitantes trocadas en sirenas!

La duda y el espanto a sus ojos asombran:
¡su voz desconocida es la canción del mar!
hablan como en sueños; escuchan cuanto nombran;
ríen y confundidas luego dan en llorar...!

Las sirenas suspiran y caen embriagadas,
las olas las envuelven y las mecen dormidas...
Despiertan en lo hondo de grutas encantadas,
entre cascos de naves y riquezas perdidas.

Y juegan como niños ligeras y sonrientes,
pero ante cerraduras torcidas y mohosas,
todos los tesoros les son indiferentes,
insisten por entrar porfiadas y llorosas.

Rosario de burbujas de aires encerrados,
henchidos con adioses, suspiros y oraciones;
postreros pensamientos por años sepultados,
se desprenden y surgen de todos los rincones.

Las sirenas se turban y sienten vagos roces,
tal si dedos amantes a sus carnes palparan,
estremecidas huyen—hay murmurio de voces—
se rompe una burbuja que los barcos lloraran...

Viértese en las aguas imposible amargura;
las vidas en contorno quedan aletargadas;
es un enorme peso que estruja la ternura!
las sirenas ascienden sombrías y calladas...

Al alcanzar los aires, cual simiente de flores,
las redondas burbujas van creando sargazos;
el ardor inmortal de inextintos amores,
vencedor del misterio, nos extiende sus brazos!

Y en esos bosques lúgubres que en los mares derivan,
las sirenas acuden su tristeza a llorar,
hombres que tras fortuna o que en pos de gloria iban,
todo lo cambiaron por oírlas cantar!

Su acento no es la voz de una mujer divina;
su canto nada dice de nuestro humano amar;
¡quien las oye una vez el misterio adivina,
que un camino hacia Dios se abre en medio del mar!

En los largos crepúsculos, cuando tarde violeta
se vuelca como un ánfora sobre el mar bullidor,
en las aguas vencidas que aquella paz aquieta,
incienso que se eleva en busca del Señor,

la voz de esas mujeres que amor despedazara
y arrojase al milagro como un dardo sangriento,
en susurro de espumas parece que vagara,
¡las olas que desmayan nos guardan su lamento!

EL VUELO A LAS ESTRELLAS

La amplitud de los vuelos nace en nido pedrero;
mas, si espinas lo cercan, el volar será un vértigo
surge el ave entre ellas impulsada sin término,
que las alas son arco si la flecha es el cuerpo!

Oh! dardo gemidor, triste ave sin alas;
oh! arco sin sentido, si quedas en el suelo!
Cuando flecha disparas y el arco entre tus dedos
retienes palpitante, es vuelo que desgarras!

¡Corcel en hombre y ave! Donde vigor no alcanza:
vuelo! donde volar sin tregua se fatigüe:
del hombre el pensamiento desata la esperanza,
y hoguera en ascensión, el vuelo sigue!

Estos aires cansados de los años presentes,
licor desvanecido de la cuba del mundo,
embriagados rasgábanse con un roce estridente;
tras las alas flameaba largo surco profundo...

Estelas de los barcos en los mares de ogaño
no valen las que abrieron el vuelo de esas aves:
sangraba azul el aire palpitando en el daño,
y el terrible alarido moría en canto suave...

Bajo esta luz eterna que todo tiempo anuda,
el mar se me hace claro como un aire más denso:
donde boga hoy mi barco, deslumbrante y ceñuda,
avizores los ojos, el largo cuello tenso,

horadando montañas de sempiterna nube,
unión apocalíptica en espantoso vuelo,
en vértigo de Dios a los espacios sube!
¡un milenio de ansias entre astros del cielo!

Al cegar con el brillo de algún sol sin medida,
la fatiga del éxtasis le abruma y le despierta,
una sombra le roza y, por siempre, fundida,
en nueva luz enciende a oscura estrella muerta!

ENVÍO

Francisco de Asís y todos los que amor predicaron:
¡hermano es nuestro hermano, no nosotros mismos!
Aquellos hombres santos el amor superaron,
de la vaga hermandad vencieron los abismos!

Tu amor es eco vago de aquella ciencia oculta;
nuestra triste bondad el reflejo postrero;
¡un océano soberbio lo ahoga y lo sepulta
al olvido divino del origen primero!

Como estrecha la madre al hijo de su entraña,
como le besa y besa, cual la fiera devora,
y al no fundirse en él en lágrimas le baña,
y al ser amor angustia, perennemente llora,

los hombres y las bestias de la edad fabulosa,
que Dios hizo surgir de la unidad primera,
clamaban implorantes, la triste faz llorosa
por volver otra vez a su infinita hoguera!

Entre el lobo mi hermano y en el lobo fundirme,
Poverello de Asís, entre la hermana estrella
y saber lo que es luz, y a su destino unirne,
anhelos no dudaran; mi espíritu en ella,

su luz avivaría; mi boca en vez de fauces
al lobo le enseñase el beso y la canción;
¡nuestras vidas estrechas, reunidos sus cauces
más cerca de Dios llevarán el río de la oración!

LA CONQUISTA DE DIOS

La noche alza su mole de suprema montaña;
en sus faldas gigantes, hogueras encendidas,
estrellas pequeñas que un gran viento baña,
nos hablan de los seres que les dieran sus vidas!

A la selva infinita que cubre sus laderas,
y llega hasta la cima, en espacios sin nombres,
estío sideral, reseca sus maderas,
¡se incendiará en el fuego de aquellos tristes hombres!

La conquista de Dios nos vendrá con su hoguera;
los mundos volverán a ser un resplandor;
¡cuando la muerte misma en ese fuego muera,
nos uniremos todos en un eterno hervor!

Carlos Keller R.

Apuntes sobre Arquitectura Colonial



NINGUNO de los pueblos modernos se ha erigido en sus colonias un monumento más grandioso que España con sus obras arquitectónicas. En todas partes, allí adonde llegaban españoles, pronto comenzaban sus manos a acarrear piedras y a unir las para levantar obras de arte.

Hay aún que llenar un gran vacío en la historia del arte humano, ciencia tan cultivada en otros campos de investigaciones: todavía no se ha escrito la historia del arte colonial español. Hasta el día, sólo disponemos de unos pocos estudios imperfectos, escritos sin la preparación y la capacidad necesarias para concebir el espíritu de la época colonial. Pero no hay que extrañarse de este hecho, ya que, hasta ahora, casi la totalidad de nuestros escritores, con muy raras y honrosas excepciones, menospreciaba y hasta detestaba la cultura española. Sólo en los últimos años parece observarse cierta reacción.

Naturalmente, estos breves apuntes adolecen de todos aquellos errores cuya eliminación será la tarea futura de la historia del arte. Sólo pretendemos mostrar algunos de los fenómenos fundamentales de aquel inagotable tesoro que hemos heredado de la España heroica y colonizadora.

Hasta el siglo XVIII, había en nuestra América dos grandes centros culturales: México y el Perú. Del primero de ellos dependía la América Central, Colombia, Venezuela y el Sur de los actuales Estados Unidos de Norte América; del segundo, los demás países sudamericanos. En México, la cultura española se había desarrollado en una forma mucho más rica y vigorosa que en el Perú; pero también aquí era notable su esplendor.

En el *Perú*, la arquitectura fué cultivada especialmente por la orden de San Francisco, que tenía por centro cultural la Catedral más hermosa de Sud-América, *San Francisco de Lima*. Puede observarse la influencia artística de esta orden desde Tumbes, donde desembarcaron los primeros españoles, siguiendo por Lima, Cuzco y La Paz, hasta Tucuman y Córdoba, en Argentina, y en Santiago en Chile.

En todas aquellas regiones construyeron iglesias y capillas esos arquitectos sin iguales. San Francisco de Lima era el más caracterizado centro cultural de Sud-América. La iglesia forma todo un museo de Bellas Artes. Le estaba agregado un Seminario, en el cual se meditaron, por última vez, los grandiosos sistemas espirituales medievales, para encontrar pronto su eterno ocaso ante el brillo de las ciencias positivas, que conquistaron el puesto que a ellas correspondía, una vez declarada la independencia de los nuevos estados americanos. La biblioteca de San Francisco contaba, en el siglo XVIII, siete mil volúmenes; cantidad considerada enorme en aquella época.

El edificio principal fué construído por el año de 1624. A esta época corresponden las enormes torres, el crucero, la capilla principal y las bóvedas doradas. La nave mide 96 m. de largo y 39 de ancho.

Para analizar el estilo de este edificio, es menester recapitular un poco la historia de la arquitectura, porque el estilo de San Francisco es, al mismo tiempo, una historia de toda la arquitectura colonial.

La fachada pertenece, en lo primordial, al *estilo* llamado *greco-romano*, es decir, al renacimiento. No existe en Sud-América ningún edificio que pertenezca al estilo gótico (en México, en cambio, los hay). Es este un hecho muy curioso, ya que los españoles lo aplicaban frecuentemente en aquel tiempo. Si bien el renacimiento había sido introducido en España en 1480 por el platero Pedro Díez, (de cuyo oficio recibió el nombre), en una variación específicamente española llamada *estilo plateresco*, sólo rara vez fué empleado en construcciones sagradas. En 1589, (para no mencionar sino un ejemplo), el Capítulo de la Catedral de Salamanca acordó continuar la construcción de la Catedral en el *estilo gótico* puro. En Sud-América, en cambio, aquel *estilo* no fué empleado jamás.

En general, los españoles, en sus edificios religiosos, pasaron inmediatamente del *estilo gótico* al ya nombrado *estilo greco-romano*, el que da también una nota resaltante a San Francisco.

Fuera de este *estilo*, puede observarse la influencia de las más variadas tendencias en aquella hermosa catedral.

El portal principal contiene *elementos barrocos*. Se trata del barroco español, que está caracterizado como símbolo de una pasión vehemente. En la historia del Arte se le denomina *estilo churrigueresco*. Este barroco español tuvo gran influencia en la arquitectura europea, por haber quitado al barroco francés su severidad, transformándolo en el rococó.

Pero en San Francisco también puede observarse el *estilo plateresco*. Ya hemos visto más arriba que éste forma en España una etapa entre el *estilo gótico* y el renacimiento propiamente dicho. Representa una síntesis de aquellos dos estilos y del mudéjar. El *estilo plateresco* es uno de los más esplendorosos y pintorescos que conoce el arte. En las construcciones profanas ha revelado toda su gala y delicadeza en puertas, ventanas, escudos de armas, patios, etc. Su influencia se extendió también al extranjero. El Portugal lo acogió y transformó en el *estilo manuelino*. En Flandes, y hasta en el Castillo de Heidelberg,

puede observarse en ciertos detalles. Siguió al gran Carlos V en sus expediciones a aquellos países.

Hay en España dos períodos platerescos; el primero reemplazó, como ya hemos demostrado, al estilo gótico; el segundo, al barroco italiano, que también había encontrado imitadores en España (estilo borrominesco).

Fué, a su vez, reemplazado por el estilo churrigueresco.

Este segundo período plateresco influyó también en San Francisco. Las bóvedas del crucero, las paredes revestidas de azulejos, etc., pertenecen a este estilo.

Aquella gigantesca catedral de Lima está caracterizada por su sencillez, o, mejor dicho, por su ingenua inocencia, a pesar de los elementos barrocos que contiene. Esta inocencia se asemeja a lo que es en literatura la de Santa Teresa de Jesús, cuya mística encantadora es, en el fondo, contemplativa, si bien a menudo resplandece apasionadamente y que tanta influencia tuvo sobre sus contemporáneos e imitadores.

San Francisco de Lima es una obra netamente española. Quizás esta observación extrañe a nuestros lectores; pero la verdad es que expresa una excepción. La arquitectura colonial raras veces es española pura. Casi todos los edificios contienen *elementos indígenas*, que muchas veces llegan a ser predominantes. San Francisco no está del todo libre de ellos; en más de algún ornamento puede observarse la cinceladura de un artífice indio.

La influencia recíproca de las culturas española e indígena constituye uno de los fenómenos más interesantes de la historia de la colonización. Aun hoy día hay, en las regiones montañosas boliviano-peruanas, aldeas pobladas casi exclusivamente por indios que han conservado en una forma tan sorprendente las antiguas costumbres españolas, como no se encuentran ni en la misma España. Esta fusión del cristianismo y paganismo fué de tal grado, que aquellos mismos españoles ortodoxos y fanáticos empleaban a los indios, poco tiempo después de la conquista, en la construcción y decoración de sus iglesias, y hasta les dejaban tallar las imágenes de sus santos.

Pero no eran sólo los indios los que se apropiaban la cultura española; muy al contrario, sus formas artísticas encontraban también cabida en las iglesias y demás construcciones. Sus manos cubrían las fachadas de ornamentos y decoraciones bizarras, primero tímida, más tarde abiertamente. De esta manera, las almas de aquellos dos pueblos tan diferentes se amalgamaron y fusionaron.

En las regiones de la costa, esta influencia indígena es menos poderosa, dominando en el interior. En general, sólo puede observarse en los ornamentos, quedando libres de ella las formas arquitectónicas.

Después de este paréntesis sobre estilos hispano-indios, volvamos a tratar otra vez de nuestra materia.

Fuera de San Francisco, hay en Lima muchas otras obras arquitectónicas de importancia. Entre las iglesias, es especialmente digna de mención la de *La Merced*. Su fachada es uno de los más hermosos ejemplos del arte barroco-indio. Es de una pasión irritante. El signo escalonado indio está muy hábil-

mente empleado como elemento constructivo, en lugar de los arcos interrumpidos usados comúnmente. Toda la fachada está caracterizada por sus formas vigorosas, viriles. El signo escalonado es de origen mitológico; representa la tierra y el cielo, y puede observarse en ambas Américas, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, formando uno de los elementos más importantes del arte indígena.

Fuera de la fachada, es interesante en La Merced el crucero, de un efecto místico y agradable. Está construido en el estilo plateresco, con columnas dobles muy armoniosas.

Dejemos los demás edificios sagrados, para decir unas pocas palabras sobre los profanos. Entre éstos ocupan el primer lugar el *Palacio de los Marqueses de Torreagile* y el de los señores de Ortiz y Ceballos. Especialmente el primero de ellos reúne en sí todas las calidades de los diferentes estilos de que hemos hablado. Es una obra de arte llena de donaire y armonía. Digna de mención, es, sobre todo, una de sus fachadas, por la metamorfosis que sufrió en ella el signo escalonado. En este palacio puede estudiarse, como en un ejemplo clásico, la fusión de las culturas española e indígena.

El patio del *Palacio Ortiz y Ceballos* no es menos hermoso que el edificio a que nos acabamos de referir.

Si nos alejamos de Lima para penetrar en el interior del Continente, a menudo salta a la vista la gran semejanza que existe entre aquellos paisajes y los de Andalucía. El arte español subraya esta semejanza. Casi todas las obras coloniales han experimentado la influencia de Andalucía. Muchas veces es difícil definir a la primera vista si se trata de una obra andaluza o sud-americana.

Aquella influencia andaluza da a los edificios cierta sencillez encantadora que rara vez se encuentra en otras partes. Se debe a ella, además, la policromía que los caracteriza. El *Beaterio de las Carmelitas Descalzas de Arequipa* tiene, por ejemplo, una nave de color azul de una delicadeza extraordinaria.

Pero también en Arequipa la influencia indígena es grande. La fachada de *La Compañía* está cubierta de un sinnúmero de ornamentos que representan signos mitológicos cristianos, árabes e indios. De la misma manera, numerosas obras profanas revelan la importancia de la corriente artística indígena.

La *Catedral de Cuzco* tiene mucha semejanza con aquellas antiguas iglesias españolas, construídas en forma de fortificaciones, tan frecuentes en la Edad Media (ejemplo: la Catedral de Avila). También en Cuzco el barroco es más viril, sereno y majestuoso que en Europa, si bien guarda el carácter apasionado y vibrante que caracteriza a aquel estilo. Quizás esta serenidad sea debida a la influencia indígena.

El crucero de *Santo Domingo* está construido en el estilo mudéjar andaluz. Otro edificio admirable, lleno de vigor y altivez, es la *Universidad*.

Los españoles no construían obras monumentales solamente en las grandes ciudades. Aldeas solitarias y casi despobladas tienen a menudo soberbias iglesias; por ejemplo, *Juliaca*. En *Puno* se encuentra un arco triunfal. Hermosas obras arquitectónicas se encuentran también en *Oruro* y *Cochabamba*.

En *Potosí* es especialmente digna de mención la puerta principal de *San Lorenzo*. Quizás es ésta la obra más hermosa que existe en Sud-América, entre las que pertenecen al arte hispano-indio. Las grandes líneas arquitectónicas son barrocas; pero casi todos los detalles son indígenas. La estatua de San Lorenzo es una figura pequeña y parece un ídolo indio. Todas las demás estatuas han sido talladas por artífices indígenas y son de un carácter casi netamente indio. Como ornamentos, se han empleado el sol, la luna, animales y plantas. Casi todos pueden encontrarse en el arte prehispánico; pero han experimentado en San Lorenzo la influencia del cristianismo y semejan, en ciertos detalles, ornamentos cristiano-árabes.

Una de las ciudades más interesantes de Sud-América, respecto a sus obras arquitectónicas, es *La Paz*. Más que en cualquiera otra parte predomina en ella la influencia andaluza.

Pasemos de Bolivia a la Argentina. La arquitectura colonial está aquí muy bien representada en Córdoba y ha experimentado la influencia de dos corrientes extranjeras; una de ellas parte de Lima y sigue por Jujuy, Salta, Tucumán y Córdoba, para terminar en Buenos Aires. Es sabido que Argentina dependía política y hasta comercialmente del Perú durante casi toda la Colonia. Sólo en 1778 fué establecido el virreinato de Buenos Aires.

La segunda corriente cruza a la primera verticalmente y tiene su punto de salida en las Misiones de *los Jesuítas*, en el Paraná.

Esta Orden avanzó desde allí hacia el suroeste, estableciendo misiones por todas partes. Más de una iglesia se encuentra aun hoy día en algún risco solitario de la región andina, en el norte del territorio argentino. Todas ellas están caracterizadas por ese estilo tan apasionado y fanático, que se ha llegado a llamar estilo jesuíta.

Ambas corrientes, la de Lima y la de Misiones, se cruzaron en varios puntos, formando un nuevo y original estilo.

La influencia indígena es poco importante en la arquitectura argentina. En estas regiones, el indio se encontraba en un estado de cultura muy inferior al del Perú. Su capacidad creadora en el arte estaba poco desarrollada en los tiempos de la conquista. Sólo unas pocas líneas nerviosas en algunas construcciones parecen demostrar cierta influencia india, como también ciertas arcadas de formas extrañas que se empleaban en los portales de algunos edificios (p. ej., en la iglesia de Candonga, cerca de Córdoba).

La inmensa y desoladora monotonía de la Pampa argentina ha quitado al barroco toda su pasión y excitación efervescente. Frente de aquellos llanos infinitos, parece caer de los edificios todo ornamento y quedar sólo las grandes masas y líneas.

Así, puede considerarse el *Cabildo de Luján* como una encarnación de la Pampa, que es difícil imaginarse más grandiosa. De todas maneras, esta obra demuestra la alta cultura artística de los españoles. Como en todas partes, ajustaron también aquí el carácter de sus edificios al ambiente, de manera que sus

obras artísticas forman una creación espiritual acomodada al carácter del paisaje que las rodea.

En *Chile*, casi todos los testimonios de la arquitectura colonial se encuentran reunidos en Santiago, con raras excepciones. Nuestro país era el más pobre de todos los que pertenecían a la corona española. Sólo unas cuantas migajas del hermoso tesoro arquitectónico de España llegaron a caer en este suelo guerrero.

La *Casa Colorada* de don Mateo de Toro Zambrano constituye una joya preciosa. Construida en el siglo XVIII, pertenece todavía en cuanto a su estilo a la antigua escuela de Lima, que en aquella época dominaba aún en nuestro continente. El rococó jamás encontró camino allende el gran océano.

El mundo español se encontraba en un estado de agonía; había consumido todas las posibilidades que el destino tenía reservados a su entidad histórica.

Entre las obras religiosas, es digno de mención el templo de *Santo Domingo*, y especialmente sus altares barrocos. *San Francisco* posee una hermosa puerta de estilo plateresco (sacristía). En ella pueden estudiarse todos los primores, toda la delicadeza de este estilo.

Paseando por las calles de nuestra capital, se encontrará más de una mansión colonial con su gran portón, su balcón y sus decoraciones antiguas. Están caracterizadas por la sencillez del material y de la construcción, prueba elocuente de la pobreza de esta colonia.

En marcado contraste con ella se encuentra el único edificio monumental que poseemos del tiempo colonial, la *Moneda*. Su arquitecto, Toesca, continuó la tradición de la gran escuela de Lima; pero, a pesar de ello, pueden observarse en este edificio algunas influencias posteriores europeas; ciertas líneas pertenecen al clasicismo, o sea, a la última gran escuela arquitectónica que produjo la vieja Europa. No cabe la menor duda que la *Moneda*, construida por los españoles en los últimos años de la Colonia, es aun hoy día la obra arquitectónica más importante que poseemos en Chile.

Nuestro actual palacio presidencial ha servido de modelo a otro edificio de bastante mérito; nos referimos a aquél en que se encuentra actualmente la *Dirección General de Correos* (antiguo Palacio de los Tribunales).

Cerca de *Valdivia*, existen, en la desembocadura del río del mismo nombre, algunas ruinas antiguas que pertenecen a la gran escuela de Lima.

* * *

Hecho un rápido bosquejo arquitectónico del «último rincón del mundo», terminaremos estos breves apuntes sobre arquitectura colonial. Pero no lo haremos sin agregar algunas consideraciones generales.

Nuestro ensayo nos parece probar en forma fehaciente que los españoles no eran aquellos bárbaros que nos pintan a menudo los historiadores. La época colonial es, desde muchos puntos de vista, una de las más interesantes de la historia universal. Si las colonias españolas no progresaron de la misma mane-

ra que las inglesas y holandesas, no fué por mala intención de los conquistadores y colonizadores: España dió a América su sangre más castiza. La decadencia de las colonias americanas se explica por el agotamiento fisiológico de la raza española que comenzó en el siglo XVII, es decir, en el preciso momento en que daba comienzo el desarrollo capitalista moderno. España abarcaba en aquella época países tan vastos y extendidos, que su sangre no bastaba para dar vida a todos ellos. La península se despobló; sus numerosos enemigos la hacían una guerra incesante, perdiendo el país en ella sus mejores fuerzas; y así, aquel imperio en el cual el sol no se ponía tuvo que agotarse. La idea de una monarquía mundial era muy grande, muy elevada para los débiles hombros de seres humanos.

Goethe dijo en alguna ocasión que es necesario proceder de vez en cuando a una revisión de nuestros conceptos históricos: nos parece que ha llegado la hora de corregir nuestros conceptos sobre la España colonial.

CARLOS KELLER R.

Concepción, 1924.

“Hacia la Solidaridad Americana”

por Samuel G. Inman



DESDE los luengos años en que los arios apacentaban filosóficamente sus ganados, bajo las miradas paternales de Indra, hasta estos tiempos que han tenido la suerte de escuchar las divagaciones bíblicas de Wilson, la humanidad ha marchado incesantemente hacia la solidaridad por el camino de las más pavorosas hecatombes. Pero, indudablemente, donde la solidaridad ha mostrado sus más espléndidos frutos ha sido en la gran guerra iniciada en 1914. Gracias a la solidaridad, murieron o se inutilizaron veinte millones de hombres; y una considerable porción de Francia y Bélgica quedó completamente destruída. Si hubiéramos tenido la desgracia de vivir en tiempos de egoísmo estrecho, el conflicto austro-servio se habría ventilado mezquinamente entre los dos países, en un tiempo muy breve, sin grandes gastos de dinero y, probablemente, con muy escasas pérdidas de vidas. Pero, por suerte, Rusia era solidaria de Servia, Francia de Rusia, Bélgica de Francia, Inglaterra de Bélgica, Alemania de Austria, Turquía de Alemania y así sucesivamente; y pudo entonces estallar la catástrofe magnífica que ha sumergido a la civilización en una crisis sin precedentes.

La solidaridad ha producido, además, otros grandes hechos históricos no menos digno de recordación. Sería difícil calcular, por ejemplo, cuales habrían sido los destinos del mundo si los corintios, con su gran espíritu de generosidad, no hubieran declarado numerosas guerras en defensa ya de la libertad de los griegos, ya de la independencia de los sicilianos que peligraba amagada por el poder de los cartagineses. Basta recorrer los escritos de Plutarco para darse cuenta de que la solidaridad, el atropello, la violencia y el altruísmo han aparecido entre las naciones mucho tiempo antes de Monroe, de Wilson o de Poincaré.

En América, la solidaridad ha hecho ya un camino considerable, no obstante que el poderío de los Estados Unidos es aún reciente. Sin embargo de

esta circunstancia desfavorable, esta gran nación puede presentar una serie de obras en las cuales brillan los más puros sentimientos de fraternidad. Así, por ejemplo, la guerra a España en defensa de la libertad de Cuba; las revoluciones de Panamá destinadas a liberar a los habitantes del istmo de la dominación tiránica de un pueblo extranjero, como Colombia; la incorporación de California y Nuevo Méjico realizada con el fraternal propósito de hacer disfrutar a estas regiones de las ventajas de la Constitución Política de Estados Unidos; la dominación en Santo Domingo, en Puerto Rico, en Nicaragua, etc., etc., realizadas para ayudar al desarrollo de estos pueblos, interesantes por muchos capítulos. En fin, sería trabajo extenso el referirse a cada uno de los casos de solidaridad que presenta en su breve historia la gran república del norte. Basta decir que Estados Unidos es hoy, sin duda alguna, el más grande organismo de beneficencia mundial, ideado después del Imperio Romano.

La solidaridad es, pues, una idea que por sus elevados resultados es digna de ser considerada con detenimiento. Y hacen muy bien los pueblos débiles en cultivarla por medio de reuniones periódicas, como las Conferencias Pan Americanas, que ofrecen, además, a estos pueblos la oportunidad de ceder voluntariamente y con cierto decoro lo que sin esas conferencias se verían obligados a entregar por la fuerza.

* * *

La Conferencia Pan Americana celebrada en Santiago, en Marzo del año pasado, empieza ya a dar sus frutos. Desde luego ha aparecido un interesante volumen, de más de cuatrocientas páginas, debido a don Samuel G. Inman, en el que se recapitulan metódicamente los trabajos que pudo realizar la Asamblea en el tiempo que le dejaban libre los banquetes. Comienza el señor Inman por manifestar el estado de desaliento en que se encontraba el mundo antes de la Conferencia debido a los tristes resultados de la guerra de 1914, que trajo, como era natural, «un militarismo más abrumador y mayor número de problemas sociales y económicos de los que el mundo pudo haber soñado». «Pero en la América—añade—aún había esperanza. América era joven, entusiasta, rica, con su virilidad aún intacta, su fe inoscurecida». El señor Inman no se pronuncia francamente acerca de si se realizaron las esperanzas del mundo. Pero al terminar el capítulo primero de su obra dice: «Así los delegados de varias naciones se reunieron en Santiago, y la América y el mundo entero esperaba que de ello resultaran grandes cosas». En realidad, todavía continúa esperando y habrá de aguardar aún quien sabe cuanto tiempo la solución del problema.

Antes de pasar a considerar algunos de los puntos a que se refiere la obra del señor Inman, conviene detenerse a analizar rápidamente diversas ideas contenidas en este capítulo primero. Constata el señor Inman que la gran guerra «hecha para terminar las guerras», según la fraseología de los políticos, ha traído mayor militarismo y mayores problemas que los que existían antes de 1914. Esta sola verdad podría bastar para destruir, de una vez por todas, la absurda

y extendida creencia de que las guerras se deben a los armamentos o a la existencia de los ejércitos; y que suprimiendo unos y otros se podría llegar a la justamente deseada desaparición de las guerras. Tales ideas sirven, únicamente, para alejar quién sabe por cuánto tiempo la solución del difícil problema; puesto que consiguen apartar la atención de las numerosas causas económicas, raciales y hasta sentimentales que empujan sorda y lentamente a los pueblos hacia los campos de batalla. En efecto, del mismo modo—ha dicho Proudhon—que toda la religión no está en las ceremonias de su culto, ni toda la justicia en las formas, ni la palabra o la escritura en los caracteres del alfabeto, la guerra no está entera en las batallas, en el movimiento de los ejércitos, en el número de los cañones, de los combatientes o de los muertos. Y puede añadirse que la intervención de la fuerza militar no es sino un aspecto del conflicto que ha estallado entre dos o más pueblos. Si se quiere, pues, continuar ignorando que la guerra es el más complicado de los fenómenos sociales se está en la mejor situación para no llegar jamás a la eliminación de los conflictos armados.

* * *

El mundo, según el señor Inman, estaba desilusionado antes de la quinta Conferencia Pan Americana. Pero desde luego puede verse que no estaba tan desprovisto de ilusiones como parece puesto que alimentaba las más grande de las ilusiones: la de que de América saliera el remedio para los males del mundo. En verdad habría sido necesario un milagro, más grande que el que sirvió para poner orden en el caos, a fin de que los políticos, o los que hacen las veces de tales en los países latinos americanos, hubieran podido dar al mundo lo que ellos no saben dar a sus propios países abrumados por toda clase de problemas. Europa sabe lo que pueden hacer nuestros políticos; por eso, según el señor Inman, esperaba la solución del problema no de la experiencia de los hombres, sino de la circunstancia de ser jóvenes los países de América. Pero, desgraciadamente, parece que aún esta juventud, que se complacen en reconocernos en los discursos, no pasa de ser una halagadora frase de retórica. Se confunde, acaso, nuestra juventud, o más bien nuestro noviciado en la vida de las naciones, con la juventud de la raza. Pero es indudable que nosotros somos pueblos nuevos formados con razas envejecidas.

No sería del caso citar aquí los numerosos estudios etnológicos que establecen que las razas que poblaban la América a la fecha del descubrimiento estaban muy lejos de ser razas primitivas. Su civilización había llegado al más alto grado de esplendor y los pueblos se hallaban en total decadencia. Por esos unos centenares de españoles bastaron para dominarles; del mismo modo, los bárbaros con menor experiencia militar y con armas menos perfeccionadas que los romanos pudieron destruir el imperio. Según Spengler, la raza española alcanzaba a su apogeo en el momento del descubrimiento de América. Tenemos así que somos el resultado del cruzamiento de dos razas de las cuales una estaba en franca decadencia y la otra había llegado virtualmente a su máximo desarrollo.

Pero si a primera vista estos asertos pudieran aparecer exagerados, un ligero

examen de fenómenos que pueden constatarse a cada momento nos llevará a aceptar la verdad de estas afirmaciones. Quiero referirme, en primer término, al hecho de que los pueblos nativos de América no han progresado al contacto de la civilización occidental ni han sabido aumentar ni conservar la suya propia. Si estos pueblos hubieran sido realmente jóvenes habrían, sin duda alguna, tenido oportunidad de revelar sus energías en el curso de quinientos años. Por lo contrario los pueblos nativos han retrocedido visiblemente en todos sentidos. Mas aún, muchas razas o pueblos están próximas a desaparecer y se conservan gracias a las medidas adoptadas para protegerlas. Se suele decir que los conquistadores han producido el aniquilamiento de estas razas por medio de las persecuciones y el alcoholismo. Sin duda se exagera al atribuir a estos factores el estado actual de los pueblos nativos; a lo sumo habrán podido contribuir a acelerar la marcha del fenómeno de descomposición social. Además, un pueblo que se entrega colectivamente al vicio no está en decadencia por el vicio, sino que está vicioso por decadencia.

Por otra parte, los fenómenos políticos sociales que se desarrollan en América a partir desde la independencia no hacen otra cosa que confirmar los asertos de Spengler. Se repite con frecuencia que los trastornos políticos en que se ven envueltos los países hispanos; y el personalismo o caciquismo que estorba el desarrollo de sus actividades son fenómenos de pueblos jóvenes que no han hallado todavía su camino definitivo. Mas, la historia nos enseña que tales fenómenos no acompañan a la formación de los pueblos sino que preceden a su disolución. No se concibe, en efecto, el personalismo y caciquismo en los tiempos en que los guerreros del Quirinal y los vaqueros de Amulio organizaban lentamente el más poderoso imperio de la antigüedad. Pero en las postrimerías de ese imperio, cuando según la frase de Chesterfield—Roma había conquistado el dominio del mundo pero había perdido el dominio de sí misma, los caudillos militares, transformados en césares, asaltaban el poder y destruían la vitalidad del imperio con querellas y personalismos semejantes a los que agotan hoy día la vida de los pueblos hispanos. Se oía ya en Roma el siniestro galopar de las hordas de Atila, mientras seis emperadores luchaban frenéticamente por imponer sus ambiciones.

América entera padece de este mismo mal en forma más o menos intensa. Y es de notar que aquellas regiones donde estaban las razas más viejas, como Méjico, América Central, el norte de la América del Sur, etc., etc., son precisamente las que ahora padecen el mal con mayor fuerza. Méjico fué, en efecto, para la América más o menos lo que fué el imperio romano para Europa; pues bien, allí mismo la semilla de la revolución parece inextinguible. Se podrá argüir que Estados Unidos incita la mayor parte de esos movimientos con fines de lucro; pero, aun el supuesto que esto sea totalmente exacto, la decadencia del pueblo no queda por eso menos manifiesta. Las sugerencias de Estados Unidos no tendrían acogida posible en un país sano; y el solo hecho de que se las acoja es ya un síntoma morboso que demuestra que el personalismo y las ambiciones de círculos predominan sobre los intereses colectivos en la antigua tierra de los aztecas. Méjico tiene hoy día el conjunto mas sobresaliente de la intelectualidad hispano americana. Pero ni sus grandes escritores, ni sus

brillantes poetas, ni sus profundos ensayistas, ni sus sabios, ni sus educadores pueden detener una sola de las revoluciones que desde hace catorce años agitan tristemente al pueblo que vive sobre el más rico suelo de América.

Nicaragua y otros pueblos de la América Central parecen haber llegado en su decadencia el período de la disolución final. Hoy día subsisten solo en el nombre, absorbidos completamente por el poderoso organismo de los Estados Unidos, que es el único pueblo realmente joven de América, el único que se manifiesta joven por la energía en la acción, por la enorme vitalidad de su rápido crecimiento y la fuerza expansiva de sus industrias y su comercio. Y si no sobrevienen reacciones salvadoras, que por el momento no se divisan, los demás pueblos de América iremos también poco a poco disolviéndonos en el fuerte organismo de aquel pueblo trabajador. Caerán en sus manos nuestras riquezas mineras, nuestras industrias; saneará nuestras ciudades; dirigirá nuestra hacienda y dictará las lecciones en nuestras escuelas. Es decir hará todo lo que nosotros no hemos sabido o no hemos querido hacer entregados a las mil imbecilidades de la politiquería.

Otro punto por donde asoma nuestra decadencia racial ha sido ya señalado varias veces y más recientemente por Joaquín Edwards Bello en una de sus interesantes publicaciones. Me refiero al afán de extranjerismo que domina a la clase alta y a la clase media. No parece sino que la oscura conciencia de la raza nos estuviera gritando nuestra inferioridad. De allí que en un afán de perduración procuremos fundirnos con razas que consideramos y sentimos más fuertes. Esos chilenos con trajes y modales de vaqueros del Far West que pasean su disfraz por las calles de Rancagua; y esos jóvenes de Valparaíso que no se sienten bien si no saludan a sus amigos en inglés son los más revelantes signos de nuestra inferioridad. Un norteamericano o un inglés no nos imitarían a nosotros, a menos que trataran de divertirse. No parece necesario repetir aquí una vez más la estrechísima relación que existe entre la vida de un pueblo y la subsistencia de su idioma. Basta recordar que para colonizar no se emplea hoy procedimiento más eficaz que la difusión del idioma del colonizador. El extranjero entre nosotros conserva su idioma y nos obliga a corromper el nuestro; y nosotros, adoptamos el suyo y, desgraciadamente, no podemos corrompérselo.

Estamos, pues, algo lejos de ser pueblos jóvenes, y según Spengler, aventajamos en muchos años a los pueblos de la vieja Europa en el camino de la decadencia. Haríamos bien en desconfiar un poco de nuestra supuesta juventud y en buscar el medio de remozarnos realmente para evitar los peligros hacia los cuales marchamos con la ceguera propia de la vejez.

* * *

Todo un largo e interesante capítulo de la obra del señor Inman está dedicada a exponer los progresos que se han hecho o se ha creído hacer, en el camino de la solidaridad americana. Recuerda especialmente a este respecto la idea de la Liga de las Naciones Americanas, ideada hace cien años por Bolívar, y renovada ahora por el señor Baltazar Brun, presidente del Uruguay. Estados Unidos, como es na-

tural, no se interesó por esta idea ya que para dominarnos le bastan las instituciones actualmente existentes. Sin embargo, es probable que, con mejor acuerdo, vuelva Norte América sobre sus pasos y en la próxima conferencia pan americana aparezca como campeón de la Sociedad. En efecto, es innegable que conviene dar a los pueblos de la América hispana una ilusión con que entretenga sus largas horas de decadencia, y un tema para amenizar los discursos de sus políticos.

Es claro que a propósito de solidaridad americana no podía dejar de salir a relucir la cuestión de la doctrina llamada Monroe. Pero en la obra del señor Inman tal doctrina aparece desvirtuada y con caracteres muy adecuados para concluir de extraviar la opinión pública acerca del asunto. En efecto, nos presenta la doctrina a través de los discursos de algunos buenos oradores como Roosevelt y Wilson. Bien conoce el señor Inman la importancia que los hispano americanos damos a la palabra, atribuyéndole mayor valor probatorio que a los hechos. Estados Unidos puede cometer cualquier violencia o atropello como los que ya ha cometido contra diversos pueblos de América. La alarma durará apenas un momento hasta que un orador, un presidente o un ministro aseguren de viva voz o por escrito que ese hecho es inexacto o que en vez de un atropello ha sido un manifiesto acto de caridad internacional.

A fuerza de discursos ya van perdiendo para nosotros toda su trágica y dolorosa realidad los casos de Cuba, Panamá, Méjico, Puerto Rico, Nicaragua, etc., etc. A fuerza de discursos la política violenta y agresiva de Estados Unidos aparece con caracteres evangélicos de confraternidad americana; y a fuerza de discursos la doctrina de Monroe—principio formulado en defensa de Estados Unidos—aparece como doctrina de protección internacional. Se ha conseguido que olvidemos la forma cómo se generó la declaración del presidente Monroe. Y ya nadie recuerda que esta famosa doctrina fué sostenida por el temor que Estados Unidos sentía ante los planes atribuidos a los países europeos. Y por otra parte, también hemos olvidado que este temor no estaba en modo alguno justificado por los hechos. No se debía a otra cosa que a la ignorancia en que estaba el Ministro de Estados Unidos en Londres, Mr. Richard Rush, acerca de las negociaciones que llevaba a cabo el Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Mr. Canning, con el Príncipe de Polignac, Embajador de Francia. Estas negociaciones terminaron el 9 de Octubre de 1823 casi dos meses antes del mensaje de Monroe—por la firma de un memorandum en que ambos países se comprometían a no adquirir ningún territorio en América y a no intervenir en ninguna forma en las luchas que los países de América sostuvieran con la Madre Patria. Además de esto el mismo Ministro Canning había sostenido con anterioridad a estas gestiones las ideas de prescindencia ya indicadas. Así en nota dirigida a Sir Charles Stuart, en 31 de Marzo de 1823—ocho meses antes del mensaje de Monroe—confirmaba la política abstencionista de Gran Bretaña y declaraba: «que renunciando del modo más solemne a toda intención de apropiarse la más mínima parte de las posesiones españolas en América, se contenta con que Francia se abstenga de toda tentativa para dominar aquellas posesiones,

ya sea por conquista o por cesión que le haga España». (1) Europa era, en consecuencia, monroísta antes de Monroe.

Además, Monroe estuvo a punto de retirar de su mensaje las doctrinas que llevan su nombre, las que fueron obra exclusiva de su Secretario de Estado Mr. John Quincy Adams. Si finalmente no las retiró fué porque les atribuyó poca importancia. (2) Es verdaderamente admirable el que unas declaraciones derivadas de estas circunstancias e insertadas en el mensaje casi de mala gana, y sin la aprobación del Consejo de Gabinete, hayan llegado a adquirir el aspecto con que ahora se las presenta. No puede ya caber duda que Estados Unidos no formuló esas declaraciones con el propósito de ayudar a las repúblicas americanas. En efecto, por aquel mismo tiempo Mr. H. Clay formuló ante la Cámara de Representantes un proyecto de acuerdo que decía: «Que el pueblo de Estados Unidos no vería sin una seria inquietud cualquiera intervención armada de las potencias aliadas de Europa en favor de España, para reducir a su antigua sujeción las partes del continente americano que han reclamado y establecido, por sí mismas, respectivamente, gobiernos independientes, reconocidos de un modo solemne por Estados Unidos.» (3) Tal proyecto no fué aprobado y su mismo autor declaró más tarde—el 26 de Mayo de 1824—que no había para qué preocuparse de este asunto pues no había síntoma alguno de agresión a los pueblos americanos.—Pero si todo esto no fuera bastante para demostrar que la doctrina llamada de Monroe no tuvo jamás el carácter que se le atribuye, creo que bastarán para disipar toda clase de dudas las siguientes declaraciones del estadista norteamericano Daniel Webster hechas el 14 de Abril de 1826, a poco más de dos años de distancia del mensaje de Monroe. Esas declaraciones dicen: «Es indudablemente cierto, como tuve ocasión de hacerlo notar el otro día, que esta declaración (la de Monroe) debe considerarse como fundada en nuestros derechos, y que se deriva principalmente del deseo de preservarlos. No nos obliga en todo caso a tomar las ramas a la primera indicación de sentimientos hostiles de las potencias de Europa hacia la América del Sur. Si, por ejemplo, todos los Estados europeos se hubieran negado a entrar en relaciones con los de Sudamérica hasta que estos hubiesen vuelto a su antigua sumisión, tal circunstancia no habría dado causa para una intervención de nuestra parte; o si se hubiera proporcionado una expedición armada por los aliados contra las provincias más remotas de nosotros, como Chile o Buenos Aires, nuestra inacción estaría igualmente justificada, pues la distancia de la escena de los acontecimientos habría aminorado nuestra aprehensión del peligro, y con ella los medios para poder desarrollar eficazmente nuestra acción, poniéndonos en el caso de contentarnos con una queja. Pero muy distinto habría sido el caso si un ejército, equipado y sostenido por las potencias, hubiera desembarcado en las playas del Golfo de Méjico e iniciado la guerra en nuestra inmediata vecindad. Los sentimientos y la política expresados por la declaración, así entendida,

(1) Carlos Pereyra.—«El Mito de Monroe».—Pág. 65.

(2) Carlos Pereyra.—«El Mito de Monroe».—Págs. 52 y 65.

(3) Carlos Pereyra.—«El Mito de Monroe».—Pág. 51.

estaban por lo tanto en estricta conformidad con nuestros deberes y con nuestros intereses». (1)

Si después de estas explícitas declaraciones acerca de que sólo se defendería a los pueblos sudamericanos en caso de que el ataque de que fueran víctimas afectara a los intereses de Estados Unidos, si después de esto, digo, recordamos lo que ha ocurrido en Cuba, Puerto Rico, Panamá, Santo Domingo, etc., habremos visto desvanecerse por completo lo que con tan justa razón llama Carlos Pereyra «el mito de Monroe».

En la práctica Estados Unidos ha seguido estrictamente las declaraciones políticas de Mr. Webster. Ha habido numerosos casos de intervención europea en América y la Gran República no ha hecho nada para poner término a esas situaciones, a menos que afectaran sus posibles intereses. Así, por ejemplo, en 1838 Francia bombardeó San Juan de Ulúa, como procedimiento ejecutivo para el cobro de ciertas deudas. Estados Unidos no hizo ni siquiera una protesta diplomática. Inglaterra, en cambio, interpuso su mediación para hacer cesar el conflicto. En 1833, Inglaterra ocupó las islas Malvinas y Estados Unidos dió respuestas evasivas a la presentación que le hizo Argentina en resguardo de sus derechos. Francia, en 1838, bloqueó los puertos del Plata e intervino en la política interna de Argentina para derrocar al tirano Rosas. Posteriormente realizó otra intervención conjuntamente con Inglaterra por cuestiones suscitadas entre Rosas y el Uruguay. La intervención terminó, sin participación de Estados Unidos en 1850. En el tratado de independencia del Uruguay, celebrado el 27 de Agosto de 1828 tuvo alguna participación Inglaterra y ninguna Estados Unidos. En 1866 Chile se vió envuelto en una guerra con España, que pretendía recuperar su dominación sobre el Perú. Mientras Chile hacía este aporte de hecho a la solidaridad americana. Estados Unidos declaró que debía recordarse que la paz era el interés permanente de Norte América y que no podían estarse mezclando en las guerras en que se comprometían los países sudamericanos.

En fin, no sería posible continuar enumerando todos los casos en que pudo haberse ejercitado la protección de Estados Unidos en favor de la América Española. Cualquier texto de Derecho Internacional trae abundantes ejemplos para confirmar las apreciaciones expuestas. Ahora bien, a esta política abstencionista de Estados Unidos, debe añadirse la política positiva que ha seguido con los países americanos en los cuales tenía intereses comerciales o industriales. Estos dos aspectos de la política general de Norte América son suficientes para que sepamos lo que debemos esperar para nosotros. Sería infantil continuar alimentando ilusiones de un idealismo que no puede tener ningún gobierno, ya que los Estados no son instituciones de caridad ni academias de filósofos que discurren acerca de la justicia universal.

* * *

Parece que el señor Inman atribuye a la cuestión del desarme de las naciones

(1) Carlos Pereyra.—Ob. cit., pág. 57.

un efecto especial en los que respecta a las relaciones fraternales de los pueblos. Pero, desgraciadamente, los hombres no luchan porque hay rifles, ametralladoras y cañones, sino que estos armamentos existen porque los hombres luchan. No hay recuerdo de que se haya emprendido una guerra con el objeto de ensayar la bondad de algún armamento. El desarme no tiene ni puede tener efecto sobre los sentimientos y las necesidades de las naciones. Tiene únicamente consecuencias económicas; y por el momento sólo puede encararse la cuestión desde este punto. Si actualmente los pueblos de Europa y de América se sienten inclinados a reducir los armamentos es porque estos gravan considerablemente sus presupuestos; y sería ingenuidad suponer que tales propósitos se debieran a la bondad de corazón de los gobiernos o a que los hombres han limitado la cantidad de odio, ambición, crueldad, egoísmo y violencia que guardan en sus espíritus.

Mas aún, si el desarme fuera bastante para evitar las guerras éstas habrían sido desconocidas antes de la existencia de los armamentos; lo que no es exacto porque el hombre ha combatido desde los tiempos más remotos cuando no tenía más armas que la piedra y el palo. Por otra parte, si consideramos la evolución de los móviles de la guerra en el curso de la historia podremos llegar al convencimiento de que los armamentos no tienen sino una importancia muy reducida y secundaria en la producción de estos fenómenos. En primer lugar, en el orden cronológico, deberemos mencionar las guerras de canibalismo; luego después, las razzias o guerras de pillaje; en tercer lugar, las guerras genésicas y de esclavos; después las guerras de conquista; y finalmente las guerras comerciales y coloniales. Sin duda que estas diversas clases de guerra no están separadas en el tiempo de un modo absoluto; pues hay guerras de canibalismo en una región mientras en otra se desarrollan las razzias. Por otra parte, al hacer estas divisiones sólo se atiende a los caracteres más visibles del fenómeno, que, por cierto, tiene muchos aspectos conjuntamente.

En la evolución que se acaba de indicar se advierte que la humanidad ha luchado siempre por obtener más fáciles condiciones de vida. Durante el período del canibalismo se da caza al hombre por necesidades alimenticias que no pueden ser satisfechas de otro modo en atención al rudimentario estado de cultura del pueblo. En las razzias se abandona la caza del hombre no por humanitarismo, sino porque se ha progresado lo bastante para que haya producción agrícola y ganadera. La guerra se hace entonces para adueñarse de los víveres o del ganado que son medios directos para la vida; como también se hace para apoderarse de los utensilios y de los vestidos que sirven indirectamente para la vida, facilitando medios de producción y de defensa orgánica. Terminada la preocupación por el alimento aparecen las guerras destinadas a satisfacer las necesidades de la reproducción.

Más tarde, el móvil de las guerras evoluciona hacia la aprehensión de los factores de producción. Aparecen las guerras de esclavitud; y el hombre se apodera del hombre como un medio de conseguir más fáciles condiciones de vida. Luego después vienen las guerras de conquista en que hay apropiación del suelo, que es el segundo factor de producción. Pero la ambición humana no está todavía satisfecha y el hombre extiende siempre sus deseos a tener mayores riquezas, es decir, mayores facilidades de vida. Se cambia el objeto de las guerras hacia el comercio y la

adquisición de colonias, que vienen a eliminar los peligros de una competencia comercial. Las guerras comerciales iniciadas varios siglos atrás aparecen en la historia con los más variados aspectos, incluso el religioso. Así, para no referirme sino a los casos más recientes, tenemos la gran guerra de 1914 que aparece con el disfraz de guerra por el derecho, la libertad de los pueblos y el respeto a los tratados, etc., etc. Pero no obstante la abundosa palabra de los políticos que aseguraban que se luchaba por el derecho, podemos averiguar la verdadera finalidad de la guerra, examinando las conclusiones a que se llegó en el tratado de paz. Aquí los políticos no perturban con sus falsas afirmaciones y se habla el claro y preciso lenguaje de los hechos. En efecto, no es posible suponer que el tratado de paz impuesto por el vencedor contenga disposiciones contrarias a las finalidades que perseguía al entrar en la guerra. Pues bien, la paz de Versalles indica claramente que se trataba de una guerra de predominio comercial y político. Y el predominio político se desea para obtener el comercial y alcanzar por la riqueza la mayor suma de bienestar en la vida de los asociados. La casi totalidad de estipulaciones de este tratado se refieren al comercio a las aduanas, a las tarifas de transportes, a pagos por reparaciones, por indemnizaciones, etc., etc. Otras disposiciones se refieren a la marina mercante, a los cables, a las colonias. Es decir se ataca el comercio, la industria, y, en una palabra, todas las fuentes de riqueza del vencido, que pasan, naturalmente, a facilitar la vida del vencedor. La lucha, pues, no tenía otro objeto que el mismo que han tenido y que tendrán todas las guerras: buscar las mayores facilidades de vida.

El derecho, el respeto a los tratados, la libertad de los pueblos, etc., etc., no son sino frases que no corresponden a la realidad. Y las cláusulas del Tratado de Versalles que se refieren a estos puntos son todas arbitrarias y opuestas a los más claros principios de derecho. Así, por ejemplo, el juzgamiento del Kaiser—que hubo de ser abandonada por los mismos promotores de la idea—constituye violación del principio de derecho que asegura a todos los hombres el que no serán juzgados como delincuentes sino por hechos que eran considerados delictuosos por ley dictada con anterioridad a su cometimiento. El respeto a los tratados y a la seriedad de los compromisos internacionales resulta violado con la declaración de nulidad del tratado de Brest-Litowsk que firmaron rusos y alemanes y que fué anulado por personas que no habían intervenido en él. El principio de las nacionalidades resulta violado con la arbitraria disposición de territorios que se distribuyen entre los vencedores como si se tratara de tierras deshabitadas. El respeto a las sentencias arbitrales está violado por el artículo 12 de la Liga de las Naciones que establece que los miembros de la Liga «no pueden recurrir a la guerra antes de que expire un plazo de tres meses después de la sentencia arbitral». Antes de que triunfara el derecho las sentencias arbitrales no perdían su valor jurídico por el trascurso de ningún plazo. Y quien desconocía lo resuelto en una sentencia perdía moralmente en el concepto de los demás Estados. Hoy, en cambio, se está autorizado para desconocer el fallo del árbitro, cuyo mérito jurídico no alcanza a más de noventa días fecha.

En fin, las guerras por el derecho ni siquiera son cosa nueva. Ya las había

puesto en práctica Breno, el jefe de los bárbaros que destruyó a Roma en el año 360 de su fundación. Plutarco, al relatarnos la vida de Camilo, nos refiere este conmovedor suceso, que viene a establecer una interesante relación espiritual entre los gobernantes modernos y los jefes de las hordas galas que efectuaban sus correrías por Europa centenares de años antes de la era cristiana. Sitiaban los galos la ciudad tirrena de Clusio. Los clusinos no estaban preparados para la defensa y suplicaron a Roma que interviniera para terminar el conflicto. Roma accedió y envió tres embajadores de la familia de los Fabio para que negociaran con Breno. Este, por diversas razones de alta política, que expuso en un breve discurso, no pudo conceder lo solicitado. Se prepararon entonces los clusinos para el combate y se enroló en las filas del ejército Quineto Ambusto que había sido uno de los embajadores que negociaron con Breno. Desgraciadamente Breno reconoció al ex-embajador en el combate; y no pudo contener la indignación que en su espíritu, lleno de nobleza bárbara, levantó el hecho de que una persona que había servido de embajador participara después en el combate, lo que estaba prohibido por el derecho usual en la época. Ante esta ofensa al derecho, el humanitario Breno levantó inmediatamente el sitio de Clusio y se dirigió a Roma para destruirla en castigo de la violación del derecho que había cometido uno de sus ciudadanos. Así pereció Roma; pero se salvó el derecho amparado enérgicamente por las hordas bárbaras.

* * *

El señor Inman relata con interesante minuciosidad las diversas incidencias producidas durante el desarrollo de la reunión pan americana. Inserta, además, discursos, acuerdos y proyectos, convirtiendo así su obra en una valiosa fuente de informaciones. Señala también con precisión las causas que, a su entender, produjeron, si no el fracaso absoluto de la conferencia, por lo menos una considerable disminución de los beneficios que de ella se esperaban.

Los asuntos que preocuparon más la atención de la conferencia fueron los relativos a la salubridad pública y al comercio. Acerca de estos asuntos se adoptaron veintiocho acuerdos. Las demás materias, como ser educación, agricultura, codificación internacional, propiedad literaria y artística, etc., etc., fueron favorecidas con sólo escasos acuerdos. Queda la impresión de que la solidaridad americana no se conseguirá al fin por el camino de la higiene y del comercio. Estados Unidos obtuvo grandes ventajas con los acuerdos sobre marcas de fábricas y especialmente con la reorganización de la Unión Pan Americana. Esta hábil reforma permite a Estados Unidos ejercer una influencia incontrarrestable en la Unión. En efecto, se estableció que los países estarían representados en la Unión por los ministros que tuvieren acreditados ante el Gobierno de Wáshington. En caso de que un país no esté representado en Wáshington podrá elegir un delegado especial. Con este interesante mecanismo que, según Mr. Fletcher se propone «para evitar confusión en las relaciones entre la Unión Pan Americana y el Gobierno de Estados Unidos» —permite casualmente a este mismo gobierno dirigir a su antojo los asuntos americanos. En efecto, si algún representante diplomático americano disiente de la tesis que puede sostener

el Gobierno de Wáshington se podrá eliminarle fácilmente comunicando al respectivo gobierno que ese ministro ha dejado de ser persona grata. El país notificado procurará elegir entonces un representante más cortés para con Norte América. Por medio de este sencillo procedimiento los acuerdos que se adopten en la Unión Pan Americana van a ser tomados por unanimidad; y los países hispanos americanos podremos enorgullecernos de esta obra que es propia de pueblos libres que discurren sin coacciones sobre los asuntos de interés general.

Finalmente, el señor Inman dedica algunos capítulos nutridos de utilísimas informaciones, a estudiar el problema obrero, el movimiento feminista, y la campaña contra el alcoholismo. Para facilitar el estudio de estos problemas indica el autor las medidas que se han adoptado sobre el asunto en la mayor parte de los países americanos; al mismo tiempo hace resúmenes muy precisos que permiten abarcar nítidamente la cuestión en sus líneas generales. El libro del señor Inman se lee, no sólo con agrado, sino con interés; y constituye una valiosa cooperación al estudio de materias que tienen una importancia realmente vital para los países sudamericanos.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

Vaca indiana



A vaca comenzó a recorrer el potrero, esquivando ágilmente los troncos negros,—pedestales que aun restaban de la quemazón de la selva,—mugiendo suavemente; doloridamente; queja que hacía levantar las cornudas cabezas de las otras vacas que había en el pastizal.

Los primeros síntomas del alumbramiento despertaban en la vaca negra—de aquí su campesino apodo de la Breva—una invencible angustia de andar; la deforme hinchazón de sus flancos le daba un aspecto monstruoso; del extremo de las ubres tiesas, de un rosa inflamado, caían goterones de leche que iban dejando un reguero blanquecino en la espesa verdura del trebolar.

Doscientos animales pacían en el gran potrero cerrado hacia el camino por una sólida cerca de palos a pique, enormes trozos de pellines y coigües que prolongaban hasta perderse en una quebrada boscosa su simétrico alineamiento; más allá se espesaba la selva virgen como una cortina brumosa y oscura.

Se había adelantado prematuramente el crudo invierno del sur en el mes de Mayo; el agua caía abundante desde varios días. Aumentó el caudal de los esteros y la humedad ennegreció el paisaje con su característica patina oscura. Desolado era el aspecto de la campiña, porque al innumerable ejército de los palos quemados, de rotos brazos implorantes, se agregaba la fila de los pellines despojados de su rumoroso follaje de verano.

Al azote del viento caían los palos podridos, azotando la tierra con estruendo; muchas veces desplomábanse sobre cercas viejas y los potreros quedaban abiertos. Las otras vacas, ya paridas, no se movían del potrero, pegadas al trébol jugoso que retoñaba exuberante después de las sequías estivales; pero la Breva, la única vaca que aún no había parido, salió al campo y se perdió en el monte; en el quilantar enmarañado, lejos de la vida, esperó el momento supremo, arrodillada en la tierra húmeda, que cubría una roja alfombra de hojas secas barnizadas por el agua.

Desencadenábase de nuevo el norte aullador, que se colgaba de las copas hojosas de los coigües y remecía los recios pellines; en su ulular inacabable se

ahogaba el murmullo de los chubascos y el bramar de la vaca que iba a ocultar del hombre y de las bestias de la selva, por un ancestral instinto de conservación, el producto de sus amores.

Sucio, viscoso, de largas patas endebles, el ternerillo yacía como muerto sobre las hojas rojizas; la madre empezó a lamerlo con ternura; y su lengua áspera, semejante al modelador de un escultor, daba la forma de un ser a aquella masa informe como un montón de arcilla sanguinolenta; los párpados caídos se alzaban poco a poco y la luz blanca del día nublado, mensaje de la vida exterior, encendía en ellos una chispita brillante; su pelaje negro se secaba y una vigorosa palpitación estremecía sus flácidos costados.

Al finalizar ese día, se hincó como para caminar. Su cabecita ciega buscaba el calor de la madre que se había levantado; y seguía lamiendo sin cansarse al recental. El testuz del ternero golpeaba ahora entre los brazuelos y la vaca lo alentaba con un mugido suave, tibio, consolador; era una nota de cálida maternidad que prestaba un alma a aquel escondido rincón de la montaña, mojado por la lluvia, donde los troncos centenarios tenían una selpa de musgos y parásitos; el *chucao* de los charcos, entre el varillaje de las quilas, lanzaba de cuando en cuando su risotada plebeya y a intervalos un *huio* silvaba en el ramaje verde oscuro de los coigües.

La vaca, inmóvil, iluminadas sus grandes pupilas vidriosas por una ternura tibia, miraba a aquel hociquillo torpe que tanteaba en sus costados buscando algo oscuro y profundo como el origen de la vida; había en aquella mirada un magnético mandato y en aquel bello húmedo una obediencia ciega, no más consciente que las ventosas de las enredaderas aferradas a los viejos pellines o a la fuga loca del estero hacia la paz de la laguna.

Mientras tanto, en el misterio tibio del vientre, las ubres hinchadas como globos goteaban el bálsamo de nieve de la leche, insinuando un camino al ávido hociquillo del recental.

La Breva era una vaca criolla, una de las últimas que aún quedaban en aquella hacienda donde se multiplicaba el lomo recto y la cabeza crespa del toro holandés; su disparejo contorno negro era allí, entre los árboles, una excepción, su leche escasa, pero al decir del campero *la más sabrosa por ser leche de vaca negra* sus cuernos torcidos como la horquilla de un palo seco y las puntiagudas ancas denunciaban la raza vieja, cansada; pero fuerte, hecha a todas las miserias de aquella tierra en formación; era una hermana de los altos robles musicales, de los perros lanudos como lobos y de los caballejos de ancas desiguales que llevan por los caminos rojos el cuerpo de bronce de los mapuches.

Ella tenía aún los resabios de la vida primitiva, medio salvaje de campo antiguo; ocultaba cuidadosamente su cría en un lugar seguro, al abrigo del puma y de los buitres; sus compañeras, de cuernos cortos y abultadas carnes, parían en el establo tibio, ayudadas por el vaquero con la comodidad de obesas señoras respetables.

El ternerillo seguía con su cabeza testaruda pegado al costado de la vaca, como si una misteriosa fuerza lo clavase allí; de cuando en cuando resbalaba algunos centímetros y se inmovilizaba de nuevo. La vaca, que rumeaba sus reservas de pasto, lo miraba entonces con sus grandes pupilas cansadas; y fué un minuto de vida cálida, un retazo de calurosa maternidad cuando el hociquillo inconsciente encontró la ubre y todo su cuerpo succionó ávidamente la vida misma; su cabeza blanqueó con la espuma de la leche; la vaca lamíalo nuevamente por el anca; y su macizo corpachón enflaquecido, huesudo, parecía estremecerse al dar generosamente a su hijo su albo tesoro, maravillosa transformación de las yerbas jugosas de la pradera.

Afuera había un momento de calma. El bosque, empapado de agua, comenzaba a gotear: gruesos diamantes que se escurrían por los cuchillos de las quillas al menor movimiento de los flexibles colihues y se iban a perder en la áspera piel de los negros troncos.

* * *

Al día siguiente la vaca caminó hacia el exterior; sentía un apremiante deseo de satisfacer su apetito; el ternerillo intentó algunos pasos con sus patitas endebles; pero no pudo; la vaca miró un momento hacia atrás y siguió su camino. Su ausencia no debía durar mucho; en el bosque también había peligros: los zorros ladrones están siempre sobre aviso en el corazón de la selva y sobre ella pasa el vuelo negro de los jotes.

La Breva experimentó al salir, un deslumbramiento; una inesperada claridad bañó sus ojos que se habían acostumbrado a la penumbra de las umbrías; su cuerpo enflaquecido se arqueaba a veces en contorciones dolorosas y por sus anchas narices se escapaba violentamente la respiración contenida; sobre las hojas de los robles, sobre los troncos atravesados en el camino, iba quedando un reguero de sangre viscosa, rastros de la anónima tragedia del alumbramiento.

Sus ojos inspeccionaban inquietos los menores movimientos de los matorrales; sus oídos recogían todos los ruidos insólitos con aguda percepción; no se alejó mucho, sin embargo. Ramoneó con ansia las hojuelas de las quillas, el alimento de sus antepasadas, no ignorando que más allá del estero, sus hermosas compañeras de potrero rumiaban calmadamente la abundancia del trébol oloroso; bajó al agua que hervía entre piedras y troncos caídos y bebió larga, ansiosamente.

Un prolongado, sonoro bramido del toro la estremeció; su cabeza coronada por la tosca cornamenta se alzó destilando agua ¡quién sabe qué gérmenes de recuerdos se cruzaron por sus redondas pupilas brillantes en ese momento!

La oscura nota de su cuerpo, en el blanco día otoñal, se destacaba crudamente, como el montón de los palos quemados en medio del potrero, como los troncos de los coigües entre cuyas astillas podridas suele brotar el verde ramillete del renuevo.

No llovía, pero amenazantes escuadrones de nubes parecían nacer tras de la selva y marchar, sobre los campos, hacia la cordillera invisible.

La Breva giró, de pronto, su cabeza ágilmente. Un perro flaco, la cola entre las piernas, se escurría hacia el bosque; un rojo destello de cólera inflamó la mansedumbre de sus ojos; embistió al animal que se perdió rápido entre los macales.

La vaca desanduvo, entonces, el camino y volvió donde su cría; su llegada la marcó un concierto de *chucaos* y de *huíos* entre las ramas; una gallareta contestó con una estridente carcajada invisible.

El recental siguió, esta vez, un trecho a la vaca con un trotecillo torpe.

Violentamente la tempestad se desencadenaba; aún no llovía, pero el viento norte azotaba de nuevo los altos robles y los desnudos esqueletos de los árboles secos; silbaba entre las quilas y lo envolvía todo en un estruendo sordo; a veces se oía crujir de astillas y el golpe seco de un árbol desplomado; luego las ráfagas se enredaban sibilantes entre las ramas desnudas o en los coigües, las hojas tiesas de otoño chocaban con un murmullo de marejada.

La vieja vaca, conocedora de los peligros de la selva, levantaba inquieta su cabeza a cada uno de estos ruidos. El ternerillo bebía golosamente, dando ahora cabezazos como para precipitar hacia su boca insaciable todo aquel espumante chorro de leche. La vaca limitábase a volver su cabeza sin moverse.

En ese momento se produjo la catástrofe; ni el más leve sonido la hizo presentir; la música lenta de la lluvia recogía todos los ruidos vagos del campo en su persistencia monocorde. El gigantesco coigüe, viejo rey de la vieja selva, se desplomó pesadamente; los duros gajos en que terminaba su tronco envolvieron a la Breva en un abrazo mortal; la lengua viscosa resbaló por entre los bellos amoratados en un gesto de horroroso sufrimiento; en el aire persistió, un segundo, crujir de fibras desgarradas y revuelo de pájaros sorprendidos; y nada más.

La lluvia lenta, indecisa como una bruma, volvió a hacer oír su suave y monótono murmullo.

El ternerillo, indemne, no soltó la ubre; parecía más bien, contento por este aflujo de leche que le llegaba de improviso.

* * *

Ese mismo día, en un momento de calma, el patrón se acercó al rancho del campero, montado en su yegua alazana.

—¿Le ha echado un vistazo en l'hacienda, on Venegas?

El campero, un viejo seco y harapiento, se apresuró a responder:

—Di albíta, no más los campíe, patrón.—Falta la Breva, la vaca indiana que pasó el estero por la cerca rota.

—¿Estaba preñada, no?

—Debe haber parido de juro y como es vaca indiana habrá escondido la cría; por ei estará enmontá.

El hombre subió a su pingo, atado a un pilar del corredorcillo de la mísera puebla; y patrón e inquilino atravesaron el potrero. Las vacas de raza fina, rojas y overas, pacían tranquilas en el trebolar; los terneros triscaban no muy lejos; el grueso toro los miró un segundo con sus ojos espesos por la grasa y hundió, luego, su cabeza en el pasto.

Cortaron fácilmente el rastro de la Breva; sus pezuñas estaban estampadas en el fango de la margen y continuaban hacia el monte en la otra orilla.

Debieron dejar maneados los caballos, pues el coigüe interceptaba el sendero con la macizez de su enorme tronco. El patrón observó esa seguridad dogmática del campesino:

—Al fin el norte voltió el palo. Las raíces taban en el agua.

El campero miró el coigüe un segundo con piedad cariñosa; aquel palo lo vió nacer; allí se detuvo una vez un enjambre que luego encerró en una caja; su hacha lo respetó siempre con un temor supersticioso.

Se deslizaron a lo largo del tronco, acribillado a trechos por el pico de los carpinteros; como una enorme lacra, invisible desde abajo, se mostraba el hueco donde vivió la colmena silvestre.

El campero iba delante; al llegar al enredo del ramaje saltó al otro lado; allí entre las quilas aplastadas y los arbustos rotos, vió la mancha negra de la vaca, la cabeza torcida, un cuerno desprendido de su alvéolo semejante a un gancho desgajado.

—Patrón, el coigüe pilló a la Breva, anunció el inquilino.

El patrón saltó a su vez; miró indiferente el cuerpo del animal; dijo luego con cierto temblor en la voz:

—¿La pillaría antes de la parición?

—Pa mí que nó. El golpe lo sentí esta mañana; y la vaea salió antiayer. Puaquí ha de estar el guacho, no más.

Volvió a saltar el campero en sentido contrario; no tardó mucho en encontrarlo; bajo las quilas estaba el ternerillo negro, a dos pasos de las ubres que mostraban, en su hinchada convexidad, los cuatro pezones erectos.

—Aquí stá, patrón, avisó, al mismo tiempo que, con su cuchillo, cortaba quilas y boquis para despejar aquel enredijo vegetal que el coigüe formó en su caída.

La pregunta de reglamento voló como una flecha sobre el cadáver de la Breva, ávido, ansioso era el tono de la voz.

—¿Es ternera?

—Ternera es.

La voz del propietario se dulcificó de improviso.

—Esta raza indiana no se puede acabar, Venegas, dijo satisfecho, como si una vez más la suerte, esa deidad veleidosa de la campiña, lo hubiera favorecido.

Por la cabeza tosca del campero no pasaban, sin embargo, ideas alegres. Aquella vaca desmedrada era casi de él; de su leche vivían en el invierno los seis chiquillos siempre hambrientos; se hacían, en la primavera, quesillos sabrosos que asaban en las brasas; el patrón no le cedería, no, una vaca de raza fina; el rico era

cicatero; la hija de la Breva estaba lejos y resultaría una buena lechera, porque tenía sangre del toro fino.

Su voz ruda denunció una amarga tristeza que pasó inadvertida para el patrón, al decir, casi bromeando:

—Taría e Dios que muriera la vaca indiana; por eso salió el guacho e luto.

Una sonrisa ensanchó la cara roja del patrón; y este fué el epitafio de la Breva.

MARIANO LATORRE.

Hombres, Ideas y Libros

Observaciones acerca del problema educacional de Chile.—Memoria presentada por la Dirección de la Escuela de Pedagogía.

(De la memoria presentada recientemente al Directorio de la Universidad de Concepción por el Director de la Escuela de Pedagogía, don Samuel Zenteno Anaya, publicamos, por considerar que revisten un especial interés, las observaciones que vienen a continuación).

MOTIVOS QUE JUSTIFICAN LA EXISTENCIA DE ESTA ESCUELA



ÚN a riesgo de cansar la atención de los señores Directores, creo de mi deber iniciar este informe haciéndome cargo de la opinión de quienes sostienen que esta Escuela no satisface ninguna necesidad porque la enseñanza que imparte es puramente cultural y destinada al desarrollo de una carrera liberal como es el profesorado.

Entre los elementos de perturbación profunda que van infiltrándose en el organismo nacional, figura, como uno de los más graves, la tendencia deleznable y estrecha que pretende transformar todas las instituciones educacionales del país, como ser escuelas primarias, liceos y hasta universidades, en centros de enseñanza puramente utilitaria. Es esta tendencia la que trata de eliminar en lo posible de los planes de estudios todas aquellas disciplinas de cultura superior que atienden al hombre-espíritu antes que al hombre-materia, no obstante ser la herencia más preciada de la humanidad y lo que hay de perenne y selecto en la civilización de todos los tiempos.

Tal orientación, que habíamos aceptado casi todos los educadores en cuanto ella venía a crear y sugerir en los educandos las aptitudes e ideales económicos como medio o instrumento para fines mucho más nobles y elevados, se ha exagerado de tal manera, gracias al materialismo y sordidez de nuestra época, que urge depurarla, encauzarla y reducirla a sus justos límites.

Ayer en la Capital fueron unos cuantos periodistas, políticos y profesores quienes, acostumbrados a resolver, aun los problemas sociales más complejos, con un criterio siempre simplista, dirigieron sus más recias críticas contra toda la educación chilena, tachándola de inútil, abstracta y teórica en demasía, e hicieron recaer sobre

ella toda la responsabilidad de la crisis económica, política y moral que ha padecido el país en los últimos tiempos, ya que esa educación, según ellos, no supo crear en los educandos capacidades para la lucha por la vida.

Hoy es en Concepción donde se oyen críticas contra los fundadores y dirigentes de la Universidad, quienes no estarían haciendo otra cosa que repetir en dicho organismo la orientación educacional de la Universidad del Estado, a la que los utilitarios hacen el cargo de mantener carreras puramente liberales, como las de Medicina, Abogacía, Dentística, Profesorado, etc.

Los que así piensan, y en este caso tomamos en cuenta únicamente a los que hacen una crítica sincera, se fundan en dos razones: una, es la creencia de que ya existe en Chile el proletariado intelectual, según la frase acuñada por los utilitarios, o sea, la plétora o desocupación de profesionales; y otra, en que la característica de modernidad de un organismo universitario nuevo como es el de Concepción debe estar en el fomento de los institutos de naturaleza industrial, agronómica, requeridos por las condiciones actuales del país antes que en el de los planteles profesionales o de cultura superior.

Refiriéndonos a la primera razón que alegan los impugnadores de la Universidad de Concepción, o sea, a la posibilidad de que ya exista en Chile un excedente de profesionales respecto al número que exigen las necesidades sociales, ella no está suficientemente probada. Es oportuno citar aquí el estudio prolijo hecho a base de cifras numéricas por el que fué Secretario de la Universidad de Santiago, el malogrado Dr. don Octavio Maira, donde se deja establecido que casi todas las poblaciones del país inferiores a seis mil almas carecen de médicos, dentistas y farmacéuticos, así mismo, que son muchos los Liceos, sobre todo de provincias, que cuentan con profesores sin título, de todo lo cual se puede inferir que allá, donde se cree ver un problema de proletariado, no hay sino un fenómeno de mala repartición de profesionales, cuya situación no debe ser tan mala cuando no se resignan a trocar la vida de las grandes ciudades por la otra de pequeñas poblaciones.

Concretando la observación anterior al profesorado de idiomas, podemos ser aun más explícitos y asegurar que no se producirá ese peligro: porque, volvemos a repetir, quedan, sobre todo, en los liceos provinciales muchos profesores de Inglés, Francés y Alemán sin título, los que, tarde o temprano, serán reemplazados por los egresados del Pedagógico de Santiago y de la Escuela de Pedagogía de Concepción; porque, aun sin desempeñar clases fiscales, es posible que nuestros profesores tengan trabajo en clases particulares, ya que es rara la persona culta que no estudie hoy un idioma; porque los idiomas vivos, en especial el Inglés, tienen en sí un valor utilitario debido a que su dominio capacita a la persona para desempeñar los cargos de corresponsal, secretario, etc., de casas comerciales mayoristas; y, finalmente, porque los nuevos requisitos exigidos a los que se matriculan en los cursos pedagógicos son tan severos, que se consideran suficientes para regular la proporcionalidad que debe existir entre el número de profesores de Estado y el de los Liceos de la República.

Bastarían las razones anteriores para dar por demostrado que la Universidad de Concepción al crear y mantener la Escuela de Pedagogía crea y mantiene una carrera útil y segura, pero aun queremos agregar otros fundamentos, que también son

válidos para todas nuestras Escuelas Universitarias; nos referimos a la necesidad imperiosa que hay de descongestionar la Universidad de Santiago, mediante los cursos de esta ciudad, que, junto con producir una descentralización benéfica de la cultura superior y de las actividades universitarias, proporcionan a los estudiantes del Sur del país una vida menos costosa y de mayores posibilidades para su perfeccionamiento, sobre todo en el sentido moral.

También es preciso tener muy en cuenta que la casi totalidad del alumnado de nuestra Universidad está formada por mujeres, es decir, por el sexo a cuyo porvenir, dadas las condiciones sociales de Chile, podemos aplicar aquel principio de que entre dos males, es preferible el menor; que, en nuestro caso, significa que cualesquiera que fueren las contingencias que aguardaran a las profesionales agredidas de los institutos de educación superior de Concepción, la situación de ellas será siempre muy superior a aquella otra en que, por falta de cursos universitarios, hubieran tenido que mutilar dolorosamente sus aspiraciones de mujeres inteligentes.

Luego, a la pregunta clamorosa que formula hoy el feminismo de todos los países civilizados. ¿Tiene la mujer los medios de cultura, las posibilidades de dignificación que con justicia reclaman las necesidades de la época?, puede contestar nuestra Universidad con honda satisfacción, mostrando sus diversas Escuelas, en cuyas aulas se va resolviendo, quizás sin que mucha gente se dé cuenta de ello, el gran problema de la liberación económica, intelectual y moral de la mujer chilena, bastando esto solo para que la obra de la Universidad de Concepción merezca la bendición de todos los padres comprensivos del porvenir de sus hijas, y la simpatía de todos los que se interesan por la desaparición del parasitismo femenino.

Pasando a las críticas de quienes desean que la Universidad de Concepción no mantenga otras escuelas que aquéllas de finalidad técnico-industrial, ellas parten del error de creer que el destino último de toda vida humana y de toda sociedad es la felicidad material, y de la exageración de que la única causa del escaso desarrollo económico de Chile y del desplazamiento del nacional por el europeo en el comercio y las industrias sea la falta de dicha enseñanza.

Se nos habla de educación práctica, de educación económica, de la urgencia de formar agricultores, industriales, mineros, comerciantes, etc. Admitimos que ésta sea una necesidad social evidente a que debe proveer la educación mediante escuelas especiales; aun más: ansiamos que nuestra enseñanza, en todos sus grados, forme en los educandos el sentido económico y las capacidades necesarias para que cada uno sepa sobrellevar su peso sin estorbar el progreso social ni servir de carga a la colectividad; pero éste es sólo un lado del problema complejo de la educación en relación con las necesidades sociales, pues, los conceptos cultura, felicidad, civilización, entrañan algo más que el de un estado social en que los favorecidos por la riqueza habitan residencias suntuosas, ostenten trajes traídos de Europa, coman al tenor de listas aderezadas por maestros de cocina importados, paseen en elegantes automóviles, etc., esos conceptos entrañan, repetimos, algo más que todo eso, es decir, una cultura espiritual, una formación intelectual que no sólo dé valor al espíritu, sino que también fortalezca la cualidad moral, porque, indudablemente, cuando el hombre ha

recibido un cultivo verdadero y sincero de la mente, su capacidad y valor moral son más seguros.

Para que el problema sea resuelto integralmente, debe también atenderse al cultivo del aspecto espiritual, de otro modo, el bienestar, la felicidad que anhela el país, no se conseguirá sino hasta el límite estrecho a que llegaron los pueblos que, como Fenicia, olvidaron aquella gran verdad de que el hombre, antes que músculo, es espíritu.

He ahí por qué consideramos demasiado pobre y verdaderamente peligrosa la opinión de quienes pretenden convertir las Universidades en Instituciones destinadas exclusivamente a la formación de ganadores de dinero, de catadores de riqueza; por eso mismo reservamos nuestra más sincera admiración para quienes tienen todavía valentía moral, en estos tiempos de sordidez y de incomprensión de los altos valores espirituales, para sostener la doctrina de que los pueblos son grandes y poderosos por la extensión y profundidad de su cultura espiritual y moral y, sólo después, por su riqueza y bienestar material, riqueza y bienestar que son la resultante de aquélla.

De esa lentitud en el desarrollo de nuestras fuentes naturales de riqueza, de ese desplazamiento del nacional por el europeo, de ese malestar en el orden social, todos acusan a la falta de educación técnica, a la carencia de capacidades económicas, fruto, según los utilitarios, de esa enseñanza de carácter tan desinteresado que forma sólo hombres de cultura general y profesional. ¿No sería más cuerdo echar la culpa precisamente a la poca cultura, en cuanto ésta significa normas de vida, virtudes como el ahorro, el trabajo, la sobriedad, la temperancia? ¿No será éste más bien un problema cultural y moral que de educación técnica?

Respecto a la influencia de esa cultura general tan menospreciada por la burguesía adinerada, oigamos lo que dice el distinguido profesor Julio Saavedra, que es, precisamente, uno de los que con más empeño e inteligencia recomendaron la atención del aspecto económico de nuestra educación; por supuesto, sin caer en las exageraciones del utilitarismo: «El culpable principal de que las teorías maximalistas hayan prendido en las masas populares de ciertos países, es la carencia en esas masas de cultura humanista, correlativa de incompetencia y miseria. El hombre que conoce sin adulteración el pasado y el presente de la humanidad y las leyes naturales que rigen inexorablemente desde los astros hasta las ideas de los hombres, tiene por la civilización, tejida en una trama de dolor humano, si no un fanatismo, por lo menos un respeto que, como una conciencia interior, le impide atentar contra sus bases verdaderas.»

Es con ese elevado criterio como la Universidad de Concepción fundó y mantiene la Escuela de Pedagogía, entre cuyas cátedras figuran los estudios de la más alta cultura espiritual, como la Filosofía, desde donde se inculca la doctrina salvadora de que los verdaderos filósofos, si fueron grandes por su saber, lo fueron aun más por la acción, porque al enseñar a pensar, enseñaron a vivir, y saber vivir «feliz y bellamente», como dijo Aristóteles, es más útil que saber extraer todo el oro del mundo.

Por otra parte, reducir la Universidad de Concepción a una que otra es-

cuela o curso de carácter técnico habría sido desnaturalizar y estrechar demasiado el concepto de los estudios universitarios. Ya lo dijo uno de los más grandes fundadores de las primeras Universidades: «Llamamos estudios universitarios a los que son dignos del hombre libre; aquéllos mediante los cuales alcanzamos la práctica de la virtud y la sabiduría; aquella educación que entrena y desenvuelve las altas dotes del espíritu y del cuerpo; aquélla que ennoblece al hombre y le da derecho a colocarse en primera fila en el sendero de la dignidad y de la virtud.» Y para que no se confundieran los estudios universitarios con la educación puramente práctica, añade todavía: «Para un temperamento vulgar, la ganancia, el placer, son el fin de la vida; para una naturaleza superior, la moral, la espiritualidad y la buena reputación son el todo.»

En efecto, una Universidad, para ser verdaderamente tal, debe desarrollar actividades que satisfagan tanto los intereses generales humanos, como los nacionales y regionales. Así lo han comprendido los dirigentes de la Universidad de Concepción abriendo cursos de alta cultura general, o ya de conveniencia nacional o local, para que ellos puedan atender a todos los aspectos de lo humano.

Se nos podría objetar todavía diciendo que la prudencia aconsejaba invertir el orden de fundación de las Escuelas, creando primero las de carácter técnico y sólo después las profesionales y de alta cultura; pero los que así piensan olvidan que el nacimiento de los organismos educacionales como una Universidad está en íntima relación de dependencia con el estado del momento en que ellos se fundan, y sólo en segundo término son los anhelos y planes de nuestra mente. Aplicando este principio a nuestra Universidad, vemos que ella, al nacer, no podía seguir al fundar sus escuelas sino el orden que ha seguido, creando primero las de carácter profesional y sólo después las de finalidad técnica, como la de Artes y Oficios, de Agricultura y otras que figuran en el plan actual de sus trabajos. ¿Por qué? Porque nuestro estado social, las preocupaciones y muchos otros factores que no es del caso citar, exigían con carácter casi impositivo ese tipo de escuelas.

Es cierto que una de las funciones más trascendentales de una Universidad es precisamente superar al medio ambiente fijándole nuevos rumbos, en cuyo caso la Universidad de Concepción debió imponer a la juventud la preferencia por la tendencia educacional técnica.

Sin embargo, la pedagogía sociológica experimental nos enseña que la labor reflexiva y sistemática de todo organismo educacional, llámese éste liceo, escuela o universidad, tiene un valor muy limitado, teniéndolo mucho mayor el influjo del ambiente total en que se desenvuelve la vida del educando; de donde resulta que la acción del profesor y del plantel de educación vendría a ser apenas un momento en esa influencia y un factor entre los muchos que obran en la educación.—La Universidad, por consiguiente, no debe romper la continuidad y armonía con el medio total; a lo sumo debe preparar a los jóvenes para que no sean puramente esclavos del medio, sino agentes que poco a poco lo superen y lo venzan si llega el caso.—Es esto último lo que hace la Universidad de Concepción, procurando que la Escuela de Química Industrial sea el organismo

que vaya lentamente modificando ese ambiente de indiferencia por las carreras técnicas, pero sin abandonar por esto su ideal de armonizar lo utilitario con lo desinteresado, lo práctico con lo espiritual, ya que aun esos mismos alumnos de Química Industrial están obligados, según los estatutos, a asistir también a los cursos generales de Ética, Sociología y Estética.

Comprensiva de ese influjo preeminente del medio ambiente en la formación del alumno, tiende a organizar la vida y el régimen de sus escuelas como si fueran momentos de la vida social humana; esto quiere decir que nuestra Universidad se va organizando como un medio que va a rodear al joven y nó como un lugar en que se han de dar enseñanzas.—En este aspecto, como en muchos otros, es satisfactorio reconocer que los dirigentes y organizadores han dado a nuestra Universidad tendencias modernísimas.

Para justificar aun más ese plan de nuestra Universidad al haber creado las escuelas profesionales y después las técnicas, señalamos el caso de la Escuela de Química Industrial que, como se sabe, fué el único instituto de enseñanza utilitaria que se fundó en un principio, y que con su vida lánguida es la prueba más evidente que se puede dar a quienes sustentan la teoría de que basta con abrir planteles de educación técnica para inclinar a nuestros jóvenes hacia las carreras técnicas.—Ahí está esa Escuela brindando una enseñanza bastante eficiente, y, sin embargo, sus aulas van adquiriendo año a año la quietud y el silencio de los templos abandonados.—Ahí están sus alumnos bien preparados cuya situación actual, talvez por la poca actividad industrial, nos va probando a gritos la verdad de aquel principio tan conocido de que la función crea al órgano, o sea, que el industrialismo hace la necesidad de crear técnicos y no son éstos el factor único para crear industrias.

Apoyándose en las consideraciones anteriores y en la suerte que ha tenido la Escuela de Química Industrial, podemos asegurar que la Universidad de Concepción no existiría si sus fundadores hubieran seguido el consejo de quienes dicen que ella no debía crear otras Escuelas que las técnicas.—Estamos ciertos de que al suceder esto habríamos visto morir lentamente los cursos por falta de alumnos.

Intencionadamente hemos querido dejar para lo último a esa otra clase de impugnadores de la tendencia integral y ampliamente humanista de la Universidad de Concepción, que razonan así: «La Escuela tal o cual cuesta tantos pesos al año para formar tantos profesionales, lo que da por resultado que cada uno de éstos resulte costar tantos pesos.—Esto es una enormidad.—No es posible que se derrochen las donaciones voluntarias en formar profesores, dentistas, farmacéuticos; en incubar proletarios intelectuales».

A quienes pretendan medir el rendimiento de la Universidad de Concepción con ese criterio al modo de las mercancías comerciales, se les debería interrogar: ¿Dónde está el cartabón que acuse, dónde el coeficiente aritmético que traduzca las ventajas que aporta a la sociedad una juventud formada de acuerdo con aquel amplio y elevado ideal que asigna a la educación como fin último

la virtud, en cuanto ésta significa armonía en la actuación de la mente, del sentimiento y de la voluntad?

Ojalá, pues, que la Universidad de Concepción, comprendiendo bajo este nombre a todos los que en una forma u otra, aprendiendo, enseñando o dirigiendo la enseñanza constituímos individualmente una célula y colectivamente un organismo en la institución universitaria; ojalá, repetimos que la voluntad de la Universidad de Concepción sea seguir con firmeza y fe la orientación amplia que ha fijado a su noble y trascendentalísima misión, misión de progreso local, nacional y humano.

Fines.—La Escuela de Pedagogía persigue dos fines: uno profesional, o sea, la formación de profesores de idiomas vivos para la enseñanza secundaria; otro cultural, brindando su enseñanza a todos los que la soliciten. Durante el año transcurrido se ha procurado acentuar esta última finalidad, aceptando algunos oyentes y manteniendo a cargo de los alumnos cursos gratuitos de Inglés que han obtenido un éxito halagador. La finalidad profesional ha sido también ampliada en el sentido de habilitar a los futuros profesores para el ejercicio de ciertas funciones comerciales mediante la creación de los cursos de Taquigrafía, Dactilografía, Redacción Comercial, a los cuales se les ha dado el carácter de voluntarios. Actualmente la dirección de la Escuela se ocupa también en ver la manera de facilitar la asistencia de los estudiantes del curso de Leyes del Liceo a las clases de Psicología. La realización de esta iniciativa vendría a llenar un vacío en los planes de estudio de la Facultad de Leyes, en los cuales aun no figura el ramo de Psicología, no obstante la importancia que éste tiene para la mejor comprensión de las Ciencias Sociales, sobre todo el Derecho.

Biblioteca.—Dada la naturaleza de sus estudios, esta Escuela concede a los libros, y como consecuencia, a la biblioteca, la misma importancia que las otras Escuelas dan a sus laboratorios, es decir, la considera como instrumento para que los alumnos trabajen en forma personal y activa, de ahí que prestara especial atención a su fomento.—Cabe aquí dejar constancia, con verdadera satisfacción, del criterio ampliamente generoso con que el Directorio ha concedido los fondos para dicho objeto y de los obsequios que, tan gentilmente, ha recibido la Escuela de parte del señor Cónsul de Francia en Concepción, de la Universidad de Méjico y de la Chile American Association.

Pensionados.—La aplicación de los nuevos planes de estudios confeccionados recientemente imponía la urgencia de adquirir un Laboratorio de Psicología experimental, para cuya organización y funcionamiento era necesario enviar a Estados Unidos algún comisionado que hiciera los estudios correspondientes en dicho país. Este honroso encargo será cumplido por la señorita Corina Vargas, distinguida ex-alumna de esta Escuela, que partirá en breve con aquel objeto. Conceptuamos esta medida de gran trascendencia para la futura labor de la Universidad, ya que a la instalación del gabinete de Psicología están vinculadas muchas iniciativas de gran interés educacional y cultural.

Juicios sobre la situación financiera y el problema monetario en Chile

Para dar cumplimiento a su programa de trabajo, que la obliga a ocuparse en todos los problemas de la cultura, sociales, económicos, que interesan a los habitantes de la República, «Atenea» se ha dirigido a las personas más versadas en las cuestiones de Hacienda y Economía, pidiéndoles se sirvan indicarnos sus opiniones acerca del actual problema monetario de Chile y la situación financiera general del país.

Sólo hemos recibido respuestas de S. E., el Presidente de la República, y de los señores Roberto Espinoza y Agustín Ross. El Excmo. señor Alessandri nos ha reiterado las declaraciones que a este respecto ha hecho recientemente a la prensa, las que, junto con las opiniones de los distinguidos economistas señores Ross y Espinoza, insertamos a continuación.

Arturo Alessandri

Actualidades Económicas



L cambio internacional se rige por la ley de la oferta y la demanda de letras. Cuando son muchos los que piden la mercadería,—en este caso la libra esterlina,—ésta debe ser pagada a más alto precio. Por el contrario, si son muchos los que venden mercadería,—libras esterlinas representadas por letras de cambio,—la mercadería baja de precio y vale un número inferior de monedas nacionales.

En consecuencia, en materia de cambios internacionales, el problema está limitado a determinar la causa que produce y que rige la oferta y demanda de letras.

Son numerosos, variados y complejos los factores que influyen en la oferta y demanda de letras, o sea, en el mercado de los cambios.

La demanda de letras está representada por el servicio de las deudas fiscales en el extranjero, por las utilidades de las sociedades domiciliadas fuera del país, por los capitales que emigran para las negociaciones de accionistas chilenos cuyo asiento se halla en el extranjero, por las mercaderías extranjeras que se compran e internan, y que deben ser pagadas en los países donde se producen, por los dineros que se remesan a los chilenos que viajan, y, en general, por la compra de letras de aquellos que en alguna forma y por alguna causa necesitan enviar fondos fuera del país.

Respecto de la oferta de letras, está representada por los capitales extranjeros que vienen al país, por los artículos de exportación que se venden al extranjero y cuyo precio se paga en letras cobrables en otra plaza, y, en general, por los dineros que por cualquiera causa y circunstancia vienen al país.

El factor especulación tiene en las fluctuaciones del cambio internacional una influencia mucho más poderosa y grande que la que se le atribuye. Nuestro mercado es relativamente pequeño y débil comparado con la inmensa fuerza compradora que representan algunos capitales radicados en el país, y, en consecuencia, disponiendo de dinero y de crédito, se pueden producir alteraciones y movimientos en la oferta y demanda de letras en la forma que se quiera, ocasionando así fluctuaciones de alzas y bajas.

Es, en consecuencia, deber del Gobierno practicar una prolija investigación para ver hasta dónde la especulación produce alteraciones en la oferta y demanda de letras, o sea, en las mutaciones del cambio. Una investigación seria, en ejercicio de las facultades gubernativas, practicada en los Bancos y en las Bolsas de Comercio, nos dará una estadística exacta en orden a cuales son las letras que obedecen a operaciones comerciales efectivas, y cuáles son las letras que no responden a una efectiva necesidad, y que, por lo tanto, representan factores de especulación que hacen al país el inmenso daño de contribuir a la depreciación de su moneda.

Se dice con insistencia que algunas fuertes instituciones de crédito, empeñadas en obstaculizar la implantación del Banco Central,—que se ve venir con la nueva organización del Congreso,—procuran por todos los medios posibles producir una situación comercial grave y delicada en el mercado de los cambios, para oponerla como un dique insalvable a la implantación del Banco Central, y el Gobierno está en la obligación de investigar y esclarecer por todos los medios a su alcance si el hecho es efectivo o nó.

Entre las funciones del Banco Central, ocupa lugar preferente el desempeñar, sin costo alguno para el Estado, las propiamente bancarias, que hoy corren a cargo del Ministerio de Hacienda y que se ejecutan por intermedio de algunos bancos particulares. He dicho en muchas ocasiones que las utilidades ingresadas a los bancos particulares como consecuencia de las operaciones bancarias fiscales,—que mañana ejecutará gratuitamente el Banco Central,—representan sumas fabulosas.

Estas verdaderas monstruosidades, que en ningún otro país del mundo en que los intereses creados no tengan el imperio y la fuerza que tienen entre nosotros, habrían sido toleradas, justifican la importancia que para nosotros tiene la implantación del Banco Central y explican el temor de las instituciones particulares, a quienes, con el establecimiento de este Banco, se succionaría una de sus más poderosas y principales fuentes de entradas.

El Gobierno necesita saber si son ciertos los rumores de que se está produciendo un pánico intencionalmente para hacer imposible la implantación de una medida salvadora que hace tanto tiempo reclama la opinión. Chile va siendo ya uno de los pocos países en el mundo que no cuentan con ese organismo regulador del crédito y de las operaciones financieras del Estado.

La estadística de exportación y venta de salitre revela que en el trimestre

Diciembre-Enero-Febrero las ventas alcanzaron la enorme suma de ochocientas mil toneladas, lo que representa, más o menos, ocho millones de libras esterlinas entradas al país. El trimestre actual Marzo-Abril-Mayo representa una venta mínima que no llega a setenta mil toneladas, debido a la estación climática de Europa, a la depreciación del franco francés, cuyo valor comprador ha disminuído considerablemente y a otras causas que no es del caso enumerar. En este trimestre el salitre vendido representa setecientas mil libras esterlinas, contra ocho millones que representó este producto en el trimestre anterior.

En consecuencia, el salitre que se venderá en Marzo, Abril y Mayo representa una entrada menor de siete millones trescientas mil libras esterlinas respecto a lo que se vendió en Diciembre, Enero y Febrero. De Junio para adelante se restablecerá la normalidad en las ventas y se dejará sentir forzosamente la correspondiente mejoría en el cambio, el cual, es evidente, está influenciado por los números anteriores. Estas expectativas en el mercado auguran un mejoramiento en el cambio que nos autorizan para afirmar que no son justas las alarmas y el pesimismo con que muchos juzgan estas materias.

La preocupación más constante del Gobierno en estos momentos es la de desarrollar un plan definitivo de orden y método en nuestras finanzas. A esto dedica actualmente sus energías en la misma forma en que abordó el problema internacional, la ley relativa a la marina mercante, el impuesto a la renta y las reformas constitucionales, legales y reglamentarias que han introducido una transformación completa en nuestro régimen institucional.

El Gobierno tiene en estudio diversas y numerosas medidas que someterá a la deliberación del Congreso el primero de Junio, y, entre otras, considera con especial y detenida atención la consolidación de la deuda externa, operación que nos dará recursos para saldar todo el déficit, existente en la Hacienda Pública y que podría rebajar el servicio de ella en treinta o cuarenta millones de pesos.

Muy grande sería la importancia de reducir en tal forma el servicio de nuestra deuda y la consiguiente remesa anual de fondos al extranjero por esa cuantiosa suma. Pero todo eso no es posible hacerlo en un día.

Los acontecimientos hablarán con la elocuencia de los hechos consumados, y antes de mucho, capacitado el Gobierno para obrar sin obstáculos, sabrá responder a la confianza que en él ha depositado la mayoría inmensa del país.

ARTURO ALESSANDRI.

Roberto Espinoza

¿Por qué baja el cambio internacional de Chile?
¿Cuál es su correctivo?



AS respuestas a las preguntas que sirven a este artículo de título, son tan sencillas, como difíciles de ser llevadas al terreno de la realidad jurídica y económica son las ideas que sirven a esas mismas respuestas de fundamento.

En efecto, el cambio internacional de Chile desciende y ha descendido al través de los últimos cuarenta y seis años (esto es desde el año 1878), por consecuencia de la *depreciación del papel moneda*; de lo cual se sigue que, para no ver en Chile los descensos de esos últimos 46 años, sólo se necesitaría *proceder a la abolición del papel moneda y restablecer la circulación del oro para todos los tratos*.

Hé ahí las respuestas, y, en verdad, que son muy sencillas.

Mas, se preguntará: ¿y por qué desciende el billete de curso forzoso? El billete de curso forzoso ha descendido y desciende con el desarrollo de las inseguridades que se han abrigado respecto a su cange por oro sellado.

Ocurre con el papel moneda lo que con cualquiera obligación de pagar un valor dado: sufre fluctuaciones a la par de los vaivenes que experimenta el *crédito* del que, real o virtualmente debe cubrirlas.

Ese crédito puede menoscabarse por dos causas distintas en sus manifestaciones externas; pero que no son sino una sola en el fondo, y son: la *solvencia* y la *honradez* del deudor; cuando no la honradez de quien, como representante del deudor, debe cubrir la obligación respectiva.

La *honradez* y la *solvencia* se resuelven, prácticamente, en una sola causa, a saber: la de si se paga o nó la obligación contraída; y, en el caso de cancelarse, cuándo se habrá de pagar y con qué cantidad se habrá de liberar dicha obligación.

Es lo que ocurre con los pagarees que se suscriben en el comercio, con las obligaciones que suscriben las personas privadas y con los títulos de las deudas públicas: si, esos pagarees, obligaciones o títulos, están suscritos por personas o corporaciones honorables y enteramente pudientes, se recibirán en el comercio a la par de las cantidades que expresan; y los bancos y los capitalistas, normalmente, las aceptarán sin dificultad alguna; pero, si esos mismos documentos no se hallan suscritos por personas honradas y solventes, hasta el punto de inspirar temores respecto a su liberación final, esos documentos no se aceptarán, sino con notable depreciación, si no es que, sencillamente, se rechazan de modo absoluto, como consecuencia de las inseguridades de su pago.

Puede suceder que el deudor sea *solvente* y *honrado*, y que haya constituido mandatario o administrador de sus negocios a persona de poca *voluntad* para pagar las deudas de su mandante o representado. En este supuesto, las obligaciones de aquel deudor solvente y honrado, sufrirán en el comercio las desvalorizaciones consiguientes a la falta de honradez de sus mandatarios o representantes.

Tal es lo que sucedería con las obligaciones suscritas por una casa comercial poderosa y honorable que, de improviso, designara agentes o administradores de sus negocios a personas de poca o ninguna honradez, y, además, dispuestos a realizar negocios por cuenta propia al abrigo de la situación que en esa misma casa han alcanzado.

Tal sería lo que ocurriría con las obligaciones suscritas por una persona honorable y solvente que ha fallecido y ha designado para liberarlas a un albacea de pocos escrúpulos.

Tal sería lo que pasaría con las obligaciones contraídas por un Municipio solvente y honorable que encargase a tales o cuales funcionarios el pago de los intereses y de las amortizaciones, si esos encargados distrajesen los fondos destinados a esos objetos...

Pues bien: esto que puede observarse en las obligaciones de las empresas comerciales, en las obligaciones de las empresas privadas, en las obligaciones de los Municipios..., se puede también palpar en las obligaciones suscritas en el interior o en el exterior por los Estados: todas ellas se rigen, en sus desvalorizaciones y sus valorizaciones alternadas, por unos mismos principios: el pago o no pago de lo debido en el tiempo estipulado.

Los billetes de curso forzoso que tenemos en Chile y que el Estado de Chile debe pagar; los billetes de curso forzoso que existen, actualmente, en Inglaterra y que el Banco de Inglaterra debe cubrir; los billetes de curso forzoso que existen en Francia y que el Banco de Francia debe redimir; los billetes de curso forzoso que circulan en Italia y que los Bancos de Italia, de Nápoles y de Sicilia deben rescatar; los billetes de curso forzoso que han servido para inundar a Alemania y que el Reischbanck debe cancelar..., están subordinados, en las desvalorizaciones que se han observado, al mismo principio anunciado: el de su pago con tanto y cuanto y en qué tiempo se hará el rescate.

Eso es todo, y es lo que constituye el negro problema del curso forzoso en todas partes.

En Chile, el billete de curso forzoso no se ha pagado, sencillamente, porque los mandatarios o representantes de la Nación no han tenido voluntad para efectuar su cange, oprimidos, como se hallan, por los sofismas que no les dejan ver la realidad, o por los intereses que fuercen sus mejores intenciones.

En Chile, como en tantos otros países sometidos al régimen del curso forzoso, se habla de la *desvalorización de la moneda*; pero el billete de curso forzoso no es una moneda, sino únicamente *promesa de entregar una moneda*.

La *moneda*, en todas partes, es, hoy, un disco de oro...; y, entre nosotros, un disco de oro con 59... centigramos de fino.

Es, de consiguiente, una gran impropiedad hablar de la baja de la moneda, cuando no es la moneda la que desciende, sino solamente la promesa que se ha hecho, en un billete de curso forzoso, de entregar tanta o cuanta cantidad de oro puro...; cantidad que, al fin, no se sabe de manera cierta cuál será, ni cuándo esa cantidad problemática se entregará...

El Estado de Chile es solvente y honrado, sin ninguna duda, según lo ponen de manifiesto sus obligaciones exteriores, que se han cotizado siempre entre las mejores del mundo; pero esa honradez, respecto de sus *obligaciones interiores*, sus mandatarios o representantes, no han querido confirmarla; quizás por no haber una opinión pública ilustrada capaz de contener las intemperancias de los intereses personales; quizás por no haber en el interior una fuerza material que se imponga,—como suele suceder con respecto a las obligaciones internacionales,—brutalmente.

Tales son las causas del descenso de nuestro numerario fiduciario de curso forzoso, el que, sirviendo para adquirir sobre el exterior letras de cambio, da a nuestro país cambios desfavorables.

Los Estados Unidos de América, que tienen la circulación del oro, y en donde los billetes bancarios y los del Tesoro son pagaderos a la par, a la vista y al portador en monedas efectivas de oro, tienen un tipo de cambio internacional que, con respecto a los países de curso forzoso, es tanto más alto, cuanto más depreciado está el numerario de los países sobre los cuales ese mismo tipo de cambio se fija; esto es, el tipo de cambio internacional de los Estados Unidos de América es tanto más alto respecto de cada nación, cuanto es más débil en cada una de éstas la posibilidad de que tales billetes de curso forzoso sean rescatados a la par.

Es así como, con respecto a Alemania,—en donde la posibilidad de un pago siquiera aproximado a la par es una ilusión,—el cambio de los Estados Unidos aparece favorable en términos que, si no se toman en cuenta las causas del descenso del billete de curso forzoso, pudieran considerarse del todo inverosímiles, ya que son necesarios dos y medio billones de marcos papel moneda por cada dollar de oro; y es así también, como, con respecto a Inglaterra,—en donde el pago de los billetes de curso forzoso del Banco de Inglaterra se presenta, hasta estos momentos, como el menos difícil entre todos los países que intervinieron en la gran guerra,—el cambio de los Estados Unidos, aunque siempre favorable, se presenta con menores diferencias; y es así también como ese mismo tipo de cambio de los Estados Unidos, con respecto a Suecia, país en el que circula oro, se halla muy próximo a la par...

En Chile mismo pueden hacerse observaciones análogas: aquí, en efecto, vemos cambios favorables o desfavorables a Chile, según sea el país respecto del cual se hagan nuestros giros sobre el exterior: sobre los Estados Unidos es muy desfavorable, relativamente; es menos desfavorable sobre Inglaterra, en donde la

libra esterlina papel está en depreciación; sobre Francia nos es favorable; y sobre Alemania nos es extraordinariamente favorable. . .

Aun más: si se observa el tipo de cambio en oro chileno sobre el extranjero, el mismo fenómeno puede verse invertido, o notablemente acentuado.

Se ve invertido con respecto a Inglaterra, puesto que, siendo \$ 13.33 la par del oro, el tipo del cambio sobre Londres a 90 días vista, en oro, es igual a \$ 13.30 (según lo acaecido el día 3 de abril del corriente año). Ese mismo tipo de cambio, en oro, con respecto a Francia, se ve notablemente acentuado en sentido favorable; lo mismo sucede con respecto a Italia y a Alemania: obtenemos más francos, más liras y más marcos por cada peso oro.

De consiguiente, buscar, como se hace corrientemente entre nosotros, las causas del descenso del cambio internacional en otra cosa que en el descenso del billete de curso forzoso; y, atribuir la depreciación del billete a otras causas que a la falta de voluntad que ha habido o que hay para redimir a la par ese mismo billete, es gastar energías, tiempo, paciencia, tinta y papel inútilmente.

El descenso del cambio internacional de Chile, desde 1878 ha sido y es efecto de la depreciación del billete de curso forzoso, y nó causa de la desvalorización del billete.

La balanza, las letras, las importaciones y exportaciones, los valores visibles e invisibles que salen o entran al país. . . , son cosas del todo extrañas a la desvalorización del papel moneda.

Demostrar los errores que implican las doctrinas reinantes en Chile y fuera de Chile sobre estos particulares, exigiría un espacio que, en estas columnas, no se nos ha acordado al hacernos la invitación que da origen a este trabajo; pero las personas que deseen profundizar tales asuntos, pueden consultar nuestras obras tituladas «Cuestiones Financieras de Chile» y «La Reforma Monetaria de Chile», que son contribuciones que hemos aportado al estudio de estos negocios de interés nacional.

¿Y el remedio para detener los descensos del cambio internacional de Chile? —La respuesta a tal pregunta está implícita en las explicaciones anteriores: abolir el régimen de papel moneda y volver al régimen de la circulación metálica. . .

Mas, es aquí, precisamente, en donde está el gran escollo. Nuestra clase adinerada se encuentra muy bien con el régimen del curso forzoso, puesto que cada peso papel solo vale nueve centavos oro de aquel peso que circulaba en Chile cincuenta años há.

ROBERTO ESPINOZA

Santiago, 5 de Abril de 1924.

Agustín Ross

La moneda y el cambio



TENDIENDO con placer a una invitación de los señores Directores del «Atenea», órgano de la Universidad de Concepción, me ocuparé por centécima vez de esta debatida cuestión de la Moneda y del Cambio en Chile.

Desde cerca de medio siglo me he ocupado en la prensa de explicar a mis paisanos estos sencillos problemas, que muchos han querido embrollar indefinidamente, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver.

«La verdadera moneda es una medida de los valores y que en sí misma es un equivalente»

Es decir, que la unidad monetaria contiene tantos gramos de oro puro que comercialmente equivalen a tantos kilogramos de azúcar, de harina, de carne, etc., o a tantos metros de tocuyo, etc.

¿Tenemos verdadera moneda circulante en Chile? Nó, absolutamente no, salvo en parte y en la moneda divisionaria, cuya composición material de plata o de níquel *no* es un equivalente, sino mucho menos que el que en su efígie expresa.

El sello del Estado da a esa moneda cierto valor para la circulación, así como a una estampilla de correo.

Los billetes fiscales, que forman la masa de la circulación, son todavía inferiores a la moneda de vellón: son papeluchos que en *sí mismos* no tienen valor alguno; no son equivalentes sino en mugre a la que lleva en su cuerpo la gente sucia!

Si algún valor fluctuante e incierto se les atribuye para la compra de mercaderías, etc., es por la firma del Estado que los adorna y porque el Fisco los recibe en pago de contribuciones, y porque la ley impone su recepción en pago de deudas, y nada más. Aquella esperanza que algunos ilusos abrigábamos años atrás, de que esos billetes serían pagados en moneda de oro, se ha desvanecido totalmente.

La circulación actual (Marzo de 1924) de papel moneda, en Chile monta a 293 millones de pesos. De esos, 180 millones son los titulados billetes fiscales que expresan: *«convertibles en oro por el Estado conforme a la ley»*; pero esa ley jamás se cumple, pasan los años y los años, y por falta de pago, los billetes cada día se deprecian más. Los otros 113 millones son los titulados

«Vales del Tesoro», que tienen una redacción verdaderamente original; dice: «Vale por Cien pesos. El presente vale servirá para solucionar toda clase de obligaciones conforme a las leyes».

Es un papelucho que no expresa siquiera de qué clase de pesos se trata: si son de oro, de plata, o de corcho; no dice quién, ni cuándo lo pagarán; sólo «servirán para solucionar toda clase de obligaciones». Es decir, que la ley sólo autoriza a cualquiera *para traspasar el tonto a otro*, y se lava las manos, porque ni siquiera promete nada a nadie. Los tales papeluchos, *en sí mismos*, no representan valor alguno. No tienen, ni pueden tener valor fijo, ni nadie sabe lo que pueden valer. Y así, sin embargo, hay gente que finge extrañarse de que se deprecien!

Los billetes que en Chile circulaban medio siglo atrás eran cangeables a voluntad del portador en pesos de oro del valor de $44 \frac{7}{8}$ peniques de oro también. Se han desvanecido los 40 peniques y los billetes quedan valiendo precariamente sólo los $4 \frac{7}{8}$, y todavía muy fluctuantes y muy inciertos y con marcada tendencia a mayor depreciación.

¿Por qué?

Porque su deudor, el Fisco Chileno, es un incorregible tramposo, que dicta leyes tras leyes de conversión, prometiendo pagar los billetes, convirtiéndolos en alguna moneda de valor efectivo, y pasan los años y las generaciones y no cumple nunca. Los billetes y los vales del tesoro que en Chile circulan no son moneda, son promesas de entregar moneda verdadera en cambio de ellos, promesa que, como dejo dicho, jamás se cumple. Por eso el valor de los billetes chilenos es absolutamente incierto y va en constante e incontenible depreciación. Y, nótese bien, pues esta advertencia es importante para no confundir ideas: es el Fisco el deudor de los billetes, el Fisco ha utilizado su valor primitivo, el Fisco tiene que pagarlos con monedas verdaderas y nó el comercio, ni la industria ni los particulares.

Ahora, ¿qué cosa es el cambio?

«El cambio es lo que vale la moneda de un país, computado su precio en a moneda de otro país».

Hoy, el país que tiene más sólidamente establecido su sistema monetario es Estados Unidos. La base es allí el *dollar*, que en sí mismo es un equivalente con tantos gramos de oro puro de que se compone. Esos gramos de oro puro equivalen *en sí mismos* a tantos kilogramos de azúcar, de sal, de arroz, de carne, etc. Ciertamente hay allí billetes en circulación en cantidad considerable; pero esos billetes no son sino certificados de depósito de monedas de oro, que están a disposición del portador del billete, sin trámite alguno, en establecimientos y oficinas de absoluta garantía en toda forma.—El oro está a disposición de todo el mundo al presentar los billetes para su cobro. Ya vemos la diferencia entre el dólar americano y el titulado peso chileno: el uno

tiene valor *en sí mismo*—el oro fino de que se compone—el otro, el peso chileno, *en sí mismo* no tiene más valor que la mugre que se le ha pegado: no es cangeable, ni convertible en moneda alguna. «El cambio es lo que vale la moneda de un país, computado su precio en la moneda de otro país». ¿Cuánto vale el dollar de oro americano de valor fijo, en cambio de pesos chilenos de papel que nadie paga ni nadie convierte en moneda alguna de valor fijo? ¿Cuánto vale ese peso chileno de papel en centavos de dollar americano? ¡El diablo acierte a computarlo! Ese peso chileno es lo mismo que Quevedo: O sube, o baja, pero no se está quedo!

Lo mismo puede decirse respecto de la Libra Esterlina de oro, o de cualquiera moneda de oro de cualquier país con relación al peso chileno de papel.

Esta es la verdadera situación, netamente explicada. El cambio de Chile y el titulado peso chileno fluctúan constantemente de valor, con tendencia perpetua a la baja, porque, en realidad, en Chile no hay moneda, sino un papelucho, que nadie paga! ¿Con qué fin tantas absurdas discusiones de pretendidos sabios en cuestiones económicas y monetarias sobre la balanza comercial: que importemos menos y exportemos más, que fomentemos fábricas e industrias; que paguemos ésto, que hagamos aquello, todo para mejorar el cambio?

Aparte de que están discuriendo sobre un fantasma, porque es notorio que durante una serie de años el país, en valor efectivo, ha exportado muchísimo más que lo que ha importado, el argumento no viene al caso.

Supongamos que los salitreros, los industriales en cobre, en estaño, los productores de trigo, de lana, de vino, de madera, etc., exportaran mucho y ganaran harto dinero. ¿Dedicarían sus provechos a pagar la *deuda fiscal* que constituyen los billetes y los vales del tesoro? Seguramente nó. Entonces, ¿con qué fin seguir con la tontería de argumentar que es necesario exportar más para mejorar el cambio, que depende de la mala clase de la moneda o titulada moneda, circulante en Chile y nó de la cantidad de productos movilizados en la costa, productos que pertenecen a particulares, muchos extranjeros, y nó al Fisco chileno, que es el deudor de los billetes?

Cierto es que las exportaciones producen letras, o poder girador de letras, pero los dueños de esas letras o valores no se desprenden de ellos sino cuando, y en la forma que les convengan. Los dueños primitivos de esas letras, o los capitalistas que las compran privadamente conservan esas letras por meses o por años en sus carteras, como capitales flotantes, o como inversión. Se desprenden de ellas sólo para necesidades propias, o para hacer algún negocio conveniente. Si las venden en cambio de papel moneda, son generalmente ellos, los tenedores de las letras, los que fijan el precio a que están dispuestos a venderlas, o sea, los que fijan el cambio.

Los que poseen moneda de valor fijo de oro, que es solicitada, como el dollar de oro, o la Libra esterlina de oro, es natural que tengan la opción de determinar por qué cantidad de billetes chilenos de valor dudoso, incierto, precario, en constante depreciación, estarían dispuestos cangearla. Es decir: son los tenedores de letras sobre el extranjero, que generalmente abundan, los que

fijan el cambio en Chile; y, dado el estado actual de las cosas, no puede ser de otra manera.

Es lo mismo que hacen los agricultores al fijar el precio a que están dispuestos a vender su trigo. Así, ya no son los Poderes Públicos los que fijan el valor de la moneda, sino los tenedores o dueños de letras pagaderas en moneda de valor fijo en el extranjero. «No hay letras» se desparrama la voz, y encarece el cambio. No tal. Letras hay siempre de sobra. Lo que hay es que sus legítimos dueños no quieren soltarlas en cambio de billetes o de vales del tesoro de la clase que ya he descrito.

Si la moneda legal y circulante en Chile fuera sólo con base de oro de valor fijo, nadie haría diferencia entre las letras pagaderas en dólares, o en Libras de oro, y la moneda chilena. Los valores inmensos que se mantienen sustraídos de la economía nacional en forma de letras, entrarían a formar parte de los depósitos en los bancos de Chile, y se confundirían con la masa general, con inmensa ventaja para el país. Pero esto no puede hacerse con el absurdo sistema actual de papel moneda que he descrito.

Ya tengo ochenta años cumplidos, y yo he conocido a Chile cuando, para los efectos económicos, no llegaba sino desde Atacama hasta Chiloé. Las salitreras eran poca cosa, y pertenecían al Perú; los territorios que hoy abarcan las provincias de Arauco, Bío-Bío, Malleco y Cautín, estaban casi en su totalidad en poder de los indios; Magallanes era un mito: ni una libra de lana se exportaba de allí. La población de Chile era la mitad de lo que es ahora. El comercio no alcanzaba ni a la cuarta parte de lo que es hoy. Eran muy pocas las personas que poseían fortunas considerables.

Sin embargo, ¿cuál era la situación monetaria? El que en Valparaíso o Santiago cobraba un pagaré comercial, una letra, un recibo de arriendo, recibía cóndores de oro en pago, o un cheque sobre un banco que los pagaba todos en los mismos cóndores. Yo fui cajero de un banco en mi juventud, y no me entendía sino con cheques, con letras sobre Londres y con cóndores de oro, que abundaban por todas partes.

Los derechos de Aduana eran pagados con talegas de relucientes cóndores de oro.

Los comerciantes ocurrían a los bancos a comprar letras sobre Europa para pagar sus mercaderías. Las pagaban con cóndores de reluciente oro, que *en sí mismos* tenían valor efectivo, y *en cambio* recibían letras sobre Londres a cambios muy cercanos a $44\frac{7}{8}$ peniques, que era el contenido de oro fino en la unidad monetaria chilena de entonces: el peso de oro. Entregaban buena moneda de oro, y recibían letras pagaderas en Europa en buena moneda inglesa de oro; el equivalente de oro por oro. Hasta los empleados fiscales, hoy a ración de hambre, recibían entonces su sueldo en cóndores de oro!

Y aquél era el Chile chiquito, con la mitad de la población, y pobre comparado con el de hoy, como dejo explicado.

Ahora abundan por todos lados los economistas, aun en las Universidades,

que alegan que Chile hoy es demasiado pobre para retener la moneda de oro, ¡Inocentes!

Mucho más podría yo decir sobre este tema; no haría sino repetir lo que claramente tengo expresado en mi libro:

«CHILE»

1860—1910

Sesenta años de cuestiones monetarias, etc.»

¿Cuál es el remedio para la desastrosa situación actual?

Muy sencillo: sólo es cuestión de voluntad y de entender un poco el asunto.

Hay que regularizar la situación de las finanzas fiscales en forma racional, y también regularizar el sistema bancario y el sistema monetario, metálico y fiduciario.

En primer lugar, hay que ordenar las finanzas fiscales en forma de suprimir en absoluto los déficits, y que el Gobierno limite sus gastos a sus entradas y rentas legítimas. El vivir en déficit permanente; como estamos, implica el peligro perpetuo de que el Gobierno, para efectuar sus pagos, emita más papel de curso forzoso, despreciando más el actualmente en circulación y dificultando su redención.

Hay el peligro, también, de que el Gobierno se apodere del Fondo de Conversión de 114 millones de pesos oro de 18 peniques, y que pertenece a los tenedores de billetes, pues está destinado por la ley a su conversión. Con déficit permanente, también hay el peligro de que el Gobierno pretenda levantar más empréstitos en el extranjero, para salir de apuros. El dinero de los empréstitos sería derrochado como los anteriores logrados por el Gobierno y agotado luego el dinero, vendría en seguida la exigencia de letras en el mercado financiero para servir en el extranjero los intereses y la amortización.—El Gobierno no podría pagar esas letras sino en papel moneda, cuyo precio fijarían cada día más bajo los vendedores de esas letras, y nó los Poderes Públicos. Así, por esta causa, seguiría depreciándose más el billete, cundiendo incontinentemente la desconfianza en el papel moneda. La compra de letras por el Fisco, directa o indirectamente, en el mercado, sería forzosa, pues es notorio que las letras que producen los derechos del salitre están ya todas comprometidas para servir los empréstitos extranjeros que agobian al país.

Esto de concluir con los déficits fiscales es la cuestión previa; pero yo no tengo confianza alguna de que el Gobierno actual proceda discretamente y que se restablezca la confianza.

En seguida, o inmediatamente, habría que regularizar la situación de los bancos y del sistema monetario. Yo recomendaría, para este caso, poner en práctica el proyecto de ley que yo mismo redacté a pedido del Presidente don Pedro Montt. Se crearía la Caja Central, o sea, el Banco de los Bancos, Institución pública, indispensable en estos tiempos; pero con un Directorio completamente independiente del Gobierno, del Congreso y de toda organización política; y con prohibición absoluta de prestar un solo centavo al Gobierno. La Caja Central se haría cargo de la emisión fiduciaria, transformándola en una circulación convertible a oro, como en Estados Unidos.

La organización de los bancos sería enteramente modernizada, según el proyecto de ley que he propuesto. El sistema monetario también sería reformado según ese proyecto de ley, pero modificando un poco lo propuesto allí, para ajustarlo a la situación del día.

Respecto de los particulares, de la industria y del comercio, de las bolsas, de las especulaciones, no hay que preocuparse gran cosa. Regularizada la situación financiera del Gobierno, creada la Caja Central, reformada la ley de bancos, ajustado a las circunstancias el sistema monetario, los particulares se amoldarían automáticamente a la situación creada y concluirían por sí solas las especulaciones en el cambio.

Al correr de la pluma he redactado los apuntes que preceden y que espero satisfagan a los señores Directores de «Atenea».

AGUSTIN ROSS

Viña del Mar, Abril 11 de 1924.

Libros Nuevos



N manos de uno de nuestros redactores está el volumen «NUESTROS POETAS», antología de la poesía chilena moderna seleccionada por Armando Donoso y acompañada de prólogo y notas del mismo autor.

Circunstancias imprevistas nos han impedido publicar en este número el correspondiente estudio acerca de la obra. Lo insertaremos en el número próximo.

Alone

Un grande escritor desconocido en Chile

ANDRE MAUROIS



A celebridad literaria, como las otras, tiene sus caprichos.

No ha mucho leímos en «La Revue Hebdomadaire» una biografía de Percy Bysshe Shelley, el gran poeta inglés compañero de Byron, escrita por André Maurois. El prologuista, Francisco Le Grix decía: «No necesitamos presentar a M. Maurois. Raro es que la nombradía literaria surja de un primer volumen y se mantenga; pero la juvenil gloria de nuestro autor ha resistido a su rápido crecimiento. Parecía difícil continuar los Silencios del Dr. Bramble: sin embargo los discursos del Coronel O'Brady obtuvieron el mismo éxito». Agregaba una serie de elogios, comparaba a Maurois con Voltaire y France, afirmaba que sus ediciones sucedíanse tan numerosas en Francia como en Inglaterra.

El libro nos pareció una simple y deliciosa obra maestra, fina, espiritual, ligera, originalísima, llena de viveza y seducción. Creímos que su autor gozaría en nuestros círculos intelectuales del favor que se otorga a los buenos escritores franceses e interrogamos a unos y otros, con esa alegría íntima y ese deseo de comentar que producen los placeres espirituales muy intensos. Pero nadie conocía a André Maurois, nadie lo había leído, nadie lo había oído nombrar, ni Armando Donoso, ni don Carlos Silva Vildósola, ni siquiera Omer Emeth.

Todos hablaban de Proust, el raro y misterioso caminante del Camino de Swan que nos lleva por senderos secretos en frases interminables... e ignoraban el genio alegre, hecho de claridad y simpatía, de éste que parece la última y más perfecta encarnación del alma francesa.

Porque ante todo y después de todo, Maurois es francés de Francia, moderado y chispeante, heredero de los clásicos y dueño de su propio tesoro, puro y fácil, refinado y sencillo, accesible a cualquiera e imposible de imitar. Tiene todas las características de su tierra y sólo se diferencia de sus hermanos en los cambiantes matices de la más graciosa y simpática de las fisonomías.

Su «Ariel o la Vida de Shelley» puede clasificarse entre las obras del género histórico, pues cuenta fielmente una vida; pero es de esa clase de historia que, como decía Taine «no nos dá una lección sino una fiesta». ¡Y qué fiesta! La existencia entera de un poeta, uno de los más dignos de este nombre que hayan existido, que empieza como un idilio, sigue como una novela y muere en tragedia de Shakespeare, todo ese poema real que representó Shelley seguido paso a paso, con cuadros, con diálogos, con tipos reales que llevan nombres históricos, risueño, apasionante y sentimental.

No se sienten las palabras ni las frases; imágenes e ideas se encadenan con tal perfecta y natural armonía que la mirada del lector pasa directamente a los hechos. Sólo de cuando en cuando, el adjetivo inesperado o la feliz combinación de los periodos, llenos de ironía oculta, advierten al lector atento que, bajo su respeto a los moldes, el escritor revoluciona las costumbres del lenguaje, rompe alianzas consagradas, sacude asociaciones rutinarias e inventa sin cesar la trama íntima del estilo, dándonos juntas la comodidad de lo antiguo y la sorpresa encantadora de lo nuevo.

Así es su espíritu.

Parecida a todas, su sonrisa no podría igualarse a ninguna, Voltaire dispara flechas y hace cabriolas en el aire, muestra todos los dientes y da mordiscos a plena boca; Swift destila sin cesar un veneno espeso y amargo, un licor concentrado que daña; detrás de todas las insinuaciones de France se divisa un vacío blanco, el absoluto nihilismo filosófico, y el fondo de su escenario llega a resultar monótono: demasiada alegría superficial sobre demasiada tristeza profunda. Maurois pone en todo algunas gotas de la miel que poseía, acaso en excesiva abundancia, el creador de David Copperfield. Pero no se sabe dónde está su bondad. Se la siente delicada, suave, insinuante: cuando la queremos buscar, no la encontramos; y debemos contentarnos con seguir oyendo el murmullo de la fuente invisible.

Talvez la esencia de su encanto resida en el fundamental equilibrio de sus facultades.

Maurois nunca se exalta más allá de la medida: nos pone delante de las cosas y de los seres y nos deja libres. Ahí tenemos a Shelley, iluso, infantil, noble, ligeramente en ridículo; a Byron suntuoso, grandilocuente, teatral, nostálgico, el polo opuesto de su compañero; y el coro de los personajes menores, tan divertidos. Mr. Timothy con su alma pomposa, el viejo avaro del abuelo, cínico, y agradable, Hogg prudente y práctico, Elisabeth, la hermana fiel, pariente de Henriette Renán y Lucila Chateabriand, de Eugenia de Guérin y Jacqueline Pascal, Harriet y las demás novias, el inefable Godwin, tantos otros, cada uno con

su carácter típico inconfundible, todos breves y profundamente analizados, con su filosofía completa, su dosis de bondad y de maldad humanas. La mirada del autor los abarca desde lo alto y los ilumina por parejo, como la naturaleza, y si no temiéramos disonar en la moderación del tono que Maurois exige, diríamos como el autor de la Naturaleza,

Terminemos mejor, sin solemnidades, afirmando que la lectura de Maurois produce bienestar al cerebro, hace bien al espíritu, levanta y como que organiza todas las fuerzas interiores que cierta literatura moderna se empeña en desquiciar como si fuera un trabajo muy necesario y muy difícil.

ALONE.

Inauguración de la Escuela de Medicina



LOS Cuerpos directivos de la Universidad de Concepción, cumpliendo con los propósitos generales de la Universidad, que son el estudio y la atención de las necesidades educacionales y de cultura del Sur de la República, acordaron en 1923 la creación de la Escuela de Medicina, cuyo primer año debería funcionar en 1924; y, aun midiendo el importante y continuado esfuerzo que significaba el llevar a la práctica esta idea, han dado realización a su iniciativa.

Con este objeto, la Universidad contrató los servicios de profesores, jefes de trabajos y ayudantes que tienen una especial preparación en las cátedras que han sido puestas a su cargo; ha construido pabellones destinados a sus cursos y ha instalado, en la forma que exige una enseñanza eficiente, varios laboratorios.

La necesidad de la creación de esta Escuela ha quedado evidenciada por la numerosa matrícula obtenida para su primer año y por las adhesiones que ha recibido la Universidad de parte de numerosísimos dirigentes de la Instrucción de nuestro país.

Para responder al general entusiasmo que, entre las personas que se interesan por los progresos de la cultura universitaria, ha despertado la creación de la Escuela de Medicina de Concepción, la Universidad creyó oportuno preparar para su inauguración una serie de festividades que se celebraron los días 25, 26 y 27 del mes de Abril pasado.

Fueron invitados a concurrir a la celebración de este acto, S. E. el Presidente de la República, el Ministro de Instrucción, el Rector de la Universidad de Chile, doctor Amunátegui, el Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, doctor Aguirre, los representantes de la Provincia de Concepción en el Congreso, numerosos profesores de la Escuela de Medicina del Estado y varios otros funcionarios de la Administración y de la Instrucción Pública. Casi todos ellos asistieron a la celebración a que aludimos, y los que por una circunstancia u otra, no pudieron hacerlo, han enviado a la Universidad efusivas y cordiales pruebas de adhesión.

Entre los diversos actos celebrados durante estas festividades, debemos dejar especial constancia, por la importancia e interés que revistieron, de la Conferencia dictada por el profesor doctor Luis Vargas Salcedo sobre «Los problemas del rejuvenecimiento»; la disertación del profesor doctor Carlos Charlín acerca de «Pasteur, el hombre»; la inauguración del Curso de Zoología a cargo del doctor Ottmar Wilhelm, profesor de la Universidad de Concepción; el banquete verificado en el Club Concepción y que la Universidad ofreció en honor de los funcionarios y personalidades que concurrieron al acto celebrado, y la velada con que se inauguró oficialmente el Curso de Medicina, en que se hicieron notar

particularmente el discurso del Director de esta Escuela, don Salvador Gálvez, el del Rector de la Universidad de Chile, doctor Gregorio Amunátegui Solar y el del Presidente de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina.

En el próximo número de «Atenea» hallaremos la oportunidad de insertar algunos de los interesantes trabajos leídos con ocasión de las festividades a que hacemos referencia.

